

COMENTARIO SOBRE EL CANTAR DE LOS CANTARES DE LOS ESCRITOS DE SAN AMBROSIO, COMPILADO POR GUILLERMO, ANTIGUO ABAD DE SAN TEODORICO, LUEGO MONJE DE SIGNY.

AL LECTOR.

Nuestra intención con este volumen era no presentar otras obras que aquellas relacionadas con la exposición del Antiguo y Nuevo Testamento, y que se supiera que fueron escritas por Ambrosio, exceptuando únicamente la Apología de David. Sin embargo, al considerar el número de tratados apócrifos que planeamos publicar al final del siguiente volumen, temimos que resultara ser de un tamaño excesivo, por lo que pensamos en añadir un suplemento a este primer volumen. No encontrando entre las legítimas obras de nuestro Doctor ninguna que se ajustara suficientemente al argumento de las anteriores o que equilibrara adecuadamente ambos volúmenes, nos pareció más conveniente incluir este comentario. Este tiene una condición intermedia entre las obras auténticas y las apócrifas de San Ambrosio, no es completamente ajeno a él, ya que consta de sus palabras y pensamientos, pero tampoco es enteramente suyo, pues fue compilado por otro. Es cierto que Ambrosio nunca escribió intencionadamente sobre el Cantar de los Cantares, pero como se veía que disfrutaba tanto de ese libro, no dejó pasar ninguna oportunidad de ilustrarlo en sus diversos escritos, lo que llevó a algunos estudiosos de las obras ambrosianas a recoger lo disperso y desordenado, y ensamblarlo en un cuerpo único de comentario. De ahí que en 1558 se publicara en Lovaina una Exposición sobre el Cantar de los Cantares, extraída por Costerio, canónigo regular, cuya diligencia, aunque elogiada por Gillotius, se dice que alteró todo, eliminó mucho y añadió más de lo suyo. Una década después, el mismo Gillotius publicó al final de las obras de San Ambrosio, revisadas por él, otra Exposición del Cantar de los Cantares, que se recuerda haber sido extraída y recopilada en un solo cuerpo por Ant. Monchiaceno Demochare, doctor de la Sorbona. Sin embargo, parece mucho más probable que esa colección solo fuera aumentada e interpolada por Demochare, ya que no solo se encuentra en el manuscrito del colegio Navarrico de hace unos 400 años, y en el códice del monasterio de Vendôme escrito hace 600 años, aunque más breve, sino que también se encuentra en un ejemplar de al menos 800 años, y es citada en el comentario sobre las Epístolas de San Pablo, aún no publicado, por Floro diácono de Lyon, quien vivía alrededor del año 855. Estos dos códices fueron conservados por Pedro Francisco Chifletius mientras vivía. Además, presentamos un tercer comentario sobre el mismo tema, nunca antes impreso, que aunque se encuentra en muchas bibliotecas con el nombre del autor suprimido, se sabe que fue recopilado por Guillermo, primero abad de San Teodorico, luego monje de Signy. Esto se puede entender por el mismo Guillermo, quien al enumerar sus trabajos en el prefacio del tratado De vita solitaria ad fratres de monte Dei, dice: "He extraído de los libros de San Ambrosio todo lo que discutió sobre el Cantar de los Cantares, una obra grande e ilustre". Esto no puede entenderse del comentario de Chifletius, ya que Guillermo floreció alrededor del año 1142. Pero el argumento decisivo es que el códice autógrafo de Guillermo, con su nombre inscrito, existe en Signy; de donde el R. P. Casimiro Oudín, canónigo de la Orden Premonstratense de la congregación reformada, un hombre nacido para hacer el bien a todos, nos transcribió una copia de su propia mano. El título de esta colección en el mencionado códice de Signy es: "Extractos de los libros del beato Ambrosio sobre el Cantar de los Cantares".

[COMENTARIO SOBRE EL CANTAR DE LOS CANTARES.(G,S)*]

PRÓLOGO.

1545 I. Que me bese con el beso de su boca (Cant. I, 1): aquí no se celebran incentivos de impureza, sino misterios de castidad; donde se trata espiritualmente y con una cierta contemplación afectiva sobre las bodas y la unión de Cristo y la Iglesia, del espíritu increado y el creado, de la carne y el espíritu. Circuncidemos, pues, nuestro corazón: no busquemos nada vil, nada corporal; todo lo terrenal es vil. No establezcamos, por tanto, nada terrenal, nada carnal, nada secular, nada corporal, nada ligero y mutable en estos discursos celestiales: porque las palabras del Señor son palabras castas; para que en ellas resplandezca con interpretación espiritual la inmaculada y pudica sinceridad de los misterios celestiales. No mezclamos con una opinión adulterada lo terrenal con lo divino, y no violemos ese sacramento inviolable de la visión profética o del oráculo eterno con la estimación de nuestra naturaleza: ya sea sobre los besos, ya sea sobre tales cosas, todo es apropiado, todo lo que se refiere a la religión; para que no nos avergoncemos de ningún servicio que contribuya al culto y observancia de Cristo: como en aquella danza de David ante el arca; no fue una danza de deleites y lujuria, sino que cada uno levanta su cuerpo ágil, y no deja que sus miembros yacentes en el suelo se adormezcan con pasos perezosos. Este magisterio no lo inventamos, sino que lo recibimos; así instituyó el orden del cántico místico, la doctrina celestial.

1547 2. Que me bese con los besos de su boca; porque tus pechos son mejores que el vino, y el olor de tus ungüentos sobre todos los aromas. Ungüento derramado es tu nombre (Ibid.). Todo este lugar de delicias suena a juego, excita aplauso, provoca amor. Por eso, dice, las doncellas te amaron, y te atraieron; corramos tras el olor de tus ungüentos. El rey me introdujo en su tienda (Ibid., 3). Comenzó con los besos para llegar a la tienda, y ella, impaciente del trabajo del Señor y de la virtud ejercitada, se mueve para abrir con la mano las cerraduras, salir al campo, permanecer en los castillos; al principio, sin embargo, corre tras el olor del ungüento, cuando ha llegado a la tienda, cambiará el ungüento por los castillos. Finalmente, ve a dónde llega.

3. Si es muro, dice, edifiquemos sobre él torres de plata (Cant. VIII, 9). La que jugaba con besos, ya levanta torres, para que, fortificada con las preciosas cumbres de los santos, no solo frustré los ataques hostiles, sino que también construya baluartes seguros de méritos buenos. También en estos matrimonios temporales se aplaude primero a la que se casa, antes de que se le mande; para que no ofendan primero los duros mandatos, antes de que el amor fomentado por las caricias se arraigue. La ternera aprende a amar el sonido de cierto aplauso, para que no rechace el yugo del cuello; finalmente, primero se acostumbra a la palabra de la lascivia, antes que al látigo de la disciplina. Pero cuando haya sometido el cuello al yugo, la rienda la aprieta, el aguijón la incita, los compañeros la arrastran, y el yugo la invita. Así también nuestra Virgen debió primero ser forjada por el amor piadoso; admirar los dorados soportes del lecho celestial, y en el mismo umbral de las bodas y los postes ver coronados con guirnaldas de hojas, y en el interior absorber las delicias del coro resonante; para que no se retirara asustada del yugo del Señor antes de inclinarse llamada. Es necesario que conozcamos ciertos grados de progreso y orden, qué debe ser primero, qué debe seguir: porque saber qué haces, y no conocer el orden de hacerlo, no es conocimiento perfecto, pues a menudo ofenden las cosas desordenadas. Así que, como hay tantas opiniones como hombres, si algo es puro en nuestro discurso, que todos lo lean: si algo es maduro, que los más maduros lo aprueben: si algo es modesto, que se adhiera a los corazones, que pinte las mejillas: si algo es florido, que la edad florida no lo desapruébe. Debimos despertar el amor de la esposa; porque está escrito: Amarás al Señor tu Dios (Deut. VI, 5): debimos adornar en las bodas los cabellos de la esposa con ciertos rizos de oración; porque está escrito: Aplaudes con la mano, y golpeas con el pie (Ezequiel XXI, 14): debimos esparcir los tálamos perpetuos con rosas.

COMIENZA EL TEXTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

1547 1. Antes que la doctrina, se debe buscar la vida; porque una buena vida sin doctrina tiene gracia, la doctrina sin vida no tiene integridad, pues en un alma maliciosa no entra la sabiduría (Sab. I, 4): por eso dice: Me buscarán los malos, y no me encontrarán (Prov. I, 28): porque la maldad ciega el ojo de la mente, y con la iniquidad oscureciendo no puede encontrar los profundos misterios. Primero, pues, se debe ejercitar la milicia de la vida, corregir las costumbres. Cuando hayamos establecido esto en su curso debido, para que haya corrección de ofensas, gracia de pureza: entonces vengamos a los estudios de la adquisición del conocimiento en su orden y camino. Primero, pues, son las cosas morales, segundo las místicas: en aquellas la vida, en estas el conocimiento; de modo que si buscas la perfección, ni la vida sin conocimiento, ni el conocimiento sin vida, ambos se apoyen mutuamente. Siguiendo esta instrucción, Salomón escribió un libro de Proverbios, en el que expresó más abundantemente el lugar moral, el natural en el Eclesiastés, el místico en el Cantar de los Cantares: aunque si examinas diligentemente, también en los Proverbios encuentras muchas cosas místicas, y en el Cantar la suavidad de las morales. Pues ciertamente es místico: La sabiduría se edificó una casa, y labró sus siete columnas, sacrificó sus víctimas, etc. (Prov. IX, 1). Esto, pues, en el Cantar brilla como místico lo que es moral, en el que se expresa la suavidad de las caricias y el afecto del amante.

2. (Vers. 1, 2.) Que me bese con los besos de su boca; porque tus pechos son mejores que el vino, y el olor de tus ungüentos sobre todos los aromas. Imagina, pues, a una Virgen desposada por mucho tiempo, y ardiendo en justo amor, que ha conocido muchas obras ilustres del amado, por la afirmación de testigos probables, con deseos suspendidos frecuentemente dilatados, ya no soportando demoras, que habría hecho todo para dar al esposo: alguna vez alcanzada por sus votos, turbada de alegría por la inesperada llegada del esposo, no busca los inicios del saludo, ni el intercambio de palabras, sino que exige inmediatamente lo que deseaba. Así, pues, también la santa Iglesia que en los inicios del mundo fue desposada en el paraíso, prefigurada en el diluvio, anunciada por la Ley, llamada por los profetas, cuando durante mucho tiempo había esperado la redención de los hombres, la belleza del Evangelio, la llegada del amado; impaciente de la demora, se lanza a los besos diciendo: Que me bese con los besos de su boca; y deleitada con los besos, añade: porque tus pechos son mejores que el vino.

3. Y para hablar más moralmente, entiendo que la carne que había sido impregnada en Adán con el veneno de la serpiente, que se marchitaba con el hedor de los crímenes, que avanzaba en las hijas de Sion con cuello altivo y guiños de ojos, y en el camino de los pies arrastrando túnicas, y jugando con sus pies, con rizados de cabello y rostros compuestos y cintas, y con toda afectada belleza más deshonrando, la misma, sin embargo, instruida por muchos oráculos de que vendría quien, excluidas las seducciones de la serpiente, infundiría la gracia del Espíritu Santo; para que toda carne viera la salvación de Dios, toda carne viniera a Dios, marchita de deseo: pero temiendo que como impaciente, como lasciva, como lujuriosa, como quejumbrosa, como había sido antes, desagradara, aunque atormentada por la expectativa del Señor que tardaba más de lo que ya podía soportar: no murmurando, sin embargo, ni transgrediendo, sino levantando en todo lugar manos puras, sin ira ni disensión, en hábito adornado con modestia y sobriedad, adornándose no con trenzas de cabello ni oro ni perlas ni vestido costoso, sino con lo que decora la gracia de la castidad y la buena conversación, orar diciendo: Que me bese con los besos de su boca; porque tus pechos son mejores que el vino. Ya la carne quería adherirse a Cristo, ya se apresuraba a unirse en matrimonio; para que fuera

un solo espíritu, y se hiciera carne de Cristo la que antes era de la meretriz. Que me bese, dice, te ve limpio de todo pecado, porque los delitos son de la tierra; por eso te juzga digno de los sacramentos celestiales, y por eso te invita al banquete celestial; para que te bese con los besos de su boca. Sin embargo, por lo que sigue, tu alma, o la condición humana, o la Iglesia vio que estaba limpia de todos los pecados, digna de poder acercarse al altar de Dios. ¿Qué es el altar, sino la forma del cuerpo de Cristo? Vio los sacramentos maravillosos, y dijo: Que me bese con los besos de su boca; esto es, que Cristo me imprima un beso. ¿Por qué? porque:

7. Mejores son tus pechos que el vino, esto es, mejores son tus sentidos, mejores tus sacramentos que el vino, que aunque tiene dulzura, tiene alegría, tiene gracia: sin embargo, en él hay alegría secular, en ti hay júbilo espiritual. Ya entonces Salomón introducía las bodas de Cristo y la Iglesia, o del espíritu y la carne y el alma. Y como despreciando todas sus alegrías y deleites, deseando adherirse a los mandamientos celestiales, dice: porque tus preceptos de los testamentos son mejores que todo el apetito de la carne, y el placer del mundo; pues recordaba que en Eva antes había caído así, mientras prefería el placer del cuerpo a los mandamientos celestiales. Mostrando, pues, que no solo la apariencia del Verbo, y un cierto rostro, sino que ama todo su interior, añade a la gracia de los besos: Porque buenos, dice, son tus pechos sobre el vino, y el olor de tus ungüentos sobre todos los aromas. Ella pidió un beso, Dios Verbo se le infundió todo, y le desnudó sus pechos, esto es, sus dogmas y disciplinas de sabiduría interior, y con el dulce olor de sus ungüentos fragó: con los cuales, cautivada, dice que la alegría de la divina cognición es más abundante que el gozo de todo placer corporal.

8. Ungüento derramado o aceite derramado es tu nombre; esto es, todo este mundo hedía de impurezas inmundas de diversos crímenes, ahora respira en todas partes la suavidad de la castidad, el ungüento de la fe, la flor de la integridad. También en el Verbo aspira el olor de la gracia y el perdón de los pecados, que difundido por todo el mundo, llenó todo como un ungüento derramado, porque por todo se ha limpiado la grave suciedad de los vicios. Este ungüento fue derramado sobre los judíos, y recogido por los gentiles: derramado en Judea, y perfumó en todas las tierras. Con este ungüento fue ungida María, y la Virgen concibió, la Virgen dio a luz el buen olor del Hijo de Dios: este ungüento fue derramado sobre las aguas, y santificó las aguas: con este ungüento fueron ungidos los tres jóvenes, y la llama les refrescó con rocío; con este ungüento fue ungido Daniel, y suavizó las bocas de los leones, y calmó su ferocidad. Este ungüento fluye diariamente, y nunca se agota. Toma tu vaso, virgen, y acércate, para que puedas llenarte de este ungüento: toma el ungüento valorado en trescientos denarios, pero dado gratuitamente, no vendido, para que todos lo tengan gratis. Virgen, úngelo; no te entristezcas como Judas, porque este ungüento se derrama, sino sepulta en ti a Cristo: cierra bien tu vaso, para que el ungüento no se derrame: ciérralo con la llave de la integridad, con la modestia al hablar, con la abstinencia de gloriarse; quien tiene este ungüento, recibe a Cristo: Ungüento derramado es tu nombre.

9. (Vers. 2.) Por eso las doncellas te amaron. ¿Quiénes son estas doncellas, sino las almas de cada uno, que han dejado la vejez de este cuerpo, renovadas por el Espíritu Santo? Ungüento derramado es tu nombre, cuya virtud del discurso nada puede ser más excelente. Pues así como un ungüento encerrado en algún vaso retiene su olor, que mientras el olor es contenido por las estrecheces de ese vaso, aunque no pueda llegar a muchos, sin embargo, conserva su fuerza: cuando de ese vaso en el que estaba encerrado el ungüento ha sido derramado, se dice que se difunde ampliamente: así también el nombre de Cristo antes de su advenimiento en el pueblo de Israel, como en algún vaso estaba encerrado en las mentes de los judíos: Conocido en Judea es Dios, en Israel grande es su nombre. (Sal. LXXV, I). Este nombre, pues, que los vasos de los judíos contenían en sus estrecheces. Un nombre grande ya entonces, cuando

estaba en las estrecheces de los débiles y pocos, pero aún no había derramado su grandeza por los corazones de las naciones y hasta los confines de toda la tierra: después de que por todo el mundo brilló con su advenimiento, por toda la creación extendió su divino nombre, no lleno por alguna adición, pues la plenitud no conoce aumento; sino llenando los vacíos, para que su nombre fuera admirable en toda la tierra. Esta efusión de su nombre significa una abundante exuberancia de gracias, y la fertilidad de los bienes celestiales, pues de la abundancia se derrama todo lo que se vierte. Por eso las doncellas te amaron. Buena, dice, es la prudencia, pero dulce es la misericordia; pues aquella pocos la alcanzan, esta llega a todos: por esta, dice, indulgencia te aman las almas renovadas por el espíritu.

10. (Vers. 3.) Atráenos tras de ti, correremos al olor de tus ungüentos. Una vez que el alma santa ha besado al Verbo de Dios, no encuentra medida ni se sacia diciendo: Eres dulce, Señor, y en tu alegría enséñame tus justificaciones (Salmo CXVIII, 12). Habiendo besado al Verbo de Dios, desea más allá de toda belleza, ama más allá de toda alegría, se deleita más que en todos los aromas, desea verlo frecuentemente, contemplarlo a menudo, desea ser atraída para poder seguirlo: "Ungüento", dice, "es tu nombre derramado, por eso te aman las jóvenes; por eso competimos, pero no podemos comprender: atráenos, para que podamos correr; para que con el olor de tus ungüentos recibamos la fuerza de seguirte". También se apresura a ver los misterios internos, el mismo descanso del Verbo, la misma morada de aquel bien supremo, y su luz y claridad en aquel seno y retiro paterno; se apresura a escuchar sus palabras, y cuando las escucha, las recibe con una dulzura superior a toda suavidad.

11. Que te enseñe el profeta que ha probado, y dice: "¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras, más que la miel a mi boca!" (Salmo CXVIII, 103). ¿Qué otra cosa desea el alma que una vez ha probado la dulzura del Verbo, que una vez ha visto su claridad? Moisés, estando en el monte durante cuarenta días recibiendo la Ley, no requería alimento corporal: Elías, apresurándose hacia aquel descanso, rogaba que su alma fuera tomada de él: Pedro, contemplando también en el monte la gloria de la resurrección del Señor, no quería descender, diciendo: "Señor, bueno es que estemos aquí" (Mateo XVII, 4). ¡Cuánta es, pues, aquella gloria de la sustancia divina, cuántos los dones del Verbo, en los que los ángeles desean mirar!

12. El alma, por tanto, que ve aquello, no requiere este cuerpo, y entiende que debe tener la menor familiaridad con él, renuncia al mundo, se aparta de las ataduras de la carne, y se despoja de todos los lazos de estas voluptuosidades. Finalmente, Esteban veía a Jesús, y no temía ser apedreado; es más, cuando era apedreado, no rogaba por sí mismo, sino por aquellos por quienes era asesinado. Pablo, también arrebatado hasta el tercer cielo, no sabía si estaba en el cuerpo o fuera del cuerpo, arrebatado, digo, al paraíso, ya no sentía el uso de su propio cuerpo, y al escuchar las palabras de Dios, se avergonzaba de descender a las debilidades del cuerpo. Así que, sabiendo lo que había visto en el paraíso, o lo que había escuchado, clamaba diciendo: "¿Por qué aún decretáis como si vivierais en este mundo? No toquéis, no probéis, no gustéis, todo lo cual es para corrupción con el mismo uso" (Colosenses II, 20 y 21). Pues quería que estuviéramos en la figura de este mundo, no en posesión y uso, para que usemos este mundo como si no lo usáramos, como transeúntes, no como residentes; caminando como en la imagen del siglo, no en la codicia, para que con la más rápida discusión pasemos la misma imagen de este mundo. Finalmente, él mismo caminando por fe, no por vista, peregrinaba del cuerpo, estaba presente con Dios: y aunque estaba en la tierra, no se comportaba en las cosas terrenales, sino en las celestiales. Por tanto, nuestra alma que quiere acercarse a Dios, elévese del cuerpo, adhiera siempre a aquel bien supremo, a aquel bien que es divino, que es siempre, y que era desde el principio, y que

estaba con Dios (I Juan I), esto es, el Verbo de Dios: él es aquel divino, "En quien vivimos, y somos, y nos movemos" (Hechos XVII, 28).

13. Correremos al olor de tus ungüentos. Este olor lo percibe el alma que comienza a abrirse a Cristo, para recibir primero el olor de la sepultura del Señor, y creer, porque su carne no vio corrupción, ni se marchitó con ningún olor de muerte: sino que, condimentada con el olor de aquella flor eterna y siempre verde, resucitó. Pues, ¿cómo podría marchitarse en la carne, cuyo nombre es "Ungüento derramado"? Se vació para respirar en ti; siempre fue este ungüento, pero estaba con el Padre, estaba en el Padre, solo olía a los ángeles y arcángeles, como dentro del vaso del cielo. El Padre abrió su boca diciendo: "He aquí que te he puesto como pacto de mi pueblo, como luz de las naciones; para que seas salvación hasta el extremo de la tierra" (Isaías XLIX, 6). Descendió el Hijo, todo se llenó del nuevo olor del Verbo, el corazón del Padre eructó un buen Verbo, el Hijo fragante, el Espíritu Santo exhaló, y lo difundió por todos los corazones: "Porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo" (Romanos V, 5). El mismo Hijo de Dios en el cuerpo, como en un vaso, primero contenía su olor, esperando el tiempo como dice: "El Señor me da lengua de sabiduría, para saber cuándo es necesario decir una palabra". Llegó la hora, abrió su boca, salió el ungüento, cuando salía virtud de él. Y por eso esta se apresura al Verbo, y ruega ser atraída, no sea que sea dejada; porque el Verbo de Dios corre, y no está atado. Finalmente, "Se regocija como un gigante para correr el camino" (Salmo XVIII, 6). Y porque "Su salida es desde el extremo del cielo, y su recorrido hasta el extremo de él" (Ibid., 7), viéndose a sí misma desigual a tanta velocidad, dice: "Atráenos".

14. Buena es el alma que no ruega solo por sí misma, sino por todos: "Atráenos", digo, "tenemos el deseo de seguir, que la gracia de tus ungüentos inspira: pero como no podemos igualar tus carreras, atráenos; para que, sostenidos por tu ayuda, podamos seguir tus huellas. Pues si tú nos atraes, correremos también nosotros, y captaremos los soplos espirituales de velocidad. Pues se deposita la carga a quienes tu mano es apoyo: y se infunde tu aceite, con el cual fue curado aquel que fue herido por los ladrones.

15. Pero para que no te parezca impudente lo que dice: "Atráenos", escucha al que dice: "Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar" (Mateo XI, 28). Ves que nos atrae de buena gana, para que no quedemos siguiéndolo: pero quien quiere ser atraído, corra para alcanzar, y corra olvidando lo que queda atrás, y deseando lo que está adelante, así podrá alcanzar a Cristo; de donde también el Apóstol dice: "Corred de tal manera que lo alcancéis". También esta quiere llegar al premio, que desea alcanzar. Prudente, pues, ruega ser atraída, porque no todos pueden seguir. Finalmente, a Pedro diciendo: "¿A dónde vas?", respondió el Verbo de Dios: "No puedes seguirme ahora, pero me seguirás después" (Juan XIII, 36; Mateo XIV, 30). Le había confiado las llaves del reino de los cielos, y en seguirlo se juzgó a sí mismo desigual. Sin embargo, no postergó a esta alma, porque no presumía, sino que rogaba. Finalmente,

16. (Vers. 3.) Me introdujo en su cámara. Bienaventurada el alma que entra en los secretos del Verbo, pues al levantarse del cuerpo, se hace más remota de todos; y busca y examina aquello que está por encima de sí misma, aquel divino si de alguna manera puede alcanzarlo: lo cual, cuando pueda comprenderlo, habiendo superado las cosas inteligibles, se confirma en ello, y se alimenta de ello. Tal era Pablo, que sabía que había sido arrebatado al paraíso, pero no sabía si fuera del cuerpo o en el cuerpo. Pues su alma se había levantado del cuerpo, y se había apartado y elevado de las entrañas y ataduras de la carne, y hecho ajeno a sí mismo, retuvo dentro de sí las palabras inefables que escuchó y no pudo divulgar, que advirtió que no es lícito al hombre hablar. Por tanto, el buen alma desprecia las cosas visibles y sensibles, ni

se detiene en ellas, ni se demora y reside en contemplarlas: sino que asciende a aquellas eternas e invisibles y llenas de maravillas, elevándose con puro sentido de la mente piadosa. Pues estudiando la perfección, solo atiende a aquel bien de la divinidad, ni cree que deba buscar otra cosa, porque tiene lo que es supremo.

17. Me introdujo el rey en su cámara. El beso es simple, pero el secreto de la cámara es laborioso; pues en este lugar testifica que desea conocer más plenamente los misterios, para entrar en los secretos de los misterios celestiales, y se le abran los tesoros de la sabiduría y del conocimiento escondidos en Cristo: para que pueda, tal vez dice aquello que antes: "Bésememe con los besos de su boca". Significa la gracia del Espíritu Santo que viene, como el Ángel dijo a María: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra" (Lucas I, 35). Pero cuando el rey la introdujo en su cámara, el tiempo de la pasión, la perforación del costado, la efusión de sangre, el unguento de la sepultura, el misterio de la resurrección lo declaran; para que haya recibido el beso como esposa: y la Iglesia haya sido introducida en la cámara de Cristo, no ya como solo desposada, sino también como casada: ni solo haya entrado en el tálamo, sino que también haya conseguido las llaves de la legítima unión. Y por eso, como situada en el tálamo, dice: "Mi hermano es para mí un racimo de mirra, que reposa entre mis pechos" (Vers. 12).

18. Pero si buscamos la cámara, él mismo nos enseña quien dice: "Tú, cuando ores, entra en tu cámara, y cerrada la puerta, ora a tu Padre en secreto" (Mateo VI, 6). La cámara de la Iglesia es el cuerpo de Cristo. El rey la introdujo en todos los misterios interiores, le dio las llaves para que abriera para sí los tesoros del conocimiento, abriera las puertas cerradas de los sacramentos, conociera la gracia del que descansa, el sueño del difunto, el poder del que resucita. En aquella cámara la esposa encuentra las justicias del Señor Jesús. ¿Cuáles son esas justicias? Sin duda los sacramentos del bautismo, como leemos, porque cuando Juan decía al que venía al bautismo: "Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?"; Jesús respondió: "Deja ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia" (Mateo III, 15). En aquella cámara aprende las justificaciones del Señor, conoce el consejo de Dios, que nada puede ser más sublime; pues esto es divino, en lo que se hace la remisión de los pecados.

19. Esto busca aprender del Señor, lo que los hombres no podían enseñar, a menos que antes Dios lo hubiera enseñado: lo que después de haber aprendido de Cristo los apóstoles, la Iglesia dice: "Me introdujo el rey en su cámara", esto es, en aquel secreto, en el que están todos los tesoros de su conocimiento y sabiduría. Y por eso se te dice: "Cuando ores, entra en tu cámara" (Mateo VI, 6), lo que significa el secreto de la mente y del alma. En esta cámara de las justicias la esposa pidió ser introducida, cuando después del olor del unguento corrió, que siempre fluye, y nunca se agota.

20. Me introdujo el rey en su cámara, el griego tiene en su despensa y en su bodega: donde hay buenas libaciones, donde hay buenos olores, mieles dulces, donde hay diversos frutos, donde hay variadas viandas, para que tu comida sea condimentada con muchas viandas. Finalmente, introducida en aquel secreto del divino esposo:

21. "Exultemos", dice, "y alegrémonos en ti; amemos tus pechos más que el vino"; pues no en las riquezas y tesoros de oro y plata, no en los frutos de las posesiones, no en los poderes, no en los banquetes, sino solo en Dios exulta, diciendo a él: "Amemos tus pechos más que el vino". Sin embargo, bebía de tal manera, que no era absorbida por el vino, sino que la gracia de él extraía la alegría del corazón, no tambaleaba por la embriaguez del cuerpo. Finalmente, bebiendo este vino, abrió sus ojos, y vio el camino recto, dejó los caminos tortuosos diciendo: "La equidad te amó", esto es, no te siguen caminos tortuosos: sino que solo el sendero de la

justicia puede llegar a ti, pues quien ama la justicia no se aparta de Cristo. ¿Cómo temerá la conciencia inocente al árbitro de la justicia, al remunerador de los méritos? Sin embargo, el mismo alma, reconociendo que se ha oscurecido por la sociedad del cuerpo, dice a otras almas, o a otras potestades celestiales y cercanas al sagrado misterio: "No me miréis, porque estoy oscurecida, porque el sol no me ha mirado".

22. (Vers. 4.) "Soy morena y hermosa, hijas de Jerusalén". Imagina al Señor Jesús recostado en el banquete, a Juan reclinándose sobre su pecho, otros maravillándose de que el siervo se reclinara sobre el Señor, de que aquella carne pecadora se recostara sobre el templo del Verbo, de que aquel alma atada a los lazos de la carne escrutara la sala de la plenitud divina. Por tanto, a los que se maravillaban, respondió el alma de Juan: "Soy morena y hermosa, hijas de Jerusalén"; morena por la culpa, hermosa por la gracia. Dice también la carne, "soy morena y hermosa"; morena por el polvo secular, que recogió luchando, hermosa por el ojo espiritual, con el que limpió el polvo y la suciedad de este mundo: morena por el vicio, pero ya hermosa por el baño, que lava todo delito: morena soy porque pequé, hermosa porque ya me ama Cristo; a quien había relegado en Eva, recibe en la virgen, acoge de María.

23. También dice la Sinagoga, cuyos misterios parecen expresarse aquí para muchos; que al verse rechazada por la impiedad de todo el pueblo; se consolaba a sí misma, porque veía a Cristo mismo no solo, sino también a Pedro, Juan, Jacobo adheridos a Cristo, porque tenía los oráculos confiados a ella. Y por eso decía: "Soy morena y hermosa, hijas de Jerusalén: morena por la incredulidad, hermosa por la ley: morena por la caída, hermosa porque el sol me amó, y fui la primera congregación de Dios. No me rechacéis porque soy morena; por eso soy morena porque el sol de justicia me dejó, que antes solía iluminarme. Perdí el color de mi rostro, se ha embotado la agudeza de mis ojos con los que antes veía el sol: camino en tinieblas, que no conozco el día de Cristo. No obstante, no me desprecien, porque quien dejó, puede volver a mirar. Suele tener misericordia de nuevo, reunir a los dispersos, buscar a los abandonados, recoger a los desamparados. Todas las tribus de Israel, venid, miradme hermosa antes de los delitos; no me miréis, porque estoy oscurecida; esto es, no miréis solo esto porque estoy oscurecida; no me ha mirado el sol, y por eso estoy oscurecida. Pero el sol brilla sobre justos e injustos, sobre justos por gracia, sobre injustos por misericordia; dando a aquellos la recompensa de los méritos, perdonando a estos los pecados. Y a las naciones no les brillaba antes, ahora les brilla, ahora les nace a ellos quien me nacía a mí; quien les perdonó, me perdonará también a mí. No piensen que porque estoy oscurecida, el sol me ha dejado por completo, y ya no me mira, no busca a la enferma. Disimuló de mí, porque no guardé sus mandamientos: se reconciliará cuando vea el arrepentimiento de mis delitos. No me ha visto el sol, porque no recibí al que venía, no abrí las ventanas, para que entrara la luz de la vida: cuando abra, iluminará mis ojos, que vino para iluminar todo el mundo, y vean también los que no ven.

24. O dice la Iglesia de las naciones: "No me miréis porque soy morena, porque el sol no me ha mirado"; porque como si estuviera constreñida por las heladas y el hielo invernal del error gentil, la congregación de las naciones el sol de justicia la consideró durante mucho tiempo indigna de que la iluminara con la luz serena de su rostro. ¿No te parecía el rigor del tiempo invernal, cuando solo en Judea era conocido Dios? Ahora, sin embargo, brilla la plenitud de la luz estival, cuando todo y en todos es Cristo. ¿No es la tierra del Señor y su plenitud? (Salmo XXIII, 1). Y verdaderamente el orbe de la tierra en la Iglesia, porque "no solo judío o griego, no bárbaro o escita, no esclavo o libre: sino que todos somos uno en Cristo" (Colosenses III, 11). El sol brilla para todos, el día ilumina a todos. Soy negra, y hermosa. Antecedió negra, para aumentar la hermosura: no dijo: Soy negra hermosa, para que no se considerara hermoso lo que es negro: sino que dijo: Soy negra por el pecado anterior, pero

hermosa por la confesión del pecado, y el estudio de la corrección, y el amor a la virtud. Aunque, por tanto, la sílaba "Et" como la llaman los gramáticos es conjuntiva, sin embargo, tiene una distinción, por la cual se distingue y separa la confusión; para que si dices que Ambrosio Basso está dentro, se entiende uno: pero si afirmas que Ambrosio y Basso están dentro, se entienden dos.

25. Como las tiendas de Cedar, como las pieles de Salomón; pues las tiendas se hacen de las pieles de animales muertos. Por tanto, quien decía esto, estaba muerta al pecado, y vivía para Dios: y nosotros, por tanto, muramos al pecado; para que vivamos para Dios. Llenos del espíritu, con la alegría y dulzura del gozo, seremos despojos espirituales, carentes de debilidad corporal, y con el seno íntegro de la mente reservando en nosotros la gracia de los misterios divinos. Sin embargo, las tiendas de Cedar, o las pieles de Salomón, es evidente que este cuerpo se dice de muchos lugares: sin embargo, también entiende de allí, que Adán y Eva, cuando dejaron la imagen celestial que antes llevaban, vistiendo la imagen del hombre terrenal, se dice que fueron vestidos con túnicas de piel; pues la culpa cometida los había hecho corporales de espirituales.

26. Ni es absurdo entender que así se dice que la esposa se ha hecho como las pieles quemadas por los ardores del sol; porque aunque puesta en la aspereza de las tribulaciones, ha mortificado su cuerpo, para que no pueda sentir aquella aspereza: pues como la piel de la tienda no siente el ardor del sol, porque es piel de un animal muerto; así esta, muerta al pecado, no podía sentir el ardor del pecado: o porque no se quebrantaba por las necesidades, o porque somos cuerpo de aflicción, y debemos llevar siempre en nuestro cuerpo la muerte del Señor Jesús.

27. (Vers. 5.) "Los hijos de mi madre lucharon contra mí"; esto es, me atacaron las pasiones del cuerpo, las seducciones de la carne me descoloraron: por eso el sol de justicia no me resplandeció, porque despojada de protección no pude guardar mi devoción y plena observancia, esto es, "mi viña no guardé", porque traje espinas y no uvas, es decir, haciendo pecados en lugar de frutos. Y cuando habla del Verbo, iluminada por el esplendor del Verbo, vuelta hacia él dice:

28. (Vers. 6.) ¿Dónde pastoreas, dónde reposas al mediodía? Dice correctamente, ¿dónde pastoreas?, porque la Palabra de Dios es real; ¿dónde reposas?, porque es moral; al mediodía, porque es mística: ya que al mediodía José, en el banquete con sus hermanos, revelaba los misterios de los tiempos futuros. Pero también David dice: "Encomienda al Señor tu camino, y confía en él, y él actuará, y hará resplandecer tu justicia como la luz, y tu derecho como el mediodía" (Salmo 36, 5). Y el mismo Pablo afirmó que una luz lo envolvió al mediodía, cuando se convirtió de la persecución a la gracia.

29. Se pregunta entonces por qué fue abandonada, por qué una rica se volvió pobre; pues abundaba en el don de las gracias, pero comenzó a carecer cuando se le negó la abundancia de la presencia divina. Y por eso, pide ser considerada como una mercenaria, quien antes reclamaba para sí la gracia de un vínculo más precioso.

30. Me pusieron a guardar las viñas, mi viña no guardé (Vers. 5). Algunos piensan que esto se dice de aquellos que constriñen a la Sinagoga a los preceptos de la ley, para que guarde la ley, cuide su viña, la cual no pudo guardar. De hecho, la guardaba para hacer uvas, pero hizo espinas. ¿Cuál es entonces la viña? Viene David a testificarnos diciendo: "Trasplantaste una viña de Egipto, expulsaste a las naciones y la plantaste" (Salmo 79, 9). También pueden ser

los apóstoles los hijos de su madre, quienes verdaderamente combatieron a la Sinagoga diciendo: "He aquí que nos volvemos a los gentiles", y comenzaron a sembrar la palabra de Dios entre las naciones. También pueden entenderse los profetas que, advirtiendo y denunciando para que la Sinagoga guardara su viña, no lograron nada; pues hizo espinas de maldad, cuando debía haber llevado abundantes frutos de virtud: y por eso confiesa que no pudo guardar a su pueblo y con razón busca tarde retenerlo, a quien, teniéndolo, perdió: muy diferente de aquella que dice: "Encontré al que ama mi alma, lo sostuve y no lo dejaré" (Cantar de los Cantares 3, 4). Finalmente, aquella invita al esposo a su jardín; esta, buscando dónde pastorea, le dice:

31. Anúnciame, amado de mi alma. ¿Por qué dices, amado de mi alma, y no a quien ama mi alma? ¿Por qué dejaste a quien tenías? Lo amaste con la fe de los padres, lo perdiste por incredulidad: lo tenías con los lazos de la caridad, lo perdiste con la larga cuerda de la perfidia. Por eso no sabes dónde pastorea, dónde reposa; pues si lo supieras, no lo buscarías. Dices: "¿Dónde pastoreas, dónde reposas al mediodía?" Sabes que el mediodía es la Iglesia que retiene a Cristo, y tú lo buscas en las noches. Di, dice, a mí, Cristo, responde al menos porque antes fuiste querido y amado por mí; y aunque perdí el privilegio de tan gran caridad, al menos como piadoso, respóndeme, ¿Dónde pastoreas, dónde reposas? Me dejaste, fuiste a los gentiles, te alejaste de mí, y te hiciste más cercano a aquellos de quienes estabas lejos. Pero te hiciste cercano, porque creyeron en tu sangre. Te alejaste de mí, porque no acepté la cruz como redención del mundo, sino como condenación del culpable. Pero quienes la recibieron como autor de salvación, están al mediodía; a ellos les iluminas, a ellos les resplandeces, a ellos tu gracia caliente como el mediodía. Para mí eras matutino, cuando aún creía, pero no creía plenamente, porque no fui encontrada al mediodía, como José con sus hermanos que retenían el mediodía: para ellos te hiciste mediodía, que se alimentan de tus riquezas, y en ti esperan. Por eso, como dijo David: "Harás resplandecer su justicia como la luz, y su derecho como el mediodía" (Salmo 36, 6).

32. Buscas entonces como extranjera quien eras cercana, como pobre quien fuiste rica: deseas seguir a quienes precedías, y ojalá al menos sigas a quienes debiste preceder. Deseas ser mercenaria quien antes recogías mercenarios; por tanto, esta es la voz de la mercenaria que dice: "No sea que me cubran sobre los rebaños de tus compañeros". Quien antes recibías prosélitos de entre las naciones, ahora tú misma en las naciones deseas ser recibida como prosélita, y ser congregada como extranjera. Respondió la Palabra de Dios al alma deseosa:

33. (Vers. 7.) Si no te conoces a ti misma, hermosa entre las mujeres. Conócete a ti mismo, hombre, se dice a tu alma, si no te conoces hermosa entre las mujeres. Conócete, alma, porque no eres de la tierra, no eres de barro, porque Dios sopló en ti, y te hizo alma viviente. Eres una obra magnífica, formada por la inspiración de Dios: "Cuida de ti", como dice la Ley, es decir, de tu alma: que no te retengan las cosas seculares y mundanas, que no te detengan las terrenales. Apresúrate con toda tu intención hacia aquel de cuya inspiración consistes: "Grande", dice, "hombre, y precioso es el hombre misericordioso: es necesario encontrar un hombre fiel" (Proverbios 20, 6). Aprende, hombre, dónde eres grande y precioso. La tierra te muestra vil, pero la virtud te hace glorioso, la fe raro, la imagen precioso. ¿Dónde hay algo tan precioso como la imagen de Dios? que primero debe infundir fe en ti, para que en tu corazón resplandezca una cierta imagen del autor; no sea que quien interroga tu mente, no reconozca al autor. ¿O hay algo tan precioso como la humildad; para que, observando la naturaleza del cuerpo y del alma, te sometas a uno y reconozcas al otro? La inclinación al vicio de la carne sugiere misericordia; porque lo que otorgues a otro, te lo pagas a ti mismo: todo lo que procede de ti, vuelve a ti, y todo lo que hagas, te lo pagas a ti mismo: y todo lo que beneficies, te beneficia a ti. El vigor del alma vivaz, el sentido de la razón y la capacidad

de entendimiento y juicio, para que la casa sea digna de tan gran habitante, no pierda la prerrogativa de su naturaleza. Si no te conoces a ti misma, hermosa entre las mujeres. Quien se queja de haber sido abandonada, si no te conoces, si no te arrepientes de tu caída, si no apruebas la intención de devoción, si tu fe y sinceridad no aumentan, la queja no servirá de nada. O así, si no te conoces a ti misma porque eres hermosa, si no conservas la belleza de tu naturaleza, y no te hunden las tentaciones del cuerpo, ni te detienen los impedimentos, nada te ayudará la nobleza de una criatura mejor.

34. Conócete, pues, a ti misma y la belleza de tu naturaleza, y sal como despojada de las ataduras de los pies, y con el pie desnudo, para que no sientas los revestimientos carnales: que la huella de tu mente no se enrede en las ataduras corporales, para que tu pie aparezca hermoso. Tales son, en efecto, los que son elegidos por el Señor para anunciar el reino de los cielos, de quienes se ha dicho: "¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz!" (Isaías 52, 7). Tal fue Moisés a quien se le dice: "Quítate las sandalias de tus pies" (Éxodo 3, 5); para que quien iba a llamar al pueblo al reino de Dios, primero despojándose de las vestiduras de la carne, avanzara con el espíritu y la huella de la mente desnudos; esto es, pues, lo que dice: "Sal tú en los calzados de los rebaños, y apacienta tus cabritos en las tiendas de los pastores".

35. Por rebaños entendemos el reino, ya que es potestad presidir sobre los rebaños. Pero cada uno preside sobre sí mismo con una cierta potestad real, si refrena en sí los lujos del cuerpo, y somete su carne a servidumbre; por eso se ha dicho: "El reino de Dios está dentro de vosotros". Por eso dice bellamente al alma: "Sal", es decir, sal del servicio, sal del imperio y dominio de la carne, y sal no en la carne sino en el espíritu, sal al gobierno de la potestad. Y por eso añadió: "Apacienta tus cabritos", es decir, gobierna lo que está a tu izquierda; pues si no se gobiernan, fácilmente caen. Refrena la petulancia, la lascivia de tu cuerpo y la irracional lujuria, doma los movimientos ligeros: apacientalos no en tabernáculos corporales, sino en tabernáculos de pastores que saben gobernar el rebaño; pues son amables los tabernáculos de Israel, como bosques que dan sombra sobre el río, en los cuales el alma, como en un campamento bélico, ejerce una buena milicia, explora los ataques enemigos.

36. Si no te conoces a ti misma, hermosa entre las mujeres. ¿Qué es conocerse a sí mismo, sino que cada uno sepa que ha sido hecho a imagen y semejanza de Dios, capaz de razón, quien debe cultivar su tierra como un buen agricultor con un cierto arado y hoz de sabiduría; para que se abran los terrenos duros, o se recorten los exuberantes, quien debe gobernar la porción interior de sí mismo con el imperio del alma. Por eso también está escrito en la Ley: "Cuida de ti, no sea que haya una palabra oculta en tu corazón" (Deuteronomio 10, 6): cuida de ti, dice, no de tu dinero, no de tus posesiones, no de las fuerzas del cuerpo, sino de tu alma y tu mente, de donde manan todos los consejos, hechos y pensamientos. Cuida, pues, de ti allí, donde sabes que eres superior. Conócete a ti mismo, lo que los gentiles atribuyen a Apolo Pythio, como si él fuera el autor de esta sentencia; cuando lo han usurpado de nosotros y lo han transferido a lo suyo, y Moisés, quien escribió el libro del Deuteronomio, fue mucho anterior a los filósofos que inventaron estas cosas.

37. Por eso también Salomón, siguiendo el oráculo divino, escribió en el Cantar de los Cantares: "Si no te conoces a ti misma, hermosa entre las mujeres"; es decir, si no te conoces mortal, racional, y pronto confiesas tus pecados, pronto dices tus iniquidades para ser justificada, si no te conviertes, y primero acusas tus delitos, viene el día de la muerte y ya no hay remedio de conversión; te anticipas mientras piensas. Enciende tu lámpara, antes de que se te cierre la puerta del esposo, quien no suele esperar mucho a los negligentes. Si no te conoces a ti misma, dice, hermosa entre las mujeres; y dices: "Soy morena y hermosa:

morena, porque he pecado, hermosa, porque soy amada, porque soy del linaje de Abraham, linaje elegido, amado por Dios"; nada te servirá la gracia de los padres: "Porque Dios puede de estas piedras levantar hijos a Abraham" (Mateo 3, 9). Y en otro lugar en el Evangelio has leído, que el diablo ató a la hija de Abraham con las cadenas de su maldad, a quien el Señor desató en el día de reposo. Si no te conoces a ti misma, nada te servirá. Aunque digas, soy hija de Abraham, que no crees, que no corriges el error; Abraham ciertamente se salva, pero la nobleza de tu linaje no te ayudará, si la fe no te salva. No te engañe la promesa dada a los padres, no acepto la persona del hombre, no acepto la prerrogativa del linaje; si no veo la nobleza de costumbres congruente con el linaje, para que se haga la elección del linaje justo.

38. Pero si te conoces a ti misma, y reconoces que estás sujeta al pecado, debes salir en los talones de los rebaños. Sal, pues, con el pie desnudo, y apacienta tus cabritos en las tiendas de los pastores. Quien está sin pecado, apacienta corderos, apacienta ovejas: pero quien está sujeta al pecado, apacienta cabritos que están a la izquierda; pues no puede estar a la derecha del buen pastor. Más bien siga al que dice a Pedro: "Vete detrás de mí, Satanás" (Marcos 8, 33). Siguiendo, Pedro mereció ser colocado a la derecha; por eso se le dice: "Apacienta mis corderitos" (Juan 21, 16). Pero escucha a dónde debe salir: "A las tiendas", dice, "de los pastores", es decir, a las naciones, a la dispersión. Por eso dijo: "Heriré al pastor, y se dispersarán las ovejas del rebaño" (Zacarías 13, 7); para que se llene toda la tierra con el rebaño de Cristo, significando que entonces será salva la Sinagoga, cuando ella misma se una a esta dispersión, que ha llenado este mundo; pues las tiendas de los pastores son los reinos de la tierra.

39. (Vers. 8.) A mi yegua en los carros de Faraón te he comparado, mi cercana. En lo cual, mientras se parece que la semejanza de la Iglesia se compara con la carrera de caballos veloces, se estima rica su gracia. No entiendas, pues, una sola yegua del rico rey, sino en absoluto por la caballería, como hemos dicho a menudo, cual es su oveja, por el rebaño de ovejas. Faraón, pues, como rey poderosísimo y riquísimo, tenía caballos poderosos; por eso también la Escritura dice: "Los carros de Faraón" (Éxodo 14, 9), como un género poderosísimo para el uso de las guerras, y auxilio para combatir: finalmente, con estos carros Faraón fácilmente alcanzó a los hebreos que huían. Así como los caballos unidos fácilmente arrastran el carro, y pacientemente aceptan el yugo, y lo llevan con gracia, y con la aceptación de ese yugo se vuelven mansos: así también la congregación de las naciones, con costumbres indómitas de gentiles, se jactaba antes. Pero cuando aceptó el yugo del que dice: "Tomad mi yugo sobre vosotros, porque es ligero; y mi carga, porque es suave" (Mateo 11, 29 y 30); y comenzó la esposa de Cristo a ser sublime por la concordia y mansedumbre de los pueblos, y llevada por todo el orbe, como un carro con caballos veloces, elevada sobre el mundo, ascendió al esposo.

40. Pues Cristo tiene sus caballos, de los cuales dice el profeta: "Enviaste tus caballos al mar, turbando muchas aguas" (Habacuc 3); porque los pueblos de las naciones que se mueven como muchas aguas, y se levantan en olas de aguas, los apóstoles los movieron evangelizando, para que levantándose de las ceremonias terrenales de los ídolos, creyeran en Cristo. Y más arriba dice: "Subiste en tus caballos, tu caballería es salud. Oh maravilloso decajugo de buenos caballos, cuyos frenos son de paz, las riendas son de caridad: unidos entre sí con los lazos de la concordia, y sujetos al yugo de la fe, llevando el misterio del Evangelio en las cuatro ruedas a los confines de todo el orbe, llevando al buen auriga, la Palabra de Dios: con cuyo látigo fueron ahuyentadas las tentaciones mundanas, exterminado el príncipe de este mundo, cumplido el curso de los justos. Oh gran certamen de caballos racionales! oh misterio admirable! La rueda corría dentro de la rueda, y no se impedía, el Nuevo Testamento en el Antiguo Testamento, corría dentro de aquel por el cual se anunciaba.

Iban en cuatro direcciones las ruedas, y no volvían atrás; porque el espíritu de vida estaba en ellas, que corría en las cuatro direcciones de todo el mundo: y corría sin tropiezo, porque la buena vida de los caballos cuadraba. Corrían, pues, los caballos, porque no dormía quien había subido a los caballos.

41. El auriga de nuestras almas es Jesús; quien también quiere que nosotros ascendamos a nuestros caballos, es decir, a nuestros cuerpos; y vigilemos siempre para que no se nos diga: "Se adormecieron los que subieron a los caballos" (Salmo 75, 7). Este mar debe ser cruzado diligentemente, apenas lo cruzan los vigilantes. Pero si alguno se duerme, no podrá cruzar, sino que se hunde, como el egipcio cuya alma y cuerpo perecieron. Pues "arrojó al mar al caballo y al jinete" (Éxodo 15, 1), quienes no seguían la ley, sino que la perseguían.

42. A mi yegua en los carros de Faraón te he comparado. El trabajo de la virtud busca la victoria, para que no pueda compararse a aquella yegua que es de Salomón, veloz para correr, hábil para parir; pues se desea y se busca la fecundidad del alma. Esta yegua, pues, es preciosa, y los carros de Faraón veloces. Pero en este lugar debemos hablar del alma, de esta yegua que se estima semejante a esta alma, es decir, de la virtud profética o apostólica: que se cuenta en el rebaño de aquellos que con la fecundidad de su predicación han llenado los espacios de toda la tierra. Y aunque constituidos en el cuerpo, no sintieron ninguna pérdida en su carrera espiritual. Por eso se alaba que, iluminada ya por el precepto celestial, ya sea hermosa, ya sea bella, quien muestra en su rostro el decoro de la castidad, y levanta los adornos del cuello, en el cual están las insignias de la paciencia y la humildad. Y por eso, alabando a su esposa, decía:

43. (Vers. 9.) ¡Cuán hermosas se han hecho tus mejillas como las de la tórtola, tu cuello como adornos! El rostro es más libre, donde hay conciencia de caridad; y llevar el yugo de Cristo es suave, si consideras que son adornos de tu cuello, no cargas. Levanta, pues, siempre los ojos a tu Señor, y busca a Dios, para que lo encuentres. Erige el cuello, llevas adornos, no cadenas: y los animales mudos se alegran con los adornos, y se ven más adornados que atados. Las mejillas como las de la tórtola, llevan las insignias de la modestia: Los adornos del cuello levantan la confianza de la libertad; pues el yugo de Cristo es ligero, y por eso el cuello no se oprime, sino que se levanta.

44. (Vers. 10, 11.) Haremos, dice, semejanzas de oro para ti, con distinciones de plata, mientras el rey esté en su declinación. Pues de aquellos que son de la Ley y los profetas, que antes creyeron medianamente en la gloria del Señor Jesús, y su herencia difundida entre los pueblos, cuanto más frecuentemente examinada, tanto más ha sido probada. Pues las frecuentes persecuciones de la Iglesia nos han dado títulos de justos, victorias de martirio. Así como el buen oro, así la Iglesia cuando lo usa, no siente detrimentos, sino que su fulgor se aumenta, hasta que Cristo venga en su reino, y recline su cabeza en la fe de la Iglesia. Quien cuando vino a las ovejas perdidas de la casa de Israel, no tenía dónde reclinar su cabeza: ahora, sin embargo, ya la fe exhala fragancia, por eso dice la Iglesia: "Mi nardo dio su olor"; y dice con presunción esperando la retribución. Fragante es el unguento de la gracia, en el cual la virgen engendró, y el Señor Jesús asumió el sacramento de la encarnación.

45. (Vers. 12, 13.) Mi hermano es para mí un racimo de mirra, en medio de mis pechos permanecerá, o morará. Antes había dicho que su nardo había dado el olor del esposo; y que por el unguento con el que había ungido, había recibido la fragancia de su olor: ahora, sin embargo, dice: Mi hermano para mí huele a racimo, y este no disperso ni como se quiera esparcido, sino recogido y comprimido, para que el olor de su suavidad sea más denso y vehemente. Y este, dice, siendo tal, en medio de mis pechos mora y permanece, y hace su

descanso y morada en el lugar de mi pecho. Mi hermano es para mí un racimo de mirra, un racimo de ciprés mi hermano para mí, entre mis pechos descansará. Pues el Señor Jesús, al asumir el cuerpo, se ató con los lazos de la caridad, y no solo se unió a nuestros miembros y pasiones naturales, sino también a la cruz; por eso, como un racimo en la fe de la Iglesia, y en la gracia moral reposa.

46. Nardo de Chipre, mi amado en las viñas de Engadí. Si buscamos un lugar en una región de Judea, así se llama el lugar donde se produce el bálsamo: si buscamos la interpretación, significa tentación en latín. En esas viñas hay un árbol que, si alguien lo pincha, emite un unguento; este es el fruto del árbol. Si el árbol no se corta, no fragancia ni huele tanto, pero cuando es pinchado por la mano del artesano, entonces destila una lágrima. Así también Cristo, crucificado en aquel árbol de la tentación, lloraba por el pueblo para lavar nuestros pecados, y de las entrañas de su misericordia derramaba unguento diciendo: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Luc. XXIII, 34). Entonces, al ser pinchado en el árbol con una lanza, salió de él sangre y agua, más dulce que cualquier unguento, una ofrenda aceptable a Dios, derramando por todo el mundo el aroma de la santificación. Y como el bálsamo del árbol, así salía la virtud de su cuerpo, de donde dijo: Siento que ha salido virtud de mí (Luc. VIII, 46). De ahí se dice más expresivamente opobalsamum, porque con la punción del árbol el bálsamo brota por la cavidad de la punción.

47. Así pues, Jesús, al ser pinchado, derramó el aroma del perdón de los pecados y de la redención. Pues también estaba constreñido, siendo el Verbo hecho hombre: y se hizo pobre, siendo rico; para que con su pobreza nos enriqueciera: era poderoso, y se mostró despreciable, de tal manera que Herodes lo menospreciaba y se burlaba de él: movía la tierra, y estaba colgado en el árbol: cubría el cielo con tinieblas, y crucificaba al mundo, y estaba crucificado: inclinaba la cabeza, y salía el Verbo: estaba vacío, y llenaba todo: descendió Dios, ascendió el hombre: el Verbo se hizo carne, para que la carne reclamara para sí el trono del Verbo a la derecha de Dios: había una herida y fluía unguento: se escuchaba un escarabajo, y se reconocía a Dios. Y Cristo respondió.

48. (Vers. 14.) He aquí que eres buena, mi amada, he aquí que eres buena: tus ojos son palomas. Porque la Iglesia había conocido el misterio, y predicaba al Señor Jesús crucificado por la redención de todo el mundo, merece oír: He aquí que eres buena, tú que me dices bueno; He aquí que eres buena, tú que has visto la belleza de mi gloria, y tú misma eres hermosa y decorosa. ¿Qué significa decirle a Cristo: Eres buena, o eres decorosa, sino aquel Evangelio: Ten ánimo, hija, tus pecados te son perdonados (Mat. IX, 22)? Por tanto, a quien Cristo ha perdonado los pecados, correctamente dice: Retribuye a tu siervo, para que viva, y guarde tus mandamientos (Sal. CXVIII, 146). No tiene en la retribución nada que desesperar; porque el Señor Jesús vino a salvar al mundo, no a perderlo. Por eso es olvidadizo de la injuria, memorioso de la gracia, como él mismo testifica en el libro profético diciendo: Yo soy, yo soy quien borra tus iniquidades, y no me acordaré: tú, sin embargo, acuérdate y juzguemos, di primero tus iniquidades para que seas justificado (Isa. XLIII, 25 y 26). Por tanto, quien dice sus iniquidades a Dios, es justificado: y quien es justificado, no teme la retribución, sino que la solicita: quien no teme la retribución, vive.

49. (Vers. 15, 16.) He aquí, dice, hermoso es mi amado, y ciertamente hermoso. Nuestra inclinación es oscura, las vigas de nuestras casas son de cedro, nuestros techos de ciprés. La Iglesia alaba la belleza del esposo, que cada uno alaba más con afecto silencioso, y el fiel intérprete de los misterios predica más callando. Pues quien divulga los secretos, disminuye la belleza de Cristo; por eso nadie debe arrojar sus perlas a los cerdos, para no hacer que los

adornos preciosos sean pisoteados. No, pues, en el tabernáculo del hablador y charlatán; porque con el mucho hablar se comete pecado: sino en el hombre serio, que sea parco en el hablar, ni intemperante en el discurso, y que evite la embriaguez de la locuacidad con la sobriedad de las palabras, Cristo reclina su cabeza.

50. Y con razón significa una inclinación oscura; porque la virtud del Altísimo protege a los que están constituidos en la Iglesia. Esta sombra pedía David ser protegido, para que no lo quemara el sol de día, ni la luna de noche (Salmo CXX, 6). Esta sombra la ministra la gracia espiritual, a los que huyen del calor abrasador de este siglo y del mundo. Por tanto, la inclinación de Cristo y de la Iglesia es oscura, a quienes la eterna paz del Padre de Dios aspira. En esta sombra, pues, descansemos, fatigados por los ardores de nuestros pecados si alguno ha sido quemado por la lujuria, que la cruz del Señor lo refresque, en la cual se inclinó, para asumir nuestras deudas. Si alguno ha sido cansado por la culpa, que Jesús lo reciba en su regazo, y lo consuele con su suave abrazo; de donde me atrevo a decir, que la carne de Cristo es la inclinación de la Iglesia.

51. Las vigas de nuestras casas son de cedro. Con la especie del cedro, se designa la gloria de los mayores que fueron justos. Pues el justo florecerá como la palma, y se multiplicará como el cedro que está en el Líbano (Salmo XCI, 13); pues así como el cedro no se pudre, así tampoco la gloria de los mayores se corrompe con ninguna vejez.

52. Nuestros techos son de ciprés. Este tipo de árbol nunca pierde su verdor, en invierno y en verano alimenta su follaje, ni se cambia de color. Solo este árbol el viento nunca despoja de su honor, solo nunca se despoja de su antiguo manto, ni se viste de nuevo florecimiento. Así también la gracia apostólica no conoce defecto, sino que florece con su vejez. Por tanto, el alma no sabe corromperse, que con sus miembros florecientes se vigoriza, siempre sostiene con magnánima paciencia las cumbres de la justicia y de las demás virtudes; y por eso no decae, ni desfallece; porque en ella no hay nada resquebrajado ni flojo, nada móvil, nada resbaladizo, nada que por defecto del discurso pueda derramarse de ella. Sigue la Iglesia o el alma fiel, digo el alma, porque nada es tan humano como el alma.

CAPÍTULO SEGUNDO.

1. (Vers. 1, 2.) Yo soy la flor del campo, y el lirio de los valles, como el lirio en medio de las espinas; pues en toda la tierra salió la fe del pueblo creyente, y en un lugar espacioso puso sus pies Cristo; y por eso dice bellamente que es la flor del campo. También era flor Pablo que decía: Somos buen olor de Cristo para Dios (II Cor. II, 15). Y verdaderamente flor, que podía sacar cosas nuevas y viejas de su corazón. Yo soy la flor del campo. Y bien es flor la Iglesia que anuncia el fruto, esto es, al Señor Jesucristo, de quien se dijo a María: Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre (Luc. I, 42).

2. También en otro sentido te muestro la flor para ser recogida, aquella que dijo: Yo soy la flor del campo, y el lirio de los valles. Muchos creen que esta comparación según la naturaleza de la flor, y el uso del brote propuesto es más adecuada; porque los lirios no requieren el cultivo de ningún uso anual, ni como en el caso de la producción de otros frutos, así también en la generación de esta flor, el laborioso ciclo de los agricultores regresa; pues con cualquier sequía del campo, todo lo que se alimenta en la flor se anima con una cierta virtud generativa de sí mismo, y en sí mismo siempre se anima con savia verde; de modo que cuando ves que el tallo de las hojas jóvenes se ha secado, sin embargo, la naturaleza de la flor reverdece; pues la verdor se oculta, no se pierde. Pero cuando es provocada por las caricias de la primavera, retoma el vestido del brote, la cabellera de la flor, y el adorno del lirio.

3. También es agradable notar que los lirios no se generan en las asperezas de las montañas ni en los bosques incultos, sino en la amenidad de los jardines. Pues hay ciertos jardines frutales de diversas virtudes, según está escrito: Jardín cerrado, etc. (Cant. IV, 12), porque donde hay integridad, donde hay castidad, donde hay religión, donde hay fiel silencio de los secretos; allí está la claridad de los ángeles, allí están las violetas de los confesores, los lirios de las vírgenes, las rosas de los mártires. Bien es Cristo el lirio, porque donde está la sangre de los mártires, allí está Cristo que es la flor sublime, inmaculada, inocente, en quien no ofende la aspereza de las espinas, sino que la gracia circundante resplandece. Pues hay espinas de rosas, que son los tormentos de los mártires; la divinidad inofensiva no tiene espinas, que no sintió tormentos.

4. Como lirio en medio de las espinas. Lo cual es un claro indicio de que la virtud está rodeada por los espinos de las maldades espirituales, de donde nadie obtiene fruto, sino quien se acerca con cautela. Toma, pues, alas, virgen, pero del espíritu: para que sobrevuelas los vicios, si deseas tocar a Cristo, que habita en las alturas, y mira lo humilde (Salmo CXII, 5). Y su apariencia es como el cedro del Líbano, que inserta su cabellera en las nubes, su raíz en la tierra; pues su principio es del cielo, sus posteriores en la tierra, sus frutos han dado cerca del cielo. Examina diligentemente tan buena flor, no sea que la encuentres en el valle de tu pecho; pues frecuentemente se inhala a los humildes. Ama ser generado en los jardines, en los cuales cuando Susana paseaba, lo encontró: dispuesta a morir antes que ser violada.

5. De otro modo, Yo soy la flor del campo, y el lirio de los valles, como el lirio en medio de las espinas. He aquí otro lugar donde el Señor suele habitar, más bien no en uno, sino en muchos: Yo, dice, soy la flor del campo; porque frecuenta la simplicidad abierta de la mente pura. Y el lirio de los valles; pues Cristo es la flor de la humildad, no de la lujuria, no de los placeres y la lascivia, sino la flor de la simplicidad, la flor de la humildad. La flor conserva su olor incluso cortada, y triturada lo acumula, ni arrancada lo pierde; así también el Señor Jesús en aquel madero de la cruz ni marchitó al ser triturado, ni se desvaneció al ser arrancado, y con aquella punción de la lanza, cortado, floreció más hermoso con el sagrado color de la sangre derramada, él mismo ignorante de la muerte, y exhalando el don de la vida eterna a los muertos.

6. (Vers. 3.) Como lirio en medio de las espinas, ¿no es que entre las asperezas de los trabajos y las contriciones de los ánimos surge la buena flor del olor; porque con el corazón contrito Dios se complace. Este es el desierto, hijas, que conduce al reino, este es también el desierto, que florece como el lirio, según lo que está escrito: Alégrate, estéril, y exulta, desierto, y florece como el lirio (Isa. XXXV, 1). En este desierto, hijas, aquel buen árbol fructífero que produce buenos frutos, comienza a extender los brazos de sus obras, a elevar la cima de la divinidad, junto a la cual nuestros árboles del bosque brotan; porque como el árbol del mal entre los árboles del bosque, así mi hermano en medio de los hijos; para que viendo esto la Iglesia, y ya gozosa por el éxito de nuestra fe, diga: En su sombra deseé y me senté, y su fruto es dulce en mi boca.

7. (Vers. 3, 4.) Nota que a menudo en este libro de los Cantares Salomón ha expresado claramente aquella triple sabiduría, a saber, moral, natural y mística, como había dicho en los Proverbios; para que escribiera triplemente para sí mismo, quien quisiera escuchar su sabiduría. Dice, pues, en los Cantares la esposa del esposo: He aquí que eres hermoso, mi amado, he aquí que eres hermoso y decoroso; nuestra inclinación es oscura, las vigas de nuestras casas son de cedro, nuestros techos de ciprés (Cant. I, 15 y 16). Podemos tomar esto de lo moral; ¿dónde descansa Cristo y la Iglesia, sino en las obras de su pueblo? Pues donde

había impudicia, donde había soberbia, donde había iniquidad, allí dice el Señor Jesús: Pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar su cabeza (Mat. VIII, 20). ¿Qué tomaremos de lo natural? En su sombra, dice, deseé y me senté, y su fruto es dulce en mi boca; pues quien supera las cosas terrenales, y a quien las cosas mundanas mueren (pues el mundo se le crucifica, y él al mundo) rehúye y desprecia todo lo que está bajo el sol. También de lo místico dice: Introducidme en la casa del vino, estableced en mí la caridad. Pues así como la vid su viña, así el Señor Jesús a su pueblo como vid eterna lo abraza con ciertos brazos de caridad.

8. Considera cada cosa; en lo moral la flor es el lirio entre las espinas, como él mismo dice: Yo soy la flor del campo, y el lirio de los valles (Sup., v. 1). En lo moral, pues, la flor es, como en lo natural el sol de justicia, que al salir y resurgir ilumina, al ponerse oscurece. Cuida que no se ponga para ti, porque está escrito: No se ponga el sol sobre vuestra ira (Efe. IV, 26). En lo místico es la caridad, porque la plenitud de la ley es Cristo. Y por eso la Iglesia que ama a Cristo, está herida de caridad.

9. También bellamente se dice que la Iglesia es un lirio; pues así como el lirio resplandece, así también brillan las obras de los santos. Muy bellamente también se ha dicho: Lirio de los valles; porque en los humildes resplandece más la gracia. Pero este lirio en medio de las espinas, esto es, entre los judíos y los herejes, esto es entre las preocupaciones de este siglo, que pinchan la mente y el ánimo del hombre. También podemos tomarlo de otro modo, porque así como el lirio sobresale entre las espinas, así sobre todos los conventos resplandece la Iglesia de Dios.

10. También es importante considerar, que este lirio está rodeado de esplendor, pero lo que tiene dentro es rojo, de buen olor; porque la carne de Cristo, como rodeada de la claridad moral de la divinidad, ha tenido la protección de la gracia celestial. Pues en los posteriores dice: Mi hermano es blanco y rojo (Cant. V, 10): blanco por la claridad divina, rojo por la apariencia del color humano, que asumió en el sacramento de la encarnación. Y con razón también lo que es rojo, huele bien, porque la carne de Cristo está sin pecado, que los impíos al tocarla, ensuciaron sus manos: los santos al venerarla, perfumaron con el olor de la piedad.

11. El Señor Jesús recibió este olor de su fragante Iglesia, y dice: He aquí mi amada buena. Y la Iglesia dice a Cristo: He aquí que eres bueno mi hermano, he aquí que eres bueno, como el manzano entre los árboles del bosque. ¡Qué hermosa comparación! Pues ¿qué puede decirse más hermoso y adecuado, que comparar al esposo con el árbol del manzano? Pues este tipo de fruto tiene un olor agradable, que supera la fragancia de los demás frutos. Y Cristo fijado en el árbol, como el manzano colgando en el árbol, derramaba el buen olor de la redención mundana, que limpió el grave hedor del pecado, y derramó el unguento de la bebida vital.

12. Como el manzano, dice, entre los árboles del bosque, así mi amado en medio de los hijos; porque sobre los profetas y apóstoles, acariciaba los corazones íntimos de los hombres con la suavidad de sus palabras. Pero no solo el olor, sino también el alimento es dulce en el manzano: por tanto, el alimento es dulce Cristo.

13. En su sombra deseé, y me senté; pues había recibido la ley, esta seguía, esta corría el camino: descansando, pues, en la ley, descansaba en la sombra de Cristo. Buena sombra, que nos defiende del sol de la iniquidad. ¿A quién le cabe duda de que la ley de Dios es la sombra de Cristo? ¿Qué es la ley del día festivo, de la neomenia, de los sábados, sino sombra de lo que ha de venir? ¿Qué día según la ley de Moisés: Para que vea seis días, y de nuevo el séptimo día, y así perpetuos siglos? ¿Qué mes según la ley de Moisés, para que sabiendo el

mes, sepa la primera neomenia del mes, y verdaderamente las ofrendas santas en las neomenias? ¿Qué año según la ley de Moisés, consistente en aquellos seis días de los que dice: Seis años servirá el hebreo, y en el séptimo año será liberado (Deut. XV, 12); para que se encuentren seis años en los que alguien trabaja la tierra, pero en el séptimo año la remite a los prosélitos, y a los pobres, y a las bestias de la tierra? ¿Qué séptimo año, en el que se conceden todas las deudas a los hebreos?

14. En esta sombra descansaba la fe de los Padres, la santa devoción de los profetas. Di, pues, congregación religiosa o alma santa: En su sombra deseé, y me senté. La sombra es el año jubilar: pues ¿quién ve sus misterios, para que cara a cara conozca lo que en el año quingentésimo se ha de cumplir según la Ley? Sombra son los días festivos según la Ley desde el primer mes el décimo día del mes, hasta el decimocuarto, y de ahí hasta el vigésimo primero del mes. ¿Qué sombra es aquella celebración entre el primer y el séptimo mes en aquel tiempo anónimo? Sombra es la libertad santificada en el sábado. Sombra es el día festivo de la neomenia del séptimo mes, y el memorial de las trompetas, el décimo día del séptimo mes, el día de la expiación. Ves que la unidad y la decena, dos días festivos. También el decimoquinto día, el día de los Tabernáculos durante ocho días: en sombra todo esto. En sombra el primer día llamado, y el octavo día llamado en sombra, que en las fiestas de los tabernáculos se prescribió según la Ley.

15. Establece para mí algunos creyentes de la circuncisión, hombres doctos en la Ley, de observancia solícita, y ahora iluminados por el conocimiento del Evangelio, alimentados por la gracia espiritual, dice en ellos la Iglesia que ve a Cristo, que recibe al esposo, que se alimenta de su comida: En su sombra deseé, y me senté, y su fruto es dulce en mi boca. ¿Qué fruto es dulce, sino la predicación de la pasión del Señor? como él mismo dice: He aquí la herencia del Señor, los hijos son recompensa, fruto del vientre (Salmo CXXVI, 3). Pues ¿qué fruto más dulce puede haber en nuestra boca, que el perdón de los pecados?

16. Y su fruto es dulce en mi garganta. Hay un maná espiritual, esto es, la lluvia de la sabiduría espiritual, que se infunde desde el cielo a los ingeniosos y buscadores, y riega las mentes de los piadosos, y endulza sus gargantas: quien, pues, entienda la infusión de la sabiduría divina, se deleita y no busca otro alimento, ni vive solo de pan, sino de toda palabra de Dios. Quien sea más curioso, busca qué es aquello que es más dulce que la miel: le responde el ministro de Dios: Este es el pan que os dio el Señor para comer. ¿Qué es este pan, escucha: La Palabra, dice, que ordenó Dios. Esta, pues, es la ordenación de Dios, este alimento nutre el alma del sabio, y la ilumina y endulza, resplandeciendo con el brillo de la verdad, y suavizando como con un cierto panal, así con la suavidad de diversas virtudes, y con el discurso de la sabiduría. Pues los favos de miel son los discursos buenos, como está escrito en los Proverbios. Por tanto, cuando ha gustado el fruto de la suavidad, impaciente se apresura a lo más perfecto, diciendo:

17. (Vers. 4-7.) Introducidme en la casa del vino, estableced en mí el amor, confirmadme con unguentos, rodeadme de manzanas; porque estoy herida de amor. Su izquierda está bajo mi cabeza, y su derecha me abrazará. Os conjuro, hijas de Jerusalén, por las virtudes y las fuerzas del campo, que no despertéis ni hagáis revivir el amor hasta que él quiera. Con razón lo busca, con razón lo desea; porque nuestro emperador ha dispuesto bien todo en este curso y camino. Primero de todo, pensó que este tabernáculo debía ser confirmado con el fundamento de la fe. Luego, si hay alguna morada áspera, árida y escarpada para nosotros, este Emperador distingue lo turbado, riega lo árido, fecunda lo desierto. Si hay algo de

amargura, de tentación, de debilidad, nuestro guía templa lo amargo, mitiga lo solícito; disuelve lo duro y confirma lo fuerte.

18. Donde quiera que el rey de la tierra quiera descansar su ejército, no elige una aldea innoble, necesitada de suministros, ni arenosa y desnuda de vegetación: sino una ciudad noble por sus edificios, restaurada y rica en recursos, o un campo ameno, o verde de pastos, o boscoso y llano, adecuado para acampar. Por tanto, si los reyes de la tierra saben prever lo conveniente para sus seguidores, ¿cuánto más Dios, que es bueno, sabe disponer lo que es provechoso para los que le aman? Y primero, si hay que emprender un camino desconocido, se eligen guías de caminos que precedan al ejército, pero estos emperadores consideran esto una injuria para sí mismos: sin embargo, Dios iba delante cuando los hebreos hacían su camino, de hecho, les hablaba en una columna de nube. Y para que sepas que iba delante, Dios, dice, iba delante de ellos: de día en una columna de nube mostrándoles el camino; de noche en una columna de fuego, y no faltaba la columna de nube de día (Éxodo XIII, 21 y 22). Siguiendo esta columna que nos precede, la Iglesia no desfallece para no desfallecer ella misma, se refrescaba a su sombra; y por eso dice: En su sombra deseé y me senté, y su fruto es dulce en mi boca (Sup., v. 3); porque era alimentada por el Señor, y conducida a un lugar de pastos y agua de reposo.

19. Introducidme en la casa del vino. De los recursos preparados, busca avanzar a otra morada en la que pueda recibir la gracia de los misterios y la dulzura de la alegría. Avanzando desde aquí en el verdadero camino, dice: Ordenad en mí el amor. Buenas son las estancias donde hay plenitud de caridad. La caridad no puede existir sin fe; pues tres son como los pilares de la Iglesia, esperanza, fe, caridad, cuando la esperanza ha precedido, la fe ha sido fundada, se ordena la caridad, la Iglesia se une.

20. Confirmadme, dice, con ungüentos, rodeadme de manzanas. Tienes otras moradas a las que la Iglesia sucede con deleite. Estas moradas son de la cruz de Cristo y de la sepultura, en las que la Iglesia fue herida, pero con la herida de la caridad; pues la herida es la que Cristo recibió, pero el ungüento es el que derramó. El fruto es el que colgó, este fruto gustó la Iglesia, y dice: Y su fruto es dulce en mi boca. Y para que sepas que el fruto es el Señor, leíste arriba: Como un manzano entre los árboles del bosque, así es mi amado. Nosotros también confesamos la herida, cuando predicamos a Cristo crucificado, pero somos buen olor para Dios; porque la cruz de Cristo es escándalo para los judíos, necedad para los griegos, pero para nosotros es poder de Dios y sabiduría. Esta herida es la que hiere a la Iglesia, cuando predica la muerte de su Salvador, pero esta herida es de caridad. Por tanto, quien no cree, niega: quien ama, confiesa. El maniqueo niega, el cristiano confiesa; y por eso está escrito: Más valen las heridas del amigo que los besos voluntarios del enemigo (Prov. XXVII, 6). Hermosamente dice la Iglesia: Porque estoy herida de caridad.

21. Desnudemos nuestros miembros para la buena herida, desnudemos para la flecha elegida: esta flecha es Cristo quien dice: Me ha puesto como una flecha elegida (Isaías XLIX, 2); es bueno, por tanto, ser herido por esta flecha, no es un proceso de morada mediocre, no todos pueden decir que están heridos de amor. Decían los apóstoles, cuando eran apedreados por Cristo y predicaban a Cristo: decía Pablo cuando era azotado tres veces con varas, y día y noche discutía que Cristo debía ser adorado por las naciones: esto dicen los mártires, que son heridos por Cristo; y porque merecieron ser heridos por su nombre, aman más. Al llegar a esta morada la Iglesia, a este proceso, para ofrecer a sus hijos por Cristo, para recibir las heridas de caridad, como encontrando buenos alimentos de fe, gustó los frutos de la piedad, y comenzó a exhortar a los demás, diciendo: Gustad y ved que el Señor es bueno. Y añadió la Iglesia diciendo:

22. Su izquierda está bajo mi cabeza, y su derecha me abrazará. Y estas moradas son el camino real por el que avanza la Iglesia; En la casa de mi Padre hay muchas moradas (Juan XIV, 2). Testifica el Señor Jesús: Y he aquí que vengo, y os tomaré (Ibid.). Buena es la morada de la sabiduría, y ya sea en su izquierda o en su derecha, buena es la morada; porque es el camino real. Por eso los sabios mensajeros dicen: Iremos por el camino real, no nos desviaremos ni a la derecha ni a la izquierda, hasta que pasemos tus límites (Núm. XX, 17). Esto dijeron los mensajeros enviados por Moisés al rey de Edom, es decir, al terrenal; porque todas las cosas terrenales, ya sea a la derecha o a la izquierda, son malas. Mala es la morada de la insensatez, mala es la morada de la intemperancia; y por eso el hebreo pasa por estas moradas: no se desvía hacia ellas, sino que pasa; para llegar a la izquierda de la sabiduría y a la derecha, y permanecer en ellas, donde están las riquezas de la simplicidad, donde está la gloria, donde está la longitud de la vida. Porque la longitud de la vida está en su derecha, como dice Salomón: En su izquierda están las riquezas y la gloria (Prov. III, 16): en la derecha está la vida, en la izquierda el descanso. Ojalá descansa sobre su izquierda, y no busque almohadas. Porque ¡ay de aquellos que cosen almohadas, dice Ezequiel (Ezequiel XIII, 18). Estas moradas prepara para su Iglesia el buen guía, y dirige su camino por las sendas de la sabiduría. Por tanto, el sabio alaba sus caminos: Sus caminos son caminos buenos, y todas sus sendas son de paz (Prov. III, 17).

23. Su izquierda está bajo mi cabeza, y su derecha me abrazará. Esto lo dice la esposa de Cristo, el alma del Verbo de Dios: pero Cristo es el mismo Verbo de Dios y sabiduría. Bienaventurada, por tanto, el alma que es abrazada por la sabiduría. Grande es la mano de la sabiduría, grande es la derecha, abarca toda el alma; porque toda está protegida, la que está desposada con el Verbo de Dios. Porque la plenitud de la sabiduría es temer a Dios: por tanto, el alma que teme a Dios, se protege a sí misma con pleno resguardo. La sabiduría extiende su izquierda bajo su cuello, y su derecha en su abrazo. Ambas manos de la sabiduría se extienden para lo útil; sin embargo, cada mano de la sabiduría tiene sus propias características: En la derecha está la longitud de la vida, en la izquierda están las riquezas y la gloria. La mano está dotada de ambos dones; sin embargo, tienen la variedad de su don, que comprenden tanto los tiempos presentes como los futuros; de modo que la izquierda es la remuneradora de los presentes, la derecha de los futuros.

24. Podemos conocer esto también por la profecía del santo patriarca Israel, pues cuando puso su derecha sobre Efraín, y su izquierda sobre Manasés, y José quiso cambiarlas por la consideración de la edad; para que la derecha del padre se colocara sobre la cabeza de Manasés, el hijo mayor, no quiso, y dijo: Sé, hijo mío, y este será un pueblo, y este será exaltado, pero su hermano menor será mayor que él (Génesis XLVIII, 19). ¿En qué es mayor? En que fue preferido en la bendición, diciendo los descendientes de Efraín: Que Dios os haga como hizo con Efraín y Manasés (Ibid., 20): o porque su descendencia será una multitud de naciones, que en este mundo eligió el trabajo, creyendo en el Señor Jesús, para tener consuelo en los futuros. Pero la descendencia de Manasés es el pueblo del olvido, que olvidó a su propio creador, exaltado por un tiempo en este mundo, dará en lo sucesivo graves penas; porque negó a su Dios y Señor.

25. Esto lo dijimos para probar que son mejores las cosas futuras. Por tanto, la izquierda de la sabiduría está bajo la cabeza de la esposa, pero la derecha es superior, que abarca toda la esposa. Así que aquella es como un apoyo del descanso presente, en el que el alma se apoya y descansa. Tiene donde reclinar su cabeza, porque en la izquierda de la sabiduría están las riquezas y la gloria. Durante ese tiempo estas cosas consuelan, y en parte son un alivio, y por eso; El Hijo del Hombre no tenía donde reclinar su cabeza (Mateo VIII, 20); porque siendo

rico, se hizo pobre (II Cor. VIII, 9). Ni buscaba ninguna gloria de este mundo; porque vino no para una parte, sino para socorrer a todo el género humano, diciendo: ¿Os indignáis conmigo porque he sanado a un hombre entero en sábado? (Juan VII, 23); esto es todo, no para enriquecerlo con la acumulación de bienes, no para colmarlo con insignias de honores, no para aumentarlo con la gloria secular; porque estas cosas no tienen la plenitud de la bienaventuranza y la gracia: sino todo, esto es, que abarque la longitud de la vida eterna. Porque la vida común no es semejante a la vida en la derecha de la sabiduría, sino que es la longitud de la vida, para que quien recibe la vida de la sabiduría, no adquiera la exigüidad de la vida, sino la perpetuidad y la longitud de la eternidad.

26. Buen vestido es la eternidad de la vida. Por tanto, la esposa, apoyada en las granadas, es decir, en los diversos e innumerables frutos, y especialmente en los olores de la fe, de la gracia, de la sabiduría y de la gloria, y de la vida eterna, en las riquezas que están alrededor de la izquierda y la derecha del esposo, con los aplausos de las congregaciones de las almas santas que alaban, despierta a Cristo, diciendo:

27. Os conjuro, hijas de Jerusalén, por las virtudes y las fuerzas del campo, que no despertéis ni hagáis revivir el amor hasta que él quiera. Aquel campo que el Señor bendijo, no este terreno o áspero por los bosques, o escarpado por los torrentes, o inútil para las viñas, o infecundo por la grava rocosa, o agrietado y árido por la sequedad, o empapado de sangre, o inculto por los abrojos y espinas, sino aquel campo del que el Señor dijo: Y la belleza del campo está conmigo (Salmo XLIX, 19). En este campo se encuentra aquella uva que exprimida derramó sangre, y lavó el mundo: en este campo está aquella higuera bajo la cual descansarán los santos, recreados por la dulzura de la gracia espiritual: en este campo está aquel olivo fructífero, que fluye el unguento de la paz del Señor: en este campo florecen las granadas, que cubren muchos frutos con un solo don de fe, y fomentan con un cierto abrazo de caridad.

28. Porque la sabiduría y la claridad honesta están así perfeccionadas, si tienen caridad (porque la plenitud de la ley (Rom. XIII, 10) es la caridad) quiere que se despierte y se reviva la caridad, que se despierte en el Antiguo Testamento, que se reviva en el Nuevo. La caridad es Dios, como leemos, la caridad es Cristo (I Juan IV, 8). Se despierta como un león, y cachorro de león; para que Judá ascienda de la descendencia (Gén. XLIX, 9): se revive como dormido, como recostado; porque no fue resucitado por poder humano, sino por su propia majestad y la del Padre. Por eso dice la Escritura: ¿Quién lo resucitará? Porque no podía ser resucitado por un ángel o un poder ajeno, cuando él mismo resucitaba a otros. Por tanto, cuando aquí dice: Si despertáis y revivís el amor, hasta que él quiera; lo dice de aquellos que pueden predicar congruentemente su resurrección, para que enciendan en los oyentes el ardor de la fe y la devoción: o Cristo se despierta en aquellos que primero se acercan, se revive en aquellos que después de acercarse, se durmieron. Por tanto, Cristo duerme para los negligentes, se despierta en los santos.

29. Esta caridad, por tanto, se despierta y se revive, hasta que reciba su voz, y convoque su presencia: porque buscado no solo viene, sino que también viene saltando. Pero ya el esposo estaba presente, para probar aquello que aún hablando nosotros dice: Aquí estoy. Está presente, porque fue despertado por las hijas de Judá, como resucitado por las hijas de Jerusalén. La Iglesia escucha el sonido de su voz y dice:

30. (Vers. 8.) Voz de mi amado, he aquí que viene saltando sobre los montes, brincando sobre las colinas. Este libro es como un manojó que tiene muchas personas nobles, como un manojó triunfal, y significa muchos actos, que podemos entender más que retener

expresamente. Pues como si hubiera oído al esposo venir hablando con algunos que viajan juntos, dice la esposa: Voz de mi amado. Mientras habla con las hijas de Jerusalén, y ruega que despierten y revivan al esposo; de repente, como sintiendo el sonido de una voz enviada desde lejos, dice: Voz de mi amado, anunciando a quien antes buscaba que le fuera anunciado. A quien deseaba que otros despertaran, creyendo ya que viene resucitado por su oración, dice alegre: Voz de mi amado. Bien añadió, de mi amado; para que no otras, sino solo la prima reclamara para sí su venida.

31. He aquí, dice, que viene, aún lo busco, y él ya viene: aún busco intercesiones para que venga, y él ya está cerca: yo deseo que el amor se despierte para mí, yo creo que estoy herida de amor, y el amor mismo se apresura más hacia mí: yo dije, ven; él salta y brinca: yo le ruego que venga con gracia, él obra aumentos de gracia; y mientras viene, lleva consigo incrementos de gracia, y al venir adquiere, porque también se esfuerza en agradar a su amada. Salta sobre lo alto, para ascender a la esposa; porque la cámara nupcial de la esposa es el tribunal de Cristo. Salta sobre Adán, brinca sobre la Sinagoga; salta sobre las Naciones, brinca sobre los Judíos.

32. Veamos al que salta. Salta del cielo a la Virgen, del vientre al pesebre, del Jordán a la cruz, de la cruz al sepulcro, al cielo desde la tumba. Prueba para mí, David, al que salta, prueba al que corre; tú dijiste: Se alegró como un gigante para correr el camino, desde el extremo del cielo es su salida; y su curso hasta su extremo, y no hay quien se esconda de su calor (Salmo XVIII, 6 y 7). Y ahora salta, y ahora corre, desde el corazón del Padre sobre sus santos, desde el Oriente sobre el Occidente, desde el Norte sobre el Sur. Este es el que asciende sobre el Ocaso, él mismo sobre los cielos de los cielos hacia el Oriente, él mismo asciende sobre los montes, él mismo sobre las colinas.

33. Ojalá yo, miserable, diga, diga mi alma: He aquí que viene, y viene no sobre lo terrenal, no sobre los valles, sino que viene: Saltando sobre los montes; porque Dios es Dios de los montes, no de los valles: donde salta, salta sobre los montes. Si eres monte, salta sobre ti, salta sobre Isaías, salta sobre Jeremías, salta sobre Pedro, Juan, Santiago. Montes alrededor de él (Salmo CXXIV, 2): si no puedes ser monte y no prevaleces, sé al menos colina, para que Cristo ascienda sobre ti: y si brinca, para que su paso te guarde.

34. Hablamos de Cristo y la Iglesia, hablemos del alma y el Verbo. El alma del justo es la esposa del Verbo, si esta desea, si anhela, si ora y ora continuamente, y ora sin ninguna disputa, y toda se enfoca en el Verbo: de repente parece oír su voz a quien no ve, y en el temor siente el olor de su divinidad, lo que a menudo experimentan los que creen bien. De repente se llenan las narices del alma con la gracia espiritual, y siente que el aliento de su presencia sopla sobre ella a quien busca, y dice: He aquí que es él mismo a quien busco, él mismo a quien deseo.

35. ¿No es cierto que cuando pensamos en algo de las Escrituras, y no podemos encontrar su explicación; mientras dudamos, mientras buscamos, de repente nos parece que asciende sobre los montes, es decir, sobre los dogmas más altos. Luego, como apareciendo sobre las colinas, ilumina la mente, para infundir en los sentidos, lo que parecía difícil de encontrar: por tanto, como si de ausente se hace presente el Verbo en nuestros corazones. Y de nuevo, cuando algo nos es oscuro, como si el Verbo se retira, y deseamos la venida del ausente; y nuevamente aparece, se muestra a nosotros como si estuviera presente en lo que buscamos conocer.

36. Por tanto, salta frecuentemente en el corazón de cada uno, brinca y sale y regresa: si lo sigues, si lo buscas, si con la grata discusión de los doctores fieles pides que el Verbo que

salió y brincó, sea resucitado. Como aquella que buscó y encontró, que dijo: Mi hermano pasó, mi alma salió en su palabra (Cant. V, 6). Por tanto, aunque salte sobre los montes, síguelo: aunque sobre las colinas, síguelo. Porque se encuentran en los montes y en las colinas los cazadores del Señor, que buscan a aquellos que son capturados para la vida; así dijo Dios por Jeremías: He aquí que envío muchos pescadores y muchos cazadores, y los cazarán sobre todo monte y sobre toda colina (Jeremías XVI, 16). Allí, por tanto, se busque y se encuentre al pueblo de Dios en la doctrina, gracia, disciplina de Pedro y Pablo; para que no estén en el valle, donde hay llanto, sino en los montes desde donde Cristo ilumina a cada uno, y cuando leemos a Pedro, Cristo ilumina: y cuando leemos a Pablo, Cristo ilumina. Pablo curó, Cristo iluminó; porque invocado el nombre del Señor Jesús, resucitó, por cuyo don fue sanado. Pedro resucitó a la muerta, Cristo iluminó; y por eso dice: Iluminando tú maravillosamente desde los montes eternos (Salmo LXXV, 5).

37. Nosotros, por lo tanto, que no podemos ser montes, permanezcamos en los montes o en las colinas; para que cuando el Señor envíe a sus pescadores y cazadores, para cazar a aquellos que están sobre todo monte o sobre toda colina, es decir, en los preceptos de la ley y los profetas; y teniendo conocimiento del Nuevo y del Antiguo Testamento en toda nuestra conversación, nos encuentren preparados, y como espigas buenas nos recojan, enviados los segadores en el tiempo oportuno; porque si alguien es hallado fuera del monte o de la colina, no podrá ser recogido como buena espiga por aquellos que, para hacer mención de otra comparación, serán enviados a separar el trigo de la paja. El Señor, por lo tanto, tiene ministros hábiles en muchas operaciones, los mismos son pescadores, también cazadores y segadores. Si en el tiempo de la cosecha, cuando estos son enviados a segar, esperas maduro, podrás ver al que salta en los montes, y verás al Señor Jesús semejante a un corzo o cervatillo sobre los montes de Betel. Salta sobre la Iglesia que es la casa del pan, porque fortalece los corazones de los fieles; de donde también la esposa dice de él:

38. (Vers. 9.) Mi primo es semejante a un corzo o cervatillo, sobre los montes de Betel; pues salta sobre la Iglesia, que es la casa de Dios, porque fortalece los corazones de los fieles. Con razón como una cabra montés, porque la cabra se alimenta en las alturas. Dorcas se dice de ver, pues el dorcadion tiene una vista más aguda. ¿Qué hay más apropiado para Cristo, que vio al Padre a quien nadie ha visto: o si alguien lo vio en Cristo, el mismo Hijo lo reveló? Con razón como un cervatillo, cervatillo como hijo, en quien ha crecido la fuerza de la naturaleza paterna; para que no le oculten los secretos, los serpientes huyan, los venenos no le dañen. Finalmente, el serpiente sacado de sus escondites, que era sacado del hombre, decía: ¿Por qué has venido antes de tiempo a atormentarnos? (Mat. VIII, 29). Contemplemos, pues, a este cervatillo saltando, para que no podamos temer al serpiente.

39. He aquí que él está detrás de nuestro muro, mirando por las ventanas, observando por las rejas. Viene, pues, y primero está detrás del muro, para disolver las enemistades del alma y el cuerpo, quitando el muro que parecía traer impedimento a la concordia. Luego observa por las ventanas: cuáles son las ventanas, escucha al Profeta diciendo: Las ventanas están abiertas en el cielo (Isaías XXIV, 18). Significa, por lo tanto, a los profetas, por quienes el Señor miró al género humano, antes de que él mismo descendiera a la tierra. Y hoy, si alguna alma lo busca mucho, mucho merecerá de misericordia; porque a quien mucho busca, mucho se le debe. Si alguna alma, por lo tanto, lo busca con más diligencia, escucha su voz desde lejos: y aunque lo busque entre otros, antes que aquellos a quienes pregunta, escucha su voz. Lo ve saltando hacia ella, es decir, apresurándose y corriendo y saltando sobre aquellos que con corazón débil no pueden captar su poder: luego observando a través de los enigmas de los profetas, leyéndolos y reteniendo sus palabras; pues lo ve observando, pero como a través de

una ventana, no como aún presente. Lo ve sobresaliendo sobre las rejas. ¿Qué es esto? A menos que tal vez porque esas rejas son para nosotros, no son rejas para él, ya que esa alma aún está dentro de lo sensible y mundano, que acostumbran a capturar la mente del hombre y envolverla en su propio seno.

40. He aquí que él está detrás de nuestro muro, mirando por las ventanas, observando por las rejas. Pues la Iglesia o el alma del justo había visto al que salta como un cervatillo sobre los montes, y de repente primero mirando detrás del muro de su casa, observando por las ventanas, sobresaliendo sobre las rejas, exulta y se regocija, porque también ella es amada por el Esposo. Quien como si también él fuera herido por el encanto del amor, cuando la amada estaba ausente, al ser solicitado para besos, estuvo presente (pues se le ruega cuando se dice (Cant. I, 1): Que me bese con los besos de su boca), luego no despreció las súplicas y caricias de la esposa, ofreciéndole sus pechos amados; y benignamente la condujo al interior de la casa: luego como jugando con amor jugueteón, porque quería probar los sentidos del amante, a menudo salía para ser buscado por la Esposa, a menudo regresaba para ser invitado a los besos, se paraba detrás del muro, observaba por las ventanas, sobresaliendo sobre las rejas; para que no estuviera totalmente ausente, ni como si entrara totalmente, y él mismo llamara a la esposa hacia él; para que los intercambios de venir el uno al otro fueran más agradables, y el amor se encendiera con discursos mutuos.

41. (Vers. 10.) Levántate, dice, ven, mi cercana, mi hermosa, mi paloma; y tú si tienes un muro fundado, no aquel medio que separa los miembros de una casa, sino edificado sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, para que su estructura ensamblada crezca en un templo, y no divida sus interiores, sino que los proteja. Si tienes, por lo tanto, en ti la edificación de Dios, y tus ventanas siempre abiertas hacia el Oriente, viene la Palabra, Está detrás de tu muro (Cant. II, 9); porque los ojos del Señor están sobre los justos (Sal. XXXIII, 16); observa por tus ventanas (Cant. II, 9).

42. ¿Cuáles son estas ventanas? Leemos de las ventanas de las que Jeremías dice: La muerte ha entrado por las ventanas (Jeremías IX, 21), por las cuales entró la avaricia, entró la lujuria. Tu ojo es una ventana. Si ves a una mujer para desearla, la muerte ha entrado por tu ojo: si ves la posesión de una viuda, o los tesoros de un menor, y despiertas tus deseos, La muerte ha entrado por la ventana. Así como por estas entra la muerte, también entra la vida: si al ver la belleza de una joven sagrada, veneras al Señor Jesús, porque en años tiernos vino la edad de la vejez, vida inmaculada, y ofreces a tu hija; para que sea consagrada con un velo piadoso: si miras la posesión de un menor no como un invasor preocupado, sino como un padre diligente la proteges con afecto religioso: por estas ventanas Cristo observa, para llamar a la esposa.

43. Sobresaliendo sobre las rejas: bien sobresaliendo; porque él es el único a quien las rejas de los pecados no han envuelto. Todos estábamos dentro de las rejas, más aún, todavía estamos dentro de las rejas; porque nadie está sin pecado excepto solo Jesús, a quien el Padre, que no conoció pecado, lo hizo pecado por nosotros, y lo entregó a las trampas, lo entregó a las rejas: enviándolo no en el pecado en el que estaban todos los hombres, sino en la semejanza de la carne del pecado, para que condenara el pecado en la carne. El pecado era la carne, según aquello que estaba condenada por la maldición hereditaria, el pecado era la tentación y ministra del pecado. Vino el Señor Jesús, y en la carne sujeta al pecado ejerció la milicia de la virtud: nuestros miembros ya no son armas de lujuria, sino armas de virtud; pues donde estaban los incentivos de la lujuria, ahora son moradas de castidad. Él, por lo tanto, vino a las trampas, pero voluntario: vino a las rejas, pero seguro. Todo estaba lleno de rejas, repleto de trampas, escucha al que dice: En este camino por el que andaba, los soberbios escondieron una trampa para mí (Sal. CXLI, 4). Y en el libro de la sabiduría de Sirac se te

advierde que reconozcas que caminas en medio de trampas (Eclesiástico IX, 20). Cuantos vicios, tantas rejas: cuantos pecados, tantas trampas.

44. Ya te retenían los lazos hereditarios, vino Jesús a las trampas, para liberar a Adán: vino a liberar lo que había perecido. Todos estábamos retenidos por las rejas, nadie podía liberar a otro, cuando no podía liberarse a sí mismo. Por lo tanto, era necesario alguien a quien los lazos de la generación humana sujetos a los delitos no retuvieran, no lo capturara la avaricia, no lo atara el engaño. Ese solo era Jesús, quien al rodearse con los lazos de esta carne, no estaba capturado, no estaba atado: sino que rompiéndolos y disolviéndolos, más bien llamó a la Iglesia hacia él, Observando por las trampas, sobresaliendo sobre las rejas; para que ella también aprendiera a no ser retenida por los lazos. Finalmente, no estuvo lejos de los lazos, que por nosotros soportó incluso la muerte, pero sin embargo no fue hecho esclavo de la muerte, sino libre entre los muertos; pues era libre quien tenía el poder de disolver la muerte. Finalmente, él mismo te enseña quien dice: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré (Juan II, 19). Escuchemos, pues, lo que dice:

45. (Vers. 11 - 13). Levántate, ven mi cercana; esto es, levántate de entre los muertos, levántate de los lazos, con los que estabas rodeada y retenida. Levántate, porque yo he resucitado por ti: desata los lazos de la iniquidad, porque yo ya los he desatado por ti: ven, porque ya las rejas están sueltas, la Virgen ha dado a luz, el niño ha nacido de la virgen, no debe nada a la herencia femenina, como hijo de mujer no está retenido: mira el muro medio de la pared ya disuelto, que dividía la concordia de los afectos internos, y excitaba en diversas direcciones las disensiones de las pasiones corporales. Ven, pues, segura, deseo ver tu rostro, y escuchar tu voz: ven, para que ya no me veas a través de las rejas, sino cara a cara disfrutes del rostro del amante.

46. Y aquí estas cosas se han recorrido éticamente. Pero aquellas místicas si podemos, al menos contemplemos la línea extrema. La Esposa estaba sentada dentro de la casa devota al Señor, dentro del muro de la Ley y de los profetas, fundado en la edificación de piedras espirituales, que cerraba y rodeaba la casa real, llena de alegría y regocijo. Admiraba los tesoros reales, y los contemplaba con diligencia, deseando adquirir la sabiduría que le mostrara estas riquezas, para adoptarla. Estaba en secreto, pero buscaba al intérprete de ese secreto. Vino el Señor Jesús saltando sobre los montes. Nos parecía que venía tarde, pero él se apresuraba. Saltaba y saltaba, para saltar sobre los dogmas corporales y rocosos de los judíos. Se paró detrás del muro de la casa que estaba en el Antiguo Testamento, observando por la ventana de la Ley, y las cavernas de los profetas.

47. Aún no estaban abiertas las puertas de esa casa, aún no habían abierto las llaves de la sabiduría los cerrojos de las puertas, con los que se cerraban los interiores de la Ley; pero desde la parte superior, es decir, la parte espiritual, observando llama a la Iglesia, para que a través de la Ley y los profetas, elevándose en la cima del Evangelio, pise con paso intrépido las rejas de la interpretación judía, y los nudos. Por eso se le llama Cercana, para que se adhiera a Cristo, no busque lo mundano: por eso Hermosa, para que lleve los pies hermosos de los que anuncian el Evangelio: por eso Paloma, para que busque lo espiritual, deje lo terrenal.

48. He aquí, dice, el invierno ha pasado, la lluvia se ha ido, se ha retirado, las flores se han visto en la tierra, ha llegado el tiempo de la poda. Antes de la venida de Cristo era invierno: vino Cristo, hizo el verano. Entonces todo carecía de flores, desnudo de virtudes: Cristo sufrió, y todo comenzó a ser fecundado con los brotes de la nueva gracia. La lluvia de la lujuria desbordante se ha ido, y las nubes surgidas de los oscuros vicios se disipan ya con la

serenidad del verano de una conciencia pura. Por eso no escapan aquellos cuya huida se hace en invierno; porque no siguen la pasión del Señor, no toman su cruz, y siguen a Cristo.

49. La lluvia impide las flores: pero ahora las flores se ven en la tierra. Buenas flores son los apóstoles, que difundieron el aroma de sus diversos escritos y obras. Ha llegado el tiempo de la poda, cuando los granos maduros se almacenan en los graneros; y el que siega, recibe su salario. Se ha escuchado la voz de la tórtola, porque ha encontrado su nido; pues la Iglesia es la casa de la castidad. La higuera que por su infecundidad se ordenaba cortar, ya ha comenzado a dar frutos. La viña trasladada de Egipto, ya no destruida por los muros derribados, es asaltada por las bestias; ni está deformada por los espinos, sino ya fragante con flores.

50. Levántate, dice, ven, mi cercana, mi hermosa, mi paloma, mi perfecta; cercana ciertamente por el deseo de la fe, hermosa por el decoro de la virtud, paloma por la gracia espiritual; pues las plumas de la paloma plateadas significan aquel poder eterno, y el vuelo de la paloma declaró la presencia del Espíritu Santo. Cristo, por lo tanto, la llama hacia él para que venga, ya que venía dotada de precios espirituales. Porque he aquí, dice, el invierno ha pasado, la lluvia se ha ido, se ha retirado, las flores se han visto en la tierra. Vean cómo se invita a la santa Iglesia. El invierno, dice, se ha retirado, para que no tema el invierno desnuda, el invierno no del tiempo, sino de la debilidad, que despoja al campo del alma de toda flor. Pues hay un invierno no del sol terrenal, hay un invierno de la mente, cuando el frío se infiltra en el ánimo, cuando el calor del ánimo se desvanece, cuando se disuelve el vigor del sentido, cuando el exceso de humor inunda, y pesa sobre la mente, cuando el aspecto interior se oscurece. Y por eso dice el Señor: Mirad que vuestra huida no sea en invierno o en sábado (Mat. XXIV, 20); pues es bueno que el día del juicio o de la muerte llegue cuando la blanda templanza del ánimo está en vigor, cuando el misterio celestial resplandece con luz serena, cuando nuestro corazón arde en nosotros. Pues entonces Cristo está presente, como testifican en el Evangelio Ammaon y Cleofás diciendo: ¿No ardía nuestro corazón en nosotros en el camino, cuando nos abrían las Escrituras? (Luc. XXIV, 32). El ánimo está en vigor, cuando también se ve la flor en la tierra. ¿Quién es esta flor de buen olor, sino aquel que dijo: Yo soy la flor del campo y el lirio de los valles (Supra, vers. 1): de quien también está escrito en Isaías: Saldrá una vara de la raíz de Jesé, y una vara de la raíz ascenderá, y una flor saldrá de la vara (Isaías XI, 1). La raíz ciertamente es la familia de los judíos, la vara es María, la flor de María es Cristo: quien cuando resplandece en nuestra tierra, y en el campo del alma exhala su fragancia, o en su Iglesia florece, no podemos temer el frío, ni temer la lluvia, sino esperar el día del juicio. Y por eso la Iglesia para ver esta flor, se apresuraba con todo empeño, como ella misma testifica en los posteriores diciendo: En mi lecho por las noches busqué al que ama mi alma (Cant. III, 1).

50. La higuera ha producido sus higos. Es adecuada la comparación de esta higuera con la Sinagoga, porque así como este árbol, abundante en hojas fluyentes, decepciona la esperanza de su poseedor con la expectativa vana de los frutos esperados: así también en la Sinagoga, mientras sus doctores, infecundos en obras, solo se glorían en palabras como hojas abundantes, la sombra vana de la Ley prevalece; pero la esperanza de un fruto falso esperado, engaña los votos del pueblo creyente.

51. También hay en la naturaleza de este árbol una costumbre distinta del uso de los demás árboles que puedes descubrir; pues otras llevan flor antes que fruto, y los frutos venideros se anuncian con la flor como presagio: esta sola desde el principio germina frutos en lugar de flores: en otras la flor se cae y nacen los frutos; en esta los frutos caen, para que otros frutos los sucedan. Por lo tanto, aquellos primeros frutos vacíos, emergen en lugar de la flor: así,

con un uso precoz de nacer, que desconocen el orden de la naturaleza, no pueden conservar el beneficio de la naturaleza. Pues donde la yema suele empujar desde el medio de la corteza, allí brotan los frutos más pequeños de este género: de los cuales leemos en el Cantar de los Cantares: La higuera ha producido sus higos. Así, mientras los demás arbustos blanquean en la primavera temprana, solo la higuera no sabe blanquear con su propia flor; tal vez porque no hay un uso más maduro en sus frutos. Pues sucediendo otros que como degenerando se desechan, y con la raíz débil y seca, renovados con un jugo más útil, se desprenden. Sin embargo, algunos permanecen muy raros, y no caen, a los que este fruto ha sonreído, para que desde el medio de dos ramas, brotando un pequeño brote, emerjan, donde cubiertos por dos protecciones, como en el regazo de la madre naturaleza, crezcan con el alimento de un jugo más pleno. Estos, provocados por la templanza de un clima más clemente: y en tiempos más prolongados, cuando han despojado su ánimo silvestre del jugo anterior, se prefieren a los demás por su especie y gracia de madurez.

52. Observa ahora los cultos y ánimos de los judíos, que como los primeros frutos de la sinagoga mal fértil, como en similitud de caída, cayeron, para que los frutos de nuestro género que habrían de permanecer sucedieran. Pues el primer pueblo de la sinagoga, como raíz de obras débil y seca, no pudo absorber la fertilidad de la sabiduría natural. Y por eso cayó como fruto inútil, para que como de las mismas ramas de un árbol fructífero, de la riqueza de la religión antigua, emergiera el nuevo pueblo de la Iglesia. Por lo tanto, aquel que era, dejó de ser, para que comenzara aquel que no era: pero los primeros de Israel, que la rama de una naturaleza más fuerte había elevado, bajo la sombra de la Ley y de la cruz, coloreados con el jugo gemelo en el seno de ambos, con el ejemplo de los higos maduros, sobresalieron en gracia de los frutos más hermosos, a quienes se les dice: Os sentaréis sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel (Mat. XIX, 28).

53. Las viñas florecientes han dado su aroma (Sup., v. 5). Bien se designa a la Iglesia por la viña; pues así como la vid se casa con los árboles, así el cuerpo al alma, y el alma también al cuerpo se une: para que la viña mientras se ata, se eleva, y al ser podada no se disminuye, sino que se aumenta; así el pueblo santo mientras se ata, se despoja: mientras se humilla, se eleva: mientras se poda, se corona. Además, así como el tierno sarmiento, cortado del árbol viejo, se injerta en el fruto de otra raíz: así este pueblo santo, con las cicatrices del viejo sarmiento desnudadas, en ese nuevo signo de la cruz como en el regazo de una madre piadosa, crece: y el Espíritu Santo infundido en este cuerpo carcelario, como descendido en las profundas fosas de la tierra, con el riego del agua salvadora lava todo lo que es fétido, y eleva la disposición de nuestros miembros a la disciplina celestial.

54. Este viñedo el agricultor diligente acostumbra a cavar, regar, esforzarse, y con los montones de tierra terrenal excavados, las obras de nuestro cuerpo ahora acostumbrado a tostar al sol, ahora a empapar con lluvia, solía apisonar el campo, para que la yema no sea dañada por los espinos, para que no se extienda la sombra de las hojas, y la jactancia infructuosa de las palabras, al sombrear las virtudes, no impida la madurez de la índole natural.

55. (Vers. 14.) Y ven, dice, mi paloma, en el refugio de la roca, junto a la fortificación; esto es, ven junto al Evangelio: las fortalezas de tu fe, son las obras de Cristo: tus muros de apoyo, son las palabras del Señor: la pasión del cuerpo del Señor, es tu virtud.

56. Muéstrame tu rostro, y hazme oír tu voz; porque tu voz es dulce, y tu rostro hermoso. Dulce es tu voz; porque con la boca se hace confesión para salvación: y hermoso el rostro; porque quien no se avergüenza del autor, no se confunde con el redentor. Muestra, pues, su

rostro, llevando el signo de la cruz: y hace oír su voz, asumiendo la autoridad de la predicación. Pues en el refugio del cuerpo de Cristo, por el cual fue redimido del pecado, encuentra el amparo de la gracia espiritual; para que sienta y hable lo que es saludable para él. Dulce, por lo tanto, la voz, que hablaba en los testimonios divinos: Hermoso el rostro, que no se avergonzaba en presencia de los reyes.

57. Exsurge, dice, ven, mi cercana; es decir, levántate de los placeres del mundo, levántate de lo terrenal, y ven a mí, tú que aún trabajas y estás cargada, tú que te preocupas por las cosas del mundo: ven por encima del mundo, ven a mí, porque yo he vencido al mundo: ven cerca de mí, ya hermosa con el esplendor de la vida eterna, ya paloma, es decir, mansa y apacible, ya completamente llena de gracia espiritual. Por tanto, con razón ya no debe temer las redes, cuando aquel que llama a su alma no pudo ser atrapado por las tentaciones y redes del mundo. Pues aunque caminamos entre trampas, por el deseo de alimento estamos sujetos tanto a redes como a trampas. Él, estando en el cuerpo, no temía las redes, sino que sobresalía sobre ellas, es decir, sobre las tentaciones del mundo y las pasiones del cuerpo; más aún, hacía que otros también sobresalieran.

58. Levántate, ven, mi cercana, no temas las redes, ya ha pasado el invierno. Ha llegado la Pascua, ha llegado la indulgencia, ha llegado la remisión de los pecados, ha cesado la tentación, la lluvia se ha ido, la tormenta ha pasado y la agitación ha cesado. Antes de la venida de Cristo era invierno, después de la venida de Cristo hay flores, de donde dice: Las flores han aparecido en la tierra. Donde antes había espinas, ahora hay flores; ha llegado el tiempo, dice, de la siega. Donde antes había desierto, ahora hay cosecha. Se ha escuchado la voz de la tórtola en nuestra tierra: bien añadió el profeta nuestra, como admirándose de que donde antes había impureza, ahora hay castidad. La higuera ha dado sus brotes. Aquella que se ordenaba cortar por infructuosa, ha comenzado ya a dar frutos. Pero, ¿por qué dudas, si dijo brotes? Desprende los primeros para que los posteriores sean mejores: así se desecha el fruto de la Sinagoga, pero se renueva el de la Iglesia.

59. Y aunque haya plena tranquilidad, y los misterios hayan madurado, nuevamente dice: Levántate segura en el refugio de la roca, es decir, protegida por la defensa de mi pasión y el amparo de la fe. Pues han extraído miel de la roca y aceite de la roca firme. Vestidas con este refugio, las almas de los piadosos ya no están desnudas, y esta es su protección. Por eso también a esta alma le dice: Y ven, tú mi paloma, en el refugio de la roca según la protección: muéstrame tu rostro, y hazme oír tu voz. La exhorta a la confianza, para que no se avergüence de la cruz de Cristo, ni de su señal. La exhorta a la confesión, quiere que se eliminen todas las insidias; para que exhale el buen olor de la fe, para que brille el día, para que la sombra de la noche adversa no dañe; porque quien está junto a Cristo dice: La noche ha pasado, el día se ha acercado (Rom. XIII, 12). Hay también una sombra de las cosas mundanas que pasa, y el día celestial es Cristo, que ilumina a sus santos.

60. (Vers. 15.) Atrapen para nosotros las pequeñas zorras que destruyen las viñas, para que nuestras viñas florezcan. La Escritura llama hombre a aquel que es a imagen y semejanza de Dios; pero al pecador no lo llama hombre, sino que suele llamarlo serpiente, o caballo relinchando tras las hembras, o zorra, o bestia. De uno de ellos dice el Señor: Vayan, díganle a esa zorra (Luc. XIII, 32), refiriéndose a Herodes. Y en otro lugar, cuando notó que lo interrogaban con engaño, dijo: Las zorras tienen madrigueras, y las aves del cielo nidos donde descansar (Mat. VIII, 20); porque engañosamente se demoran en ciertos escondites de las pasiones terrenales.

61. Por eso también Sansón ató dos zorras, a cuyas colas ató antorchas, y las soltó por las cosechas de los filisteos (Jueces XV): significando con esta figura que los hombres malvados y fraudulentos, y especialmente los herejes, tienen lengua libre para ladrar: pero sus salidas son impedidas, o sus comienzos litigiosos, y el fin de su fraude está destinado al incendio. Por eso también soltó trescientas zorras, porque los pérfidos desean recomendarse con la predicación de la cruz: pero no pueden sostener su misterio, quienes con esta predicación compuesta, falsa y simulada, intentan más bien quemar los frutos ajenos: cuando en verdad la verdadera cruz del Señor no quema los méritos ajenos, sino que los fecunda.

62. Con razón está escrito: Atrapen para nosotros las pequeñas zorras que destruyen las viñas, para que nuestras viñas florezcan. Con lo cual se muestra que el Señor Jesús o la Iglesia ordena que los engaños de los fraudulentos sean exterminados de sus viñas; para que no dañen a las pequeñas viñas, porque ya no pueden dañar a las vides adultas. Pues el hereje puede tentar al imperfecto, pero no puede suplantar al perfecto.

63. (Vers. 16.) Mi hermano es para mí, y yo para él. Esta es la voz de la virgen; pues guardar el cuerpo inmaculado de la mezcla viril, y elevar la palma de la castidad, en un cuerpo terrenal hasta la conversación de los ángeles, es una utilidad privada, es una alabanza pública. Qué raro es en la tierra quien puede decir esto, qué ajeno a los vicios, qué separado de toda mancha de pecado, quien no tiene nada en común con el mundo, diciendo: Mi amado es para mí y yo para él, en medio de mis pechos morará. Evidentemente no reclama para sí nada de este mundo, quien no tiene posesión de deseos corporales, a quien no inflama la lujuria, no estimula la avaricia, no afemina la lascivia, no descolora la lujuria, no derriba la ambición, no marchita la envidia, no preocupa ninguna carga de negocios mundanos: verdadero ministro del altar, nacido para Dios, no para sí mismo; pues Levi, como tiene la interpretación, significa: Él es para mí; significa: Y él es mío; significa también simplemente: Asumido; significa: Y asumido para mí.

64. Él mismo es tanto para mí Levi como para Dios. Así como es tanto para mí sacerdote como para Dios. Y para mí abogado y suplicante del Señor es: ofreciendo sacrificio por mí, y ofreciéndose él mismo al Señor. Finalmente, en otro lugar Levi se dice en interpretación, Por mí; pues si por mí se llama Levi, Levi es por mí: si ofrece por mí, es por mí: si intercede por mí, es por mí: pero si es llamado por el Señor, se dice para mí: esto es, no tributario de otro, no diezmador, no generoso de posesión. Él es para mí, esto es, como abundante por todos sus bienes. No busco de él diezmos, ni frutos, ni dones, ni ofrendas; él mismo es para mí como ofrenda, él es para mí como tributo. No generoso para mí en su posesión, sino él mismo es mi posesión, él es mi fruto, él es mi sentido. Asumido por mí, o asumido para mí, esto no puede ser sin la gracia divina. Pues así como la posesión no puede ser mía, a menos que la compre: así no puede ser Levi, a menos que haya sido asumido por el Señor, pues cuando ha sido asumido, correctamente se dice, él es mío. Finalmente, cuando a Moisés se le dijo que dividiera la residencia al pueblo de los judíos por tribus, y distribuyera a cada tribu su porción: Dios exceptuó a la tribu levítica diciendo a los hijos de Levi: No tendrá porción, ni herencia en medio de sus hermanos; porque el Señor Dios es su parte (Deut. X, 9): y en otro lugar: Yo, el Señor, soy su porción (Num. XVIII, 20).

65. Se les niega a estos la división terrenal, para que ellos, al no reclamar para sí una porción secular, se conviertan en posesión celestial: o solo sepan poseer esto, es decir, el servicio de la fe y la devoción, mucho más ricos que aquellos que extienden ampliamente los límites de sus posesiones. Pues por mucho que extiendan sus fronteras, la tierra se agota, y el mar encierra sus insanas codicias, y pagan tributos mayores que los frutos. Pero este, no poseyendo nada, no sirve a nadie sino a Dios, sobre la tierra su porción es, no se agota con la

tierra, no se cierra con el mar. Quien tiene a Dios como porción, es poseedor de toda la naturaleza. Por tanto, en lugar de campos, él mismo es suficiente para sí, teniendo buen fruto, que nunca puede perecer. En lugar de casas, es suficiente para sí, para ser la morada del Señor, y templo de Dios, que nada puede ser más precioso. Pues ¿qué es más precioso que Dios? ¿O qué le falta a este hombre que puede decir: No me gloríe sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo (Gál. VI, 4)?

66. No puede el príncipe de este mundo reclamar para sí compañía en aquel en quien no encuentra nada suyo. Por eso el Señor que vino a enseñar, para que Dios se convirtiera en nuestra porción, dice: Viene el príncipe de este mundo, y en mí no encuentra nada (Juan XIV, 30). Y con razón, queriendo que sean sus imitadores, dice: No posean oro, ni plata, ni dinero (Mat. X, 9). Por eso Pedro, mostrando que su porción es en Dios, no en el mundo, dice: Plata y oro no tengo, pero lo que tengo, esto te doy: en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda (Hech. III, 6); esto es, esta es mi porción, mi porción es Cristo: En el nombre de Jesucristo, levántate y anda (Ibid). Esto es, en mi porción soy rico, en mi porción soy poderoso. Con razón presumo tales frutos de esta porción, que se otorgue salud y vida; porque este es el patrimonio de la porción que elegí para mí: Mi amado es para mí, y yo para él.

67. Que se alimenta entre los lirios. El lirio significa castidad. Sabe, pues, el buen pastor, dónde apacentar su rebaño, qué pastos convienen a sus ovejas. ¿Cuáles son nuestros pastos, es decir, de los fieles, sino Cristo? En cuyos pastos el Profeta se alegró de estar, diciendo: En lugar de pastos, allí me colocó (Sal. XXII, 2); allí nos apacienta y nos restaura. Buenos pastos, son los sacramentos divinos. Allí recoges una nueva flor, que dio buen olor de resurrección: recoges un lirio, en el que hay esplendor de eternidad: recoges una rosa, es decir, la sangre del cuerpo del Señor. Buenos pastos también son los libros de las Escrituras celestiales, en los cuales nos alimentamos con la lectura diaria, en los cuales nos recreamos y restauramos; cuando degustamos lo que está escrito, o lo rumiamos frecuentemente con la boca. Con estos pastos se engorda el rebaño del Señor. Buenos pastos también son los montes de los valles; pues en ellos Cristo apacienta como un corzo o un cervatillo, es decir, en los esplendores de los santos.

68. (Vers. 17.) Hasta que sople el día, y se inclinen las sombras. Zaqueo subió a un árbol de sicómoro para ver a Cristo: también Jesús extendió sus manos para cubrir todo el mundo. ¿Cómo no estamos en la sombra, quienes estamos protegidos por el velo de su cruz? ¿Cómo no estamos en la sombra, quienes el crucificado defiende de la maldad del mundo y del ardor del cuerpo? ¿O no sabemos que la Palabra de Dios viniendo a este mundo, no vino como Palabra? Como era en el principio, como era con Dios: sino que se anonadó a sí mismo, tomando forma de siervo (Filip. II, 7). Vino en una nube ligera, y siendo la virtud del Altísimo, cubrió a María; para transfigurar nuestro cuerpo de humillación, haciéndolo conforme al cuerpo de su gloria. Así como él, pues, cambió de forma, al nacer de la Virgen: así también las palabras de Dios nos parecen transfigurarse, cuando se leen en el Evangelio, cuando su apariencia se ve en las Escrituras como a través de un espejo; porque toda la verdad aquí no puede ser comprendida, pero cuando venga lo perfecto, ya no será por discusión, no por apariencia como transfigurados, sino que resplandecerá con verdad íntegra y expresa.

69. Por tanto, doble el alma al yugo de la Palabra, y guíela con sus riendas, para que sea llevada por la voluntad de Dios lejos de los vicios, y capte el aroma de la vida eterna; pues esta vida no es perfecta, sino que esta vida está en la sombra. Por eso, para que el hombre

Cristo Jesús naciera de la Virgen, la virtud del Altísimo cubrió a la futura madre; porque descendió en sombra, comenzando a obrar la salvación del hombre desde la sombra, y la consumará con la claridad del sol eterno. Por tanto, esta vida es sombra. Apresúrate al sol, para que te defienda del frío de esta sombra, y te infunda el calor estival. Y por eso aconseja orar, para que nuestra huida no sea en invierno o en sábado, no significando tiempo y día, sino prohibiéndonos enfriarnos en méritos, y estar ayunos de buenas obras.

CAPÍTULO TERCERO.

1. (Vers. 1.) En mi lecho, en la noche busqué al que ama mi alma: lo busqué y no lo encontré. Me levantaré, pues, y lo buscaré en la ciudad, en el mercado, en las plazas, al que ama mi alma. Esta alma ya había recibido buenos empeños de amor, pero porque siempre debemos estar solícitos, siempre atentos, y porque la Palabra de Dios salta como una gacela, o como un cervatillo; siempre vigile el alma, y adelante a aquel a quien busca, y a quien desea retener. Por eso, lamentándose como si se le hubiera escapado, dice: En mi lecho, en las noches busqué al que ama mi alma. Quien busca bien, busque en su lecho, busque en las noches: ni el día esté ocioso, ni las noches: ningún tiempo esté vacío del deber de la piedad; y si no lo encuentra al principio, persevere en buscarlo. Por eso dice:

2. (Vers. 2.) Me levantaré, pues, y lo buscaré en la ciudad, en el mercado, en las plazas. Y tal vez por eso aún no lo ha encontrado, porque lo buscó en el mercado, donde hay disputas: en las plazas, donde hay ferias de cosas venales; pues Cristo no se compra con dinero. Que la santa devoción no deje pasar ningún tiempo vacío de predicación. Si los que estudian doctrinas seculares apenas se permiten dormir; cuánto más quienes desean conocer a Dios, no deben ser impedidos por el sueño del cuerpo, sino lo suficiente para satisfacer la naturaleza. David cada noche lavaba su lecho con lágrimas, se levantaba también en medio de la noche, para confesar al Señor: ¿y tú crees que toda la noche debe dedicarse al sueño? Entonces más bien debes orar al Señor, entonces pedir auxilios, evitar la culpa, cuando parece tener secreto. Entonces especialmente cuando las tinieblas están a mi alrededor, y las paredes me cubren, se debe considerar que Dios ve todo lo oculto. No digas, pues, rodeado de tinieblas, ¿quién me ve? ¿Y a quién temo, rodeado de paredes e incluido? Porque el Rostro del Señor está sobre los que hacen el mal (Salmo XXXIII, 17). Finalmente, si no ves al árbitro, ¿no te ves a ti mismo? ¿No temes el testimonio de tu conciencia? ¿No sabes que esa oscuridad de la noche no es un cobertor, sino un incentivo para el pecado? Cuando el sueño y la comida calientan los cuerpos, entonces también el vigor de la mente se relaja con el sueño, se disuelve con el sueño. Entonces se infiltra la lujuria del impuro concúbiteo, entonces el corazón se perturba con la inmundicia, no se ve la castidad, no se considera la pureza, no se recuenta la gloria de la pudicia.

3. Era de noche cuando Judas traicionó, cuando Pedro negó. Por tanto, en ese tiempo especialmente deben ser repasadas las justificaciones de Dios en el alma, releídas las exhortaciones mandadas: que no falten esos preceptos de castidad, para que ocupada la mente con ellos, apague la llama de la lujuria, el ardor de la carne. Ten presente aquello: Lavaré cada noche mi lecho (Salmo VI, 7). Pues ¿quién, entregado a los vicios, envuelto en delitos, lava cada noche su lecho? No sabe llorar, quien comete cosas que deben llorarse; y siendo él mismo digno de lágrimas, no tiene lágrimas de pena propia. Pero aquel que castiga su cuerpo, y es un cuidadoso gobernador de sí mismo, y gimiendo y dolido por la ofensa de un desliz anterior, busca cómo lavarla con lágrimas de penitencia, este lava cada noche su lecho. No durmamos, pues, todas las noches, sino que la mayor parte de ellas dediquémoslas a la lectura y a las oraciones. Escucha la voz de la Iglesia buscando también en las noches a Cristo: En mi lecho, dice, en las noches busqué al que ama mi alma.

4. Toma según la letra, que buscó en las noches orando, suplicando, incluso llorando. Buscó en las noches; porque Puso las tinieblas como su escondite (Salmo XVII, 12), para que aprendiéramos a buscarlo con más diligencia. Buscó, pues, en los profetas la Iglesia congregada de entre los gentiles, y por eso creyó. Finalmente, los testimonios del advenimiento del Señor los pusieron los evangelistas y Pablo, de donde está escrito: Porque la noche a la noche transmite conocimiento (Salmo XVIII, 3). Buscó en las noches, en persecuciones y adversidades, en tribulaciones y duros dolores. Es noche para todos aquellos que no tienen perfecta seguridad; de donde dice el Señor: Vendrá la noche cuando nadie puede trabajar. Mientras estoy en el mundo, soy la luz de este mundo (Juan IX, 4). No trabajemos, pues, en las tinieblas; si nuestras obras brillan, no trabajamos en las tinieblas, sino en la luz.

5. Es de día para quienes está presente Cristo, es de noche para quienes se niega. No es gran cosa para ti si entonces das gracias al Señor, cuando estás en prosperidad y cosas favorables: sino si entonces te adhieres a Cristo, cuando el perseguidor te agita, cuando alguna tormenta te perturba. ¿Perdiste un hijo? En ese dolor, en esa noche, en esa desolación, recuerda al Señor tu Dios; no sea que, como no escuchado, seas ingrato, y en tu aflicción te rebeles. ¿Fuiste desterrado? Recuerda al Señor tu Dios, no sea que prefieras el amor de la patria prohibida a Dios. ¿Oprimido por el poder de algún rico, perdiste tus propias facultades, careces de sustento? Recuerda al Señor tu Dios, no sea que la noche de la pobreza te aparte del afecto de la devoción. Este es el mandamiento de la Ley, que en la noche busques más, cuando más seas escuchado por el Señor, y puedas decir: En la tribulación invoqué al Señor, y el Señor me escuchó en la amplitud (Salmo CXVII, 5).

6. Pero tampoco basta buscar superficialmente para alcanzar la gracia, sino que debes perseverar y dedicarte al don. Finalmente, esta Iglesia o alma que buscó en su lecho, que buscó en las noches, al principio no encontró; porque tal vez buscó en el lecho. Pero después de levantarse y dirigirse a la ciudad (mira que no sea aquella ciudad en la que el Señor, al celebrar la Pascua, envió a sus discípulos diciendo (Mateo XXVI, 18): "Id a la ciudad a cierto hombre") después de buscar en el mercado, como dije, donde se vende el aceite que los que esperan al Esposo acostumbran comprar; donde está la ley, donde están las normas. Porque si la ley es espiritual, también el mercado es espiritual, donde discuten los expertos en la ley eterna. Ese mercado no está lleno de pleitos tumultuosos, sino glorioso por los tribunales de Cristo. ¿Dónde buscó, digo? En el mercado, y después buscó en las plazas, de donde se recogían aquellos que acudían al banquete del padre de familia evangélico: quienes, llamados, no consideraron excusarse de tales banquetes. Después de buscar en el mercado, digo, y en las plazas, se encontró con aquellos que recorren la ciudad, y entonces finalmente pudo encontrar lo que buscaba; tal vez porque en la tribulación y el miedo se encuentra más la gracia. Finalmente, después dice:

7. (Vers. 3.) Me encontraron los que recorren la ciudad, me quitaron el manto. Tuvo, por tanto, una lucha: pero me cuesta encontrar la razón por la cual aquí no le quitaron el manto; a menos que tal vez porque allí dijo que preguntó: "¿Habéis visto al que ama mi alma?" Quien hablaba de Cristo, no fue despojada del manto, y encontró a quien buscaba. Aprende cómo se busca a Cristo: ciertamente por aquellos que no lo buscan superficialmente, sino que lo retienen con fuerza, como aquella que dice: "Lo sostuve y no lo soltaré", lo encontró con fe, lo ató con meditación.

8. Si aceptamos que los buenos guardianes son ángeles. Quien, sin embargo, superó a los ángeles. Encontró la Palabra; por eso no hubo mucho intervalo, cuando pasó de ellos y encontró a Jesús. ¿Cómo entonces más adelante le quitaron el manto, a menos que tal vez porque en el proceso de ofensa a la fe, la Iglesia, al desnudarse, es más amada por el Señor, despojándose del hombre viejo para vestirse del nuevo, a quien no cubren los pecados, sino que los secretos de la mente iluminan, o porque al venir a Cristo dejó el manto de la sabiduría secular? y no fue despojada del manto, después de que comenzó a ser más perfecta.

9. Seamos, por tanto, recordadores de las justificaciones celestiales; para que mientras las cantamos con la voz secreta de la mente, seamos recordadores en la noche del nombre del Señor, y digamos como está escrito: "Esto me ha sucedido porque busqué tus justificaciones" (Salmo CXVIII, 56); es decir, esta memoria me ha sido dada, para que recordara incluso en la noche tu nombre, no adormecido por la embriaguez, no resuelto en sueño por los banquetes, no ocupado por las preocupaciones seculares, para que el olvido de tu veneración no se infiltre en mí: sino castigando diariamente los miembros con meditación, y ejercitando la intención de la mente; para que con la asiduidad este curso solemne se nos haga, para que veneremos al Señor Jesús incluso en las noches con todo afecto.

10. En mi habitación, en las noches busqué al que ama mi alma. También podemos entenderlo así. Busca a Cristo en su lecho, quien lo busca con tranquilidad, con paz. Lo busca en las noches, porque hablaba en parábolas; "Puso las tinieblas como su escondite, y la noche a la noche comunica sabiduría" (Salmo XVII, 12). Luego, porque lo que decimos en nuestro corazón, eso debe compungirnos en nuestros lechos.

11. Pero aún así no lo encontré, y por eso dice: "Me levantaré", es decir, elevaré y alzaré mi intención, para buscar diligentemente, buscar con cuidado: entraré en la ciudad. También hay un alma que dice: "Yo soy ciudad fortificada, yo soy ciudad sitiada" (Isaías XXVII, 3). Es una ciudad fortificada por Cristo, es aquella ciudad de Jerusalén en el cielo, en la que abundan los intérpretes de la ley divina y los expertos en disciplinas, por quienes se busca la Palabra de Dios. Buscaré, dice, en el mercado de esa ciudad, en ese mercado donde los juristas tratan las leyes, donde se vende el aceite que las vírgenes evangélicas compran, para que sus antorchas siempre brillen, y el humo de la iniquidad no las apague. Buscaré, dice, en las plazas donde abundan las aguas que brotan de esas fuentes, de las cuales Salomón dice que deben ser bebidas.

12. Me encontraron, dice, los guardianes que recorren la ciudad. Mientras busca a Cristo, encuentra a los guardianes que están en el ministerio; les pregunta: "¿Habéis visto al que ama mi alma?" Pero el alma que busca a Dios, incluso supera a los guardianes. Porque hay misterios que incluso los ángeles desean ver, de los cuales Pedro dice: "Os fueron anunciados, dice, por aquellos que os evangelizaron, con el Espíritu Santo enviado del cielo, en el cual los ángeles desean mirar" (I Pedro I, 12).

13. (Vers. 4.) "Apenas pasé de ellos, lo encontré, lo sostuve, y no lo solté". Por lo tanto, quien haya pasado de los guardianes, encuentra la Palabra. Juan pasó, quien encontró la Palabra con el Padre. También hay muchos otros que buscan a Cristo en el ocio, y no lo encuentran: y lo buscan en las persecuciones, y lo encuentran. Y por eso, como después de las tentaciones, porque está presente en los peligros de sus fieles: "Apenas, dice, pasé de ellos, lo encontré, y lo sostuve, y no lo solté". Porque todo el que busca, encuentra; y quien haya encontrado, debe adherirse, para que no pueda perderlo.

14. Y puesto que a través del Evangelio vemos los misterios celestiales figurados en la tierra, vayamos a Magdalena, vayamos a la otra María. Consideremos cómo buscaron a Cristo en el lecho de su cuerpo, en el que yacía muerto, en las noches, cuando el ángel les dijo: "Buscáis a Jesús que fue crucificado: no está aquí, ha resucitado: ¿por qué buscáis al vivo entre los muertos?" (Mateo XXVIII, 5 y ss.) ¿Por qué buscáis en el sepulcro a aquel que ya está en el cielo? ¿Por qué buscáis en las ataduras del sepulcro al que desata las ataduras de todos? No es el sepulcro su sede, sino el cielo; por eso una de ellas dijo: "Lo busqué, y no lo encontré" (Cantar de los Cantares III, 1). Sin embargo, mientras van a anunciar a los apóstoles, Jesús, compadecido de las que buscan, se les aparece diciendo: "Salve". Ellas se acercaron, y abrazaron sus pies, y lo adoraron.

15. Jesús, por tanto, es retenido, y se deleita en ser así retenido, porque es retenido con fe. Finalmente, también le agradó aquella mujer que lo tocó, y fue curada del flujo de sangre, de la cual dijo: "Alguien me ha tocado; porque siento que ha salido poder de mí" (Lucas VIII, 46). Toca, por tanto, y reténlo con fe, y sujeta fielmente sus pies; para que salga poder de él, para que sane tu alma. Y si dice: "No me toques"; tú reténlo. "Aún no he subido a mi Padre", dijo (Juan XX, 17). Una vez dijo: "No me toques", cuando resucitó: o tal vez se lo dijo a aquella que pensaba que había sido robado, y no resucitado por su propio poder. Finalmente, en otro libro tienes que a las que retenían sus pies y lo adoraban, les dijo: "No temáis" (Mateo XXVIII, 10).

16. Retén, por tanto, también tú, alma, como lo retenía María, y di: "Lo sostuve, y no lo soltaré": a quien ambas decían, te tenemos. Ve al Padre, pero no me abandones, para que no caiga de nuevo; y con María, no errante, sino sosteniendo el árbol de la vida, arrástrame contigo aferrada a tus pies. Contigo ascenderé, no me sueltes, para que la serpiente no vuelva a derramar su veneno, para que no pueda de nuevo morder el talón de la mujer, para que no suplante a Adán. Diga, por tanto, tu alma: "Te tengo, y te llevaré a la casa de mi madre, y al secreto de la que me concibió" (Cantar de los Cantares III, 4); para que conozca tus misterios, para que beba de tus sacramentos.

17. Lo sostuve, y no lo soltaré, hasta que lo lleve a la casa de mi madre, y al aposento de la que me concibió. ¿Cuál es la casa de mi madre y su aposento, sino el interior y secreto de tu naturaleza? Guarda esta casa, limpia los interiores de esta casa, para que cuando la casa esté inmaculada, y no manchada por las suciedades de una conciencia adúltera, la casa espiritual se levante en un sacerdocio santo unida por la piedra angular, y el Espíritu Santo habite en ella. Quien así busca a Cristo, quien así suplica a Cristo, no es abandonado por él: más bien, es visitado frecuentemente.

18. O la casa de la madre, tal vez es la casa en la que resplandece la disciplina moral: pero el secreto es aquel en el que están los misterios más altos, en los que las mieles de la gracia divina exhalan. ¿Acaso no es más dulce que toda miel el perdón de los pecados? ¿No es más fragante que toda flor la resurrección de los muertos? Recibe, por tanto, a Eva, ya no cubierta con hojas de higuera, sino vestida con el Santo Espíritu, y gloriosa con una nueva gracia; porque ya no se esconde como desnuda, sino que se presenta como rodeada del esplendor de un vestido resplandeciente, porque la gracia la viste: pero tampoco Adán estaba desnudo al principio, cuando la inocencia lo vestía. Viéndola, por tanto, las hijas de Jerusalén adherida a Cristo, y aún ascendiendo con él (pues se digna frecuentemente a encontrarse con los que lo buscan, y a condescender, para elevarlos) dicen:

19. (Vers. 6.) "¿Quién es esta que sube del desierto?" Sé como aquella alma, que excita en sí el amor de Cristo, a quien las virtudes celestiales admiran ascendiendo; que asciende sin

ofensa, y de este mundo asciende con alegría y júbilo, como un sarmiento de vid, y como humo se eleva a las alturas, exhalando el aroma de la resurrección piadosa, y la suavidad de la fe, como tienes escrito: "¿Quién es esta que sube del desierto, como un sarmiento de vid, perfumada con el humo del incienso, mirra e incienso de todos los polvos del ungüento?" Expresó bellamente su sutileza, con la comparación del polvo, y la mención del ungüento; porque en el Éxodo leemos que el incienso profético es sutil y compuesto de muchos, que es la oración de los santos, para que se dirija ante el Señor, como también dice David: "Que mi oración se dirija como incienso ante ti" (Salmo CXL, 2).

20. ¿Quién es esta que sube del desierto? Este desierto parece un lugar de la tierra inculto, cubierto de espinas y cardos de nuestros pecados. Se maravillan, evidentemente, de cómo el alma que antes se dejaba en el infierno, se adhiere a la Palabra de Dios, y ha subido como un sarmiento de vid, elevándose a las alturas, como humo nacido del fuego, y buscando lo alto, además de fraguar con buenos olores. Ese olor de la oración piadosa exhala la suavidad, que se dirige como incienso ante el Señor (Salmo CXL, 2). Y en el Apocalipsis leemos que "El humo de los inciensos subió de las oraciones de los santos" (Apocalipsis VIII, 4). que se refieren como incensados por las oraciones de sus ángeles, sobre aquel altar de oro que está ante el trono de Dios. Y como un ungüento fragante de piadosa súplica; porque está compuesto de la petición de las cosas eternas e invisibles, no de las corporales: pero sobre todo exhala mirra e incienso, porque ha muerto al pecado, y vive para Dios. Por eso también en lo posterior: "Iré, dice, a la montaña de la mirra, y al collado del incienso". Sigue:

21. (Vers. 7.) "He aquí sesenta poderosos alrededor de su sarmiento, armados con espadas desenvainadas, y entrenados en disciplinas de guerra". ¿Quiénes son estos fuertes y entrenados en disciplinas de guerra, advierte. Es fuerte y de un hombre eclesiástico no disimular cuando algo amenaza, sino prever y como explorar desde una especie de atalaya de la mente, y enfrentar con pensamiento previsor las cosas futuras; no sea que después diga: Por eso caí en esto, porque no pensaba que pudiera suceder. Finalmente, a menos que se exploren las adversidades, pronto ocupan. Como en la guerra el enemigo inesperado apenas se soporta, y si encuentra desprevenidos, fácilmente oprime: así las adversidades no exploradas más rompen el ánimo. En estos dos, por tanto, está la excelencia del ánimo, para que primero tu ánimo, ejercitado en buenos pensamientos, con corazón puro vea lo que es verdadero y honesto: porque bienaventurados los de corazón puro, porque ellos también verán a Dios: y juzgue que solo lo honesto es bueno. Luego, que no se perturbe con ocupaciones, ni fluctúe con deseos.

22. Y en verdad nadie hace esto fácilmente: porque ¿qué es tan difícil como despreciar como desde una especie de fortaleza de sabiduría, las riquezas y todas las demás cosas, que a muchos parecen grandes y elevadas? Luego, para que tu juicio se confirme con razón estable, y lo que hayas juzgado leve, lo desprecies como nada útil. Luego, para que si algo adverso sucede, y se considera grave y amargo, lo soportes de tal manera que no pienses que ha sucedido nada fuera de la naturaleza, cuando has leído: "Desnudo nací, desnudo saldré: lo que el Señor dio, el Señor también quitó" (Job I, 21); y ciertamente había perdido hijos y bienes: y guardes en todo la persona del sabio y justo, como él guardó, quien dijo: "Como al Señor le agradó, así se hizo, sea bendito el nombre del Señor" (Ibid.). Y más adelante, "Como una de las mujeres insensatas has hablado: si recibimos lo bueno de la mano del Señor, ¿no soportaremos lo malo?" (Ibid., 2).

23. No es, por tanto, una fortaleza de ánimo mediocre ni discreta de las demás, la que lucha con las virtudes; sino la que sola defiende los ornamentos de todas las virtudes, y guarda los juicios, y la que en una batalla inexpiable contra todos los vicios decide, invicta en los

trabajos, fuerte en los peligros, más rígida contra los placeres, dura contra las seducciones, a las que no sabe prestar oído, ni (como se dice) saludar, desprecia el dinero, huye de la avaricia como una mancha que afemina la virtud; porque nada es tan contrario a la fortaleza como ser vencido por el lucro. Frecuentemente, con los enemigos expulsados, con el ejército enemigo inclinado en fuga, mientras el guerrero se ocupa de los despojos de los caídos, cae miserablemente entre aquellos que derribó, y las legiones derrotadas en sus triunfos, mientras se ocupan de los despojos, llaman de nuevo al enemigo que había huido.

24. La fortaleza, por tanto, debe repeler y aplastar tan inmensa peste, ni ser tentada por deseos, ni quebrarse por el miedo; porque la virtud se mantiene firme, para perseguir con fuerza todos los vicios, como venenos de la virtud. Que repela la ira como con ciertas armas, que quita el consejo, y la evite como una enfermedad. También debe evitar el deseo de gloria, que frecuentemente ha dañado cuando se ha buscado con demasiada moderación, pero siempre cuando se ha usurpado. Porque ser ablandado por la adulación no solo no es de fortaleza, sino que parece de cobardía. Jacob, viendo en espíritu los campamentos de estos fuertes, dijo: "Estos son los campamentos de Dios" (Génesis XXXII, 2).

25. Pero, ¿qué son los sesenta? Sabemos que la semana es del Antiguo, pero la octava es del Nuevo Testamento, a saber, cuando Cristo resucitó, y el día de la nueva salvación brilló para todos: en el cual el resplandor de la plena y perfecta circuncisión se infundió en los corazones humanos. Siete y ocho, hacen quince. Estos, por tanto, son siete y ocho, es decir, quince, con los que Oseas contrató a la meretriz, que el Señor le había mandado contratar. La semana y la octava significan la consumación de los dos Testamentos, y la plenitud de la fe: el número quince multiplicado por cuatro, que son sesenta, la perfección del Evangelio.

26. ¿Cuál es, entonces, el sarmiento alrededor del cual están estos poderosos? "Neftalí, dice, es una vid extendida, que extiende su belleza en el brote". Un sarmiento de vid se corta si parece inútil, para que la vid no se regocije en la exuberancia de los sarmientos vanos, y otro se corta y se deja crecer un poco, para que dé fruto, cuya belleza se extiende en la generación; porque mientras se eleva a las alturas, abraza la vid, y ascendiendo a la cima, viste con un collar de joyas preciosas los cuellos de las vides. También es hermoso en la generación, porque con sarmientos llenos abunda en muchos frutos. Esta es una belleza, pero mucho más hermosa es aquella que significa el sarmiento adherido a la vid espiritual, de la cual somos sarmiento, y podemos dar fruto si permanecemos en la vid; si no, somos cortados. El santo patriarca Neftalí era un sarmiento abundante, de donde también Moisés dice: "Neftalí, saciedad de los que reciben, se llenará de bendición del Señor: poseerá el mar y el sur" (Deuteronomio XXXIII, 23); exponiendo lo que Jacob había dicho, qué significa "vid extendida", es decir, liberado de las ataduras de la muerte por la gracia de la fe: en el cual se significa el pueblo de Dios llamado a la libertad de la fe y la abundancia de la gracia, difundido por todo el mundo, que viste el yugo de Cristo con buen fruto, y rodea los maderos de aquella verdadera vid, es decir, los misterios de la cruz del Señor, y no teme el peligro de su confesión: sino que más bien, incluso en las persecuciones, se gloria en el nombre de Cristo.

27. Pero estos fuertes tienen espadas en sus manos, que no rechazan por el nombre de Cristo, o con las que distinguen lo corporal de lo espiritual, la sombra de la verdad. Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más penetrante que toda espada de dos filos, y penetra hasta la división del alma y el espíritu; también de las coyunturas y los tuétanos, y es discernidor de los pensamientos y las intenciones del corazón: y no hay criatura invisible en su presencia, sino que todas están desnudas y abiertas a sus ojos (Hebreos IV, 12 y 13). Porque la palabra de Dios es una espada de dos filos. También hay otras dos espadas en la Iglesia de las que se

dice: "Señor, aquí hay dos espadas", es decir, del poder eclesiástico y mundano, con las que la falsa misericordia se opone.

28. Hay misericordia justa: pero también hay misericordia injusta. De hecho, en la Ley está escrito sobre cierto individuo: No te apiadarás de él (Deut. XIX, 13). Y en los libros de los Reyes se lee que Saúl contrajo ofensa porque se apiadó de Agag, el rey enemigo, a quien la sentencia divina había prohibido conservar (I Sam. XV, 9). Si alguien, movido por las súplicas de los hijos de un ladrón y conmovido por las lágrimas de su esposa, piensa que debe absolverlo, cuando aún tiene el deseo de robar: ¿no entregará a los inocentes a la destrucción, quien libera a alguien que planea la destrucción de muchos? Ciertamente, si reprime la espada, disuelve las cadenas, relaja el exilio; porque no quita la facultad de robar por la vía más clemente posible, quien no pudo extirpar la voluntad. Luego, entre dos, es decir, el acusador y el acusado, decidiendo sobre la vida con igual peligro, si uno no probara, y el otro no fuera condenado por el acusador, el juez no seguiría lo que es justo; sino que, mientras se apiada del acusado, condena al que prueba: o mientras favorece al acusador que no puede probar, abdica al inocente. Por lo tanto, no se puede llamar a esto misericordia justa.

29. En la misma Iglesia, donde más conviene tener misericordia, debe mantenerse en gran medida la forma de justicia, para que nadie, apartado de la comunión, con una breve lágrima, preparada para el momento, o incluso con llantos más abundantes, extorsione la comunión que debe pedir en muchos tiempos, por la facilidad del sacerdote. ¿No provoca a muchos al contagio de la caída, cuando se concede indulgencia a uno indigno? La facilidad del perdón proporciona un incentivo para delinquir. Esto se dice para que sepamos que, según la palabra de Dios, la misericordia debe ser administrada a los deudores con razón; de lo contrario, la espada debe ejecutar lo que le corresponde.

30. (Vers. 9, 10.) El rey Salomón se hizo un lecho de maderas del Líbano, sus columnas las hizo de plata, el respaldo de oro, el asiento de púrpura, el respaldo adornado con gemas. ¿Qué es este lecho, sino la forma de nuestro cuerpo? Pues en las gemas se muestra el aire con apariencia de resplandor, en el oro el fuego, el agua en la plata, la tierra por la madera; de los cuales el cuerpo humano consta de cuatro elementos, en el que reposa nuestra alma, si no se encuentra en la aspereza de las montañas, ni en el suelo árido sin descanso; sino que descansa elevada, sostenida por la madera, lejos de los vicios. Por eso David dice: Que el Señor le ayude sobre el lecho de su dolor (Salmo XL, 4); pues, ¿cómo puede ser lecho de dolor, si no puede doler, quien no tiene sentido? El cuerpo, sin embargo, es de dolor, como el cuerpo es de muerte: ¡Infeliz de mí! ¿quién me librá de este cuerpo de muerte? (Rom. VII, 24).

31. Y puesto que hemos introducido un versículo en el que hemos mencionado el cuerpo del Señor, para que no perturbe a quien lo lea, que el Señor asumió un cuerpo de dolor, recuerde que lloró y se conmovió por la muerte de Lázaro, y en la pasión fue herido, y de la herida salió sangre y agua, y exhaló el espíritu (Juan XI, 35). Agua para el lavado, sangre para la bebida, espíritu para la resurrección. Cristo es uno para nosotros, esperanza, fe, caridad: esperanza en la resurrección, fe en el lavado, caridad en el sacramento. Sin embargo, así como asumió un cuerpo de dolor, también se volvió en debilidad; porque lo convirtió en beneficio de la carne humana: pues con la pasión se disolvió la debilidad, la muerte con la resurrección. Y sin embargo, deben afligirse por el mundo, alegrarse en el Señor: tristes para el arrepentimiento, alegres para la gracia, aunque también es necesario llorar con los que lloran, y alegrarse con los que se alegran, como el Doctor de las naciones prescribió con saludable precepto (Rom. XII, 15).

32. La cubrió de amor, por las hijas de Jerusalén. ¿Quiénes son estas hijas? No debe ser oculto, que parecen superiores los que son antes generales, más débiles los que después. Se comparan con el útero de una mujer los partos de este siglo; porque son más fuertes los que nacieron en la virtud de la juventud, más débiles los que en el tiempo de la vejez. Pues este siglo ha decaído en la multitud de generaciones como el vientre de la que da a luz, y como una criatura envejecida, deposita el vigor de su juventud, como marchitándose ya en el vigor de sus fuerzas. Estas son, por tanto, las hijas de Jerusalén, es decir, las almas más tiernas y débiles: a estas se muestra para que brille su imagen en su confesión, brille en el amor, brille en las obras; y si es posible, toda su forma se exprese en ellas.

33. Estas hijas de Jerusalén, viendo a la esposa ascender, y no resistir, y deleitadas con los aromas de sus méritos, reconociendo también que es la esposa de aquel Salomón pacífico, la siguen con diligente compañía hasta el lecho de Salomón: porque a él se le debe el verdadero descanso en Cristo. Pues el lecho de los santos es Cristo, en el que descansan los corazones cansados de las batallas seculares. En este lecho descansó Isaac, y bendijo al hijo menor, diciendo: El mayor servirá al menor: en este lecho recostado Jacob, bendijo a los doce patriarcas: en este lecho recostada la hija del jefe de la sinagoga, se levantó de la muerte: en este lecho yacía el único hijo de la viuda, muerto, y disolvió las cadenas de la muerte llamado por la voz de Cristo. Llevada, pues, la esposa hasta el descanso del esposo, cantan el cántico nupcial, diciendo a las hijas de Jerusalén:

34. (Vers. 11.) Salid y ved en el rey Salomón la corona con la que lo coronó su madre, en el día de sus bodas. Cantan el epitalamio, y llaman a las demás potestades celestiales o almas, para que vean el amor que Cristo tiene hacia las hijas de Jerusalén. Por lo cual mereció ser coronado por su madre como hijo del amor, como Pablo muestra diciendo: Porque Dios nos libró del poder de las tinieblas, y nos trasladó al reino de su Hijo amado (Col. I, 13). Por tanto, el Hijo del amor es también amor: no teniendo amor por accidente, sino teniéndolo en su sustancia, como el reino del que dice: Para esto he nacido (Juan XVIII, 17).

35. Por eso dice, Salid, es decir, salid de las preocupaciones y pensamientos del mundo: salid de las angustias corporales: salid de las vanidades del mundo, y ved cuánta caridad tiene el rey pacífico en el día de sus bodas: cuán glorioso es, porque dio resurrección a los cuerpos, y unió las almas a sí mismo. Esta es la gran corona de la lucha, este es el espléndido don de las bodas de Cristo, su sangre y pasión. ¿Quién pudo dar más, quien ni siquiera se perdonó a sí mismo, y por nosotros entregó su vida a la muerte?

36. ¿Y qué corona de gloria sino la Iglesia que corona a su cabeza, Cristo? ¿Qué alegría de toda la tierra, sino la casa del pueblo cristiano, el aula de los santos, de quienes está escrito: Por toda la tierra salió su sonido (Salmo XVIII, 5)? Por tanto, porque la Iglesia es la corona de gloria, se dice: Salid, hijas de Sion, y ved al rey Salomón, con la corona con la que lo coronó su madre, en el día de sus bodas, y en el día de la alegría de su corazón.

37. Se dice a las almas que salgan de las chozas y encierros corporales, salgan de las preocupaciones del cuerpo, salgan de las pasiones de esta carne y del afecto resbaladizo: asciendan por encima del mundo, salgan de este mundo, encuentren a Cristo, estén preparadas con antorchas ardientes resplandecientes, como si los ángeles de Cristo dijeran: No podéis ver su claridad, su gloria, a menos que salgáis de las preocupaciones de la fragilidad humana, hijas de Jerusalén. Como si dijeran: ¿Por qué buscáis al vivo entre los muertos? (Luc. XXIV, 5). No se busca a Cristo dentro de este mundo, quien quiso que sus discípulos estuvieran por encima del mundo.

38. ¿Cuál es la corona con la que se corona a Cristo, sino la corona de gloria? José tuvo la corona de la castidad, Pablo de la justicia, Pedro de la fe. Son coronas de virtudes singulares. Solo Cristo tiene la corona de gloria, con la que la Iglesia lo coronó. En esta corona están todas las coronas; porque la gloria no es parte de una sola corona, sino el premio de todas las coronas.

CAPÍTULO CUARTO.

1. (Vers. 1.) Ahora bien, el Esposo, vuelto a la alabanza de la esposa, dice: ¡Cuán hermosa eres, amiga mía, cuán hermosa eres! tus ojos son como palomas, fuera del silencio. Hermosa en la predicación, hermosa en la conversación. También sus ojos, dice, son como palomas. Los ojos son los hombres, adornados con sentidos espirituales que son agudos para ver los misterios, y preparados para penetrar los secretos de la Escritura divina, brillando con leche racional, en los que no haya alguna confusión manchada de engaño, sino la pureza e inmaculada simplicidad de un afecto simple. Por eso, en la abundancia de aguas, mencionó después estas palomas lavadas en leche.

2. Ya entendemos que los demás dientes y mejillas, y como un hilo escarlata los labios de la esposa, son virtudes del alma y diversidades de los doctores: que proporcionen alimento espiritual a la mente con diligente administración, o que con la predicación de la cruz del Señor, como una línea del Verbo, aten al oyente: o que, modestos y de juventud floreciente, aunque se retraigan del tacto por pudor, exhalen el aroma de Cristo: y como en las mejillas, como si descendiera del sacerdotal cabeza el unguento, así también en ellos resplandezca la belleza de la doctrina.

3. Tus ojos son como palomas fuera de tu silencio; que vea espiritualmente, y sepa que hay tiempo de callar y tiempo de hablar; para que en el tiempo oportuno pronuncie su palabra, no sea que por la importunidad de hablar pueda incurrir en pecado.

4. Tus ojos son como palomas. Aquí se revela la simplicidad y gracia de la paloma, es decir, de la Iglesia. Mira, pues, la simplicidad del ojo, porque quien ve al justo y se alegra también quiere ser justo: es hermoso que se deleite en lo que quiere guardar en sí mismo, si puede: está en la naturaleza de los buenos, que el casto ame al casto, el sabio al prudente con afecto piadoso, el misericordioso al liberal, ame sus virtudes en los demás. Para muchos, incluso la vista del justo es una advertencia de corrección, para los más perfectos, alegría. Pues si hay tanto poder en lo natural, que un animal visto beneficia a los ictericios, de modo que incluso el cuerpo muerto de ese animal se dice que beneficia a quienes han caído en tal pasión, ¿podemos dudar de que la vista del justo sane, cuyos ojos son como palomas, simples y castos? Por tanto, un animal vil e irracional tiene tanto poder, que puede sanar al hombre en un momento breve, cuando se ve: ¿no conferirá nada la vista del justo, si se le mira con fe, quien desea recibir utilidad de él? ¡Cuán hermoso es, pues, que seas visto y beneficies!

5. Bueno, pues, es el hombre justo. Por eso el apóstol Pablo subió a Jerusalén, para ver a los justos: y permaneció con Pedro quince días, para aprovechar algo de su convivencia (Gal. I, 18). Por eso el mismo Pablo y Bernabé, cuando entraban en Jerusalén, eran magníficamente recibidos por la Iglesia, y los apóstoles, y los ancianos: cuando querían irse, se les rogaba que no se fueran, y como leemos después de Pablo, que era acompañado con lágrimas. ¿No parecen los mismos rayos de los ojos infundir alguna virtud, a quienes desean verlo fielmente?

6. Pero así como el justo alegra el corazón de los inocentes cuando se le ve, así los impíos se atormentan con el conocimiento de los justos, porque son reprendidos por los silenciosos modales de los santos. La castidad atormenta al incontinente, la liberalidad a la avaricia, la fe a la impiedad. Tomemos también de esto un ejemplo similar de un animal vil. Pues así como dijimos que un animal mudo beneficia cuando se ve, así percibimos que el lobo perjudica, si al ver a alguien lo precede; se dice que pierden la voz aquellos a quienes el lobo ve primero. También el basilisco (este es un serpiente nociva) si ve primero a cualquier animal, se dice que lo mata: y se alega que muere inmediatamente quien pudo ser visto por una serpiente de este tipo. También se dice que la serpiente misma muere, si es prevenida por la vista del hombre. Por tanto, si hay tanto poder en los ojos de la serpiente, o en los ojos del hombre, que si uno ve primero al otro, puede matar: ¿no hay poder en los ojos del justo, que está lleno de la gracia de la virtud, especialmente cuando la fe obra tanto; que aquella que tocó el borde del manto del Señor, fue sanada: y aquel a quien el Señor Jesús miró, inmediatamente recibió de sus ojos la gracia de la salud (Mat. IX, 22)?

7. Pero quien ve al justo, debe saber qué ve. No lo ve en el cuerpo, no en el vestido, no en el patrimonio, no en el rostro: sino que lo ve interiormente. No, digo, lo ve, a menos que vea su mente, a menos que escuche su palabra, a menos que pueda comprender su sentido, pueda asumir sabiduría de su trato. Entonces, pues, se alegrará cuando vea estas cosas, cuando las conozca. Así, pues, también nosotros, dondequiera que oigamos de un justo, apresurémonos a verlo, como aquella mujer que oyó que el Señor Jesús estaba reclinado en la casa del fariseo, y entró, y ungió sus pies con perfume (Luc. VII, 37 y 38). Seamos imitadores de ella, porque ¿quién duda que en esa mujer está figurada la Iglesia? Dondequiera, pues, que un justo se sienta, dondequiera que se recline, apresurémonos a verlo. Es precioso ver a un hombre justo, para que lo veas según la imagen de Dios. Lo que está afuera, no aprovecha nada: lo que está adentro, sana. Ciertamente, también en lo que está afuera, frecuentemente vemos a aquel que está adentro: para que si vemos a un pobre, honremos en el pobre a aquel a cuya semejanza fue hecho, de quien dice: Me disteis de comer, porque lo que disteis a uno de ellos, a mí me lo disteis (Mat. XXV, 35 y 40).

8. Tu cabellera como rebaño de cabras, que se han revelado desde el monte Galaad. Por eso la cabellera, porque la virtud de todos los sentidos está en la cabeza: Porque los ojos del sabio están en su cabeza (Ecl. II). Por tanto, la profunda prudencia de los doctores, que puede revelar lo que está oculto, y abrir lo alto de los sentidos.

9. (Vers. 2.) Tus dientes como rebaño de ovejas trasquiladas, que suben del lavadero, todas ellas tienen mellizos, y no hay estéril entre ellas. Lo que en apariencia se dice de las cabras, mística y espiritualmente debe entenderse del rebaño de la Iglesia. No te parezcan viles estos animales, ves que este rebaño se alimenta en las alturas, audaz en el monte. Así que donde hay precipicios para otros, allí no hay peligro para las cabras: donde hay peligro para otros, allí está el alimento de ese rebaño, allí el alimento más dulce, allí el fruto más selecto. Se observan desde sus pastores, colgando de la roca espinosa, donde no pueden estar los ataques de los lobos, allí los árboles fecundos proporcionan fruto íntegro. Se puede ver que están llenas de leche abundante, preocupadas con maternal piedad por su tierna descendencia. Por eso el Espíritu Santo las eligió, para compararlas con el venerable coito de la Iglesia.

10. Y para que lo escuches mística y espiritualmente, la cabellera es la altura y cierta eminencia de las almas justas; porque el sentido del sabio está en su cabeza. Pues en la altura del pensamiento humano es cierto que está la sabiduría. Y así como se trasquilan las cabras, para que dejen lo superfluo: así también el rebaño de almas trasquiladas, es decir, las virtudes de muchas almas tiene la santa Iglesia, en el que no puedes encontrar nada insensible, nada

superfluo; porque la fe hizo sabios, y la gracia espiritual los limpió de toda mancha de lo superfluo.

11. Con razón, pues, las almas de los justos están reveladas, y reveladas desde el monte Galaad, es decir, desde la transmigración del testimonio, porque el testimonio celestial migró de la Sinagoga a la Iglesia. En este monte, pues, nace el incienso, la resina, y los demás aromas que aquellos mercaderes ismaelitas llevaban (Gen. XXXVII, 25). Así que como las cabras, alimentadas con buenos alimentos, y floreciendo con el calor del sol, se lavan en el río, y exultantes se levantan limpias del río: así las almas de los justos ascienden del lavacro espiritual.

12. Estas son verdaderamente las que engendran mellizos, en las que no hay infecundidad alguna de virtudes, ninguna esterilidad de méritos. Bien engendran mellizos, porque duplican sus sentidos; de donde tienes escrito en los Proverbios: Y tú escribe esto para ti tres veces, en consejo y en conocimiento (Prov. XXII, 20). Precedió la escritura triple, y añadió dos, consejo y conocimiento. Pero el conocimiento es doble, uno de las cosas incorpóreas, otro de las corporales; de donde también en los posteriores tienes: Tus dos pechos son como dos crías mellizas de gacela, que se alimentan entre lirios, hasta que sople el día, y se inclinen las sombras (Vers. 5).

13. Hablamos de fecundidad, hablemos de los dientes. Pues muchos navegantes, y los que se apresuran en el camino terrestre, cuando ven algún lugar hermoso, se demoran por el placer, alimentan sus ojos y alivian su ánimo. No se considera demora alguna en el viaje, sino gracia. Así también para nosotros es grato considerar los hermosos dientes de las almas justas; pues la Escritura enseñó que los dientes de los justos son hermosísimos, diciendo según la letra de Judá el patriarca, pero espiritualmente de Cristo; Sus ojos son más brillantes que el vino, y sus dientes más blancos que la leche (Gén. XLIX, 12). En lo cual ciertamente no proclamó las funciones de la carne humana, sino los dones de la gracia divina. Enseña, pues, el ejemplo, que los dientes no deben pasarse por alto, donde hemos disertado sobre los ojos.

14. ¿Quiénes son, pues, los dientes de las almas justas sino aquellos que, recibiendo el alimento informe y duro, a veces frío, a veces excesivamente caliente, ahora lo trituran, ahora lo calientan, ahora lo templan, según sea la calidad de los alimentos? Trituran lo duro, para que la aspereza de la letra en el Antiguo Testamento y el rigor del entendimiento secular, a menos que sea resuelto por el diente espiritual, no obstruya los mismos vitales con los pasajes cerrados de los libros saludables, y una cierta gula del alma con descuidada voracidad lo asfixie. Es conveniente, pues, que divides primero, si te parece sólido el alimento que se toma, y lo distingas; y suavizado sin daño alguno al alma, lo transfundas en todos sus miembros con natural división; para que todo su cuerpo se banquetee con el jugo vital, no tomes nada cadavérico, nada muerto con tu boca, no sea que se diga: Su garganta es un sepulcro abierto (Salmo XIII, 3). Sino que bebas la palabra viva, para que pueda obrar en las entrañas de tu mente. Estos dientes son más blancos que la leche; porque son los dientes de los justos.

15. Finalmente, aunque todos nuestros padres fueron bautizados en Moisés en la nube y en el mar, no está escrito en vano: "Porque todos comieron el mismo alimento espiritual, y todos bebieron la misma bebida espiritual" (I Cor. X, 3 y 4); para que a estos dientes de los santos se les añadiera un mayor resplandor, a quienes, después del paso del Mar Rojo, reconocemos que fueron purificados por la amargura del manantial de mirra, suavizada por la gracia del árbol (Éxodo XV, 25); luego por la bebida de las doce fuentes, y finalmente por el riego de la

pedra que vomitaba agua espiritual; porque la piedra era Cristo (I Cor. X, 3 y 4). Por eso también comieron el maná (Núm. XX, 11), para que, lavados tantas veces, comieran el pan, como está escrito, de los ángeles (Salmo LXXVII, 25). Ahora también en los misterios del Evangelio reconoces a los bautizados, aunque con todo el cuerpo, pero después purificados con alimento y bebida espiritual; porque ese es el verdadero resplandor de los dientes, donde resuena la confesión sonora de una mente bien consciente. Ese es el ojo puro, que ninguna viga de pecados graves ha deprimido, que ninguna paja de impurezas leves ha turbado.

16. Tus dientes son como un rebaño de ovejas esquiladas, que suben del lavadero, que todas crían gemelos, y no hay estéril entre ellas. No es esta una alabanza mediocre, primero por la adecuada comparación con las ovejas esquiladas; pues sabemos que las cabras pastan sin peligro en las alturas, y seguras toman alimento en los precipicios, y luego, cuando son esquiladas, se liberan de lo superfluo. A este rebaño se compara la Iglesia, teniendo en sí muchas virtudes de almas, que a través del lavacro dejan los pecados superfluos, que llevan a Cristo la fe mística y la gracia moral, que hablan de la cruz del Señor Jesús. En estas cosas es hermosa la Iglesia, de donde Dios el Verbo le dice: "He aquí que eres hermosa, mi amiga: he aquí que eres hermosa; tus ojos son como palomas. Toda eres hermosa, mi amiga, y no hay reproche en ti"; porque la culpa ha sido sumergida. Ven aquí desde el Líbano, esposa, ven aquí desde el Líbano, y pasarás desde el principio de la fe; porque renunciando al mundo, ha pasado el siglo, ha pasado a Cristo.

17. (Vers. 3.) Tus labios son como un hilo de escarlata. En el escarlata resplandece la apariencia del fuego y la sangre de la cruz del Señor. Los labios escarlata del Señor, que hablaban de su propia pasión. Finalmente, en el Éxodo, el escarlata se colocó en lugar del fuego (Éxodo XXV, 4). Porque el mundo no está hecho de escarlata, sino de cuatro elementos. Pero en el escarlata se expresa la figura del fuego, cuyo vapor, si no penetrara el cielo y el aire, los mares y las tierras, todo se disolvería como si sus fuerzas estuvieran agotadas. Por lo tanto, a través del hilo reconocemos el vínculo de la persuasión, a través del escarlata o el ardor del deseo que chispea en las almas de los oyentes, o la indicación de la pasión.

18. (Vers. 4.) Tu cuello es como la torre de David, edificada para un arsenal, de la cual cuelgan mil escudos, todos escudos de valientes. Erguido hacia Dios el cuello, y hábil para el yugo de Cristo, que no se doblega con ninguna inclinación de las tentaciones terrenales; como es la torre real de Cristo, a la que Nabucodonosor no puede imponer su yugo. Porque David, el de mano fuerte, construyó esa torre, y la edificó sobre las alturas de los muros; para que sea tanto de ayuda como de adorno: de ayuda, porque prevé y expulsa al enemigo: de adorno, porque no solo sobresale entre lo humilde, sino también entre lo elevado. Así, sin embargo, de ayuda o de adorno, si tiene en sí los dogmas de la palabra como ciertos collares de adornos: también tiene los dardos de los poderosos profetas, que se dirigen con ciertos brazos de fe contra toda altitud que se exalta a sí misma.

19. No conduzcas, por tanto, tu alma al polvo de la muerte, a la que el Señor también ha dado una altura natural y vigor, para que se despierte y se levante. De donde también se toma oportunamente lo dicho sobre esta unión del alma y el cuerpo, ya que en el misterio natural de nuestra vida, el alma unida al cuerpo como si reptara por el suelo, y se adhiere al pavimento, en parte por esta morada terrenal, en parte porque este cuerpo es de tierra. Y tanto la morada de la región como la misma materia de nuestro cuerpo concurren a esta sentencia. Por eso el Apóstol desea ser liberado de este cuerpo de muerte; porque estamos encerrados en una especie de cárcel, y situados en una especie de mazmorra de lujuria, envueltos en las tinieblas de los delitos.

20. Por lo tanto, caminemos según la voluntad de Dios, para que se diga que nos adherimos a Dios. Porque quien vive según el deseo del cuerpo, es carne: quien vive según los preceptos de Dios, es espíritu. No permitamos, por tanto, que nuestra alma se convierta en carne, es decir, que se nos llame carne; como aquellos que perecieron en el diluvio, de quienes se dijo: "Porque son carne" (Génesis VI, 3). Pero más bien, que nuestra carne, obediente al gobierno del alma, se convierta en alma, y merezca ser llamada por este nombre; como fue llamada la familia del patriarca Jacob, y la santa posteridad de su generación; pues así está escrito: "Estos son los hijos de Bala, que Labán dio a su hija Raquel: ella dio a luz a Jacob siete almas". Y allí mismo: "Y todas las almas que entraron con Jacob en Egipto, que salieron de sus lomos, sin contar las esposas de sus hijos, fueron sesenta y seis" (Génesis XLVI, 25 y 26). Y al principio del Éxodo leemos: "Y todas las almas de Jacob eran setenta y cinco" (Éxodo I, 5).

1583 21. Por lo tanto, aquellos que habitaban con José, y salieron de Egipto, son almas: pero aquellos que, siendo ángeles de Dios, es decir, imitando la gracia de la vida de los ángeles (Porque quienes no se casan, y quienes no se dan en matrimonio, serán como los ángeles de Dios en el cielo); aquellos que, por tanto, parecían ángeles, fueron cautivados por la belleza femenina, estos son carne, como dijo el Señor Dios: "No permanecerá mi espíritu en el hombre para siempre, porque son carne" (Génesis VI, 3). Y con razón, aquellos que están libres de lujuria, son comparados con los ángeles, porque no son carne, ya que no están en la carne, sino en el espíritu: como eran aquellos que seguían al maestro Apóstol, a quienes dijo: "Pero vosotros no estáis en la carne, sino en el Espíritu" (Rom. VIII, 9). Pero aquellos que son capturados por la lujuria corporal de las mujeres, son carne: y ojalá fueran solo carne, y no también caballos relinchando! Porque, dice, "relinchaban tras la esposa de su prójimo" (Jeremías V, 8).

22. (Vers. 7.) "Toda eres hermosa, mi amiga, y no hay reproche en ti". ¿Quién puede considerar mayor belleza que la de aquella que es amada por el rey, aprobada por el juez, dedicada al Señor, consagrada a Dios? Siempre esposa, siempre virgen; para que ni el amor tenga fin, ni la modestia pérdida. Esta es, sin duda, la verdadera belleza, a la que nada le falta, que sola merece escuchar del Señor: "Toda eres hermosa, mi amiga, y no hay reproche en ti".

23. (Vers. 8.) "Ven aquí desde el Líbano, ven aquí desde el Líbano: pasarás y atravesarás desde el principio de la fe, desde la cumbre de Sanir y Hermón, desde los escondites de los leones, desde los montes de los leopardos". Con estos indicios se muestra la belleza perfecta e irreprochable del alma virginal, consagrada a los altares divinos, no inclinada a los encuentros y escondites de las bestias espirituales, sino atenta a los misterios de Dios, mereciendo el amor, cuyos pechos están llenos de alegría; porque el vino alegra el corazón del hombre.

24. Y el olor, dice, de tus vestiduras, es como el olor del Líbano. Ven desde el Líbano, esposa, ven desde el Líbano: pasarás y atravesarás desde el principio de la fe: pasarás al siglo luchando, atravesarás a Cristo triunfando sobre el siglo. Has oído que te ha separado de las incursiones de los leones y leopardos, es decir, de las iniquidades espirituales: has oído que le agrada la belleza de tus virtudes.

25. Ven aquí desde el Líbano, esposa, ven aquí desde el Líbano: pasarás y atravesarás desde el principio de la fe, desde la cumbre de Sanir y Hermón, desde las cuevas de los leones, desde los montes de los leopardos; es decir, sal del cuerpo, y entrégate por completo. Porque no puedes estar presente para mí, a menos que primero te alejes del cuerpo; ya que quienes

están en la carne, están alejados del reino de Dios. Ven, dice, ven. Bien lo repitió, porque ya sea presente o ausente, debes estar presente y agradar a tu Señor Dios: está presente, está ausente, aunque aún estés en el cuerpo; porque para mí todos están presentes, aquellos cuya fe está conmigo. Está presente para mí quien ha salido del siglo: está presente para mí quien me piensa, me contempla, espera en mí, para quien yo soy su porción: está presente para mí quien ha estado ausente de sí mismo: él está conmigo, quien no está dentro de sí mismo; porque quien está en la carne, no está en el espíritu: él está conmigo, quien sale de sí mismo: él está cerca de mí quien está fuera de sí mismo: él es íntegro para mí, quien por mí ha perdido su alma; y por eso, "Ven, ven, esposa; pasarás y atravesarás desde el principio de la fe". Pasa y atraviesa a los demás, quien ha llegado a Cristo: pasa por el mérito de la fe, y por la claridad de las obras, que brilla como Sanir y Hermón, es decir, como el camino de la lámpara: pasa venciendo las tentaciones del siglo, y superando las iniquidades espirituales, buscando la corona del legítimo combate.

26. (Vers. 9.) "Has herido mi corazón, hermana mía, esposa, has herido mi corazón con uno de tus ojos, y con uno de los cabellos de tu cuello". Porque estos son los ojos de la mente, los ojos, es decir, del hombre interior, no estos ojos que cumplen la función de la vista. Porque hay un ojo tanto de la mente como de la carne, pero ese ojo es ciego que no ve las cosas divinas, que en vano está inflado con la mente de la carne. Hay también otro ojo del sentido de Cristo, con el que la Iglesia ve a Cristo, como él mismo dice a la Esposa: "Con el corazón me has capturado con uno de tus ojos". Con razón se ve a Cristo con un solo ojo, porque no se ve con el ojo carnal, o porque teniendo dos ojos la Iglesia, el moral y el místico, ve más a Cristo con el ojo de la fe; porque el ojo místico es más agudo, el moral más dulce.

27. Y tal vez estos son los ojos con los que Pablo veía las cosas eternas, cuando comenzó a no ver las temporales. Finalmente, quien no veía a Cristo, antes de perder los ojos, lo vio después de haber perdido la vista de los ojos; porque vio a quien dijo: "¿Quién eres, Señor?" (Hechos IX, 5). Sin duda veía a Cristo, a quien también llamaba Señor. Y más adelante, "Señor", dice, "¿qué quieres que haga?" ¿No veía, entonces, a aquel cuyo mandato esperaba? ¿Con qué ojos, entonces, comenzó Pablo a ver más, sino con aquellos que él mismo nos mostró, diciendo: "Oraré con el espíritu, oraré también con la mente" (I Cor. XIV, 15)? Finalmente, para que sepas que vio orando: "Sucedió", dice, "que cuando regresaba a Jerusalén, mientras oraba en el templo, tuve un éxtasis, y vi a él diciéndome: Apresúrate, sal pronto de Jerusalén; porque no recibirán tu testimonio acerca de mí" (Hechos XXII, 17 y 18).

28. Estos, por tanto, son los ojos que desfallecen por la palabra de Dios, y dicen: "¿Cuándo me consolarás?" Con estos ojos se llamaban videntes a los profetas, porque por revelación veían con la mente las cosas que estaban ocultas. Pero porque el ojo de la mente y el ojo de la carne son un solo ojo, y entonces el hombre es sostenido por la consolación, cuando la carne y la mente no desean cosas diferentes, sino que desean una sola cosa, y buscan una sola cosa; por eso, atentos a aquel que dice: "Yo y el Padre somos uno" (Juan X, 30). Estos ojos también confiesan ser uno; porque con un solo deseo y función actúan.

29. (Vers. 10.) "Tus pechos son más hermosos que el vino, y el olor de tus ungüentos sobre todos los aromas". Y más adelante: "El olor de tus vestiduras es como el del Líbano". Mira qué progreso nos concedes, virgen. Porque tu primer olor es sobre todos los aromas, que fueron enviados en la sepultura del Salvador, y huele a que los movimientos muertos del cuerpo y los placeres de los miembros han perecido. Tu segundo olor, como el olor del Líbano, exhala la integridad del cuerpo del Señor, la flor de la castidad virginal. Que tus obras, por tanto, compongan un panal de miel. El olor también de las vestiduras es el olor de nuestros actos. Acerca, por tanto, tus manos a tus narices, y explora el olor de tus actos con

incansable y vigilante agilidad de mente. Te deleitará el olor de tu mano derecha, y tus miembros exhalarán la fragancia de la resurrección, tus dedos sudarán mirra, es decir, las obras espirituales exhalarán la gracia de la verdadera fe. Por lo tanto, virgen, obtienes placer de tu cuerpo interior, y tú misma eres dulce para ti, tú misma eres agradable para ti, tú misma (lo que a menudo sucede a los pecadores) no comienzas a disgustarte.

30. (Vers. 11.) "Panal que destila, tus labios, esposa". Que tus obras, por tanto, compongan un panal de miel; porque la virginidad es digna de ser comparada con las abejas, así de laboriosa, así de casta, así de contenida: la abeja se alimenta de rocío, no conoce el concubinato, compone miel. El rocío también es para la virgen la palabra divina; porque como el rocío descienden las palabras de Dios. La pureza de la virgen es la naturaleza inmaculada, el fruto de la virgen es el fruto de los labios, sin amargura, fértil en dulzura: el trabajo es común, el fruto es común. ¡Cuánto deseo, hija, que seas imitadora de esta abeja, cuyo alimento es la flor, cuya descendencia se recoge con la boca, se compone con la boca! Imítala tú, hija; que tus palabras no tengan ningún velo de engaño, ningún envoltorio de fraude; para que tengan pureza, y sean llenas de gravedad. Que también la eterna posteridad de tus méritos nazca de tu boca, y no solo para ti, sino también para muchos congregues, porque ¿qué sabes cuándo se te pedirá tu alma? No sea que, dejando los graneros llenos de trigo acumulado, que no serán útiles para tu vida ni para tus méritos, seas arrebatada a un lugar donde no puedas llevar tu tesoro. Sé, por tanto, rica, pero para el pobre, para que los partícipes de tu naturaleza también sean partícipes de tus bienes.

31. "Panal que destila tus labios, esposa". Enséñanos, Salomón, qué es el panal. Porque tú dijiste: "Panal de miel son las palabras buenas" (Prov. XVI, 24). Y verdaderamente es un buen panal, que la Iglesia come, exhalando la miel acumulada con la abundancia espiritual de muchos profetas. Esta es la miel de la que dice: "He comido mi pan con mi miel" (Cant. V, 1). Los labios del predicador destilan miel, cuando los miembros del alma caída, golpeados por duros casos o ruinas, son restaurados. Tus labios destilan un panal, esposa, miel y leche bajo tu lengua; porque la boca del justo destila sabiduría: de la boca del justo proceden las mieles de la suavidad y la misericordia: en la boca del justo no hay engaño, no hay falsedad, no hay amargura de pecado. La Iglesia escucha las palabras del justo, el pueblo de Dios escucha las palabras del sabio, se deleita con la suavidad del discurso, se complace con la dulzura de la discusión moral, diciendo: "¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras, más que la miel y el panal a mi boca!" (Salmo CXVIII, 103). Porque la miel de las abejas deleita por un momento, pero pronto su sabor se desvanece, y a menudo las entrañas viciosas se dañan: pero las mieles de las palabras morales, aunque pican, no dañan.

32. Sin embargo, reconoce a quién se le confían; porque está escrito: "No digas nada al oído del insensato; no sea que se burle de tus prudentes palabras" (Prov. XXIII, 9). Porque el necio vomitará y rechazará tu palabra, quien no puede sentir su dulzura. ¿Cómo pueden ser dulces las palabras de Dios en tu paladar, en el que hay amargura de maldad? ¿Cómo "miel y leche bajo tu lengua", cuando tu lengua compone engaño; para que concibas una cosa en el corazón, y presentes otra en el discurso público, para engañar al incauto? Cuando el apóstol Pedro te dice que dejes toda malicia, y deseches el disfraz de la simulación, diciendo: "Como niños recién nacidos, racionales y sin engaño, desead la leche" (I Pedro II, 2). Mostrándonos, por tanto, qué es tener miel y leche bajo la lengua, nos enseña a no maldecir a los que maldicen, sino a devolver bendición: a no saber odiar sino el camino de la iniquidad, para que evitemos hacer lo que aborrecemos con un afecto que se resiste.

33. (Vers. 12.) "Huerto cerrado, hermana mía, esposa, huerto cerrado, fuente sellada. Tus brotes, etc." Porque en tales huertos la imagen de Dios impresa con sellos, resplandece con el

agua de la fuente pura, y no se turban las corrientes esparcidas con el lodo de los revolcaderos de las bestias espirituales. De aquí se encierra el pudor, rodeado de un muro espiritual, para que no esté expuesto al robo. Así como un huerto inaccesible a los ladrones, exhala la vid, arde el olivo, resplandece la rosa; para que en la vid esté la religión, en el olivo la paz, en la rosa el pudor de la virginidad consagrada. Este es el olor que exhaló el patriarca Jacob, cuando mereció escuchar: "He aquí el olor de mi hijo, como el olor de un campo lleno" (Génesis XXVII, 27). Porque aunque el campo de los santos patriarcas estaba lleno de casi todos los frutos, sin embargo, aquel generó frutos con un mayor trabajo de virtud, este flores. Ármate, por tanto, virgen, y si deseas que este huerto te inspire, ciérralo con los preceptos proféticos: "Pon guarda a tu boca, y puerta de contención a tus labios" (Salmo CXL, 3).

34. "Huerto cerrado, hermana mía, esposa, huerto cerrado, fuente sellada; tus brotes son un paraíso de granadas, con fruto de manzanas de Ciprés". Se alaba a la Esposa porque es un huerto, teniendo en sí el olor de aquel campo lleno, del cual dice Isaac: "El olor de mi hijo, como el olor de un campo lleno" (Génesis XXVII, 27). Por lo tanto, el alma buena exhala los olores de la justicia. Y tal vez el patriarca es el campo, el huerto es el alma de alguien inferior, como una porción del campo: y "Huerto cerrado", para que no sea atacado por las bestias: y "Fuente sellada", que con la integridad del sello, y la perseverancia de la fe, ha lavado sus propios pecados. Porque quien ha recibido de la Iglesia; tiene lo que puede referir a la gracia de la virginidad; porque, colocada en el paraíso de la delicia, sin trabajo obtiene frutos espirituales, para que las almas de los patriarcas, con un cierto trabajo rural de su alma, le ofrezcan sus frutos, para que esta pueda obtener la dulzura perpetua: que con razón se llama fuente sellada, porque en ella se expresa la imagen del Dios invisible.

35. Hortus conclusus, hermana mía, esposa, hortus conclusus, fuente sellada. Todos los doctores coinciden en el paraíso, y el árbol de la vida enraizado y el árbol del conocimiento, que distingue el bien del mal: y los demás árboles llenos de vigor, llenos de vivificación, respirantes y racionales. De esto se deduce que el mismo paraíso terrenal puede verse, no en un lugar solo, sino en nuestro ser principal, donde el alma es animada y vivificada por las virtudes y la infusión del Espíritu Santo. Finalmente, Salomón en espíritu declaró claramente que el paraíso está en el hombre. Y porque expresa los misterios del alma y del Verbo, o de Cristo y la Iglesia; por eso dice de la virgen alma o Iglesia, que quería asignar como virgen casta a Cristo: Paraíso cerrado, hermana mía, esposa, paraíso cerrado, fuente sellada. Paraíso en griego, en latín se dice jardín. Finalmente, Susana estaba en el paraíso, y así se lee en latín: y Adán estaba en el paraíso, y así leemos. Por lo tanto, no te perturbe que algunos códices latinos tengan jardín, otros paraíso. Allí, pues, está la esposa casta, donde también está la virgen. Aunque la virgen exceptuada tiene sus clausuras y sellos, pero ambas en el paraíso; para que contra el ardor del cuerpo y la pasión de la carne se refresque con los umbrales de las virtudes.

36. Por lo tanto, el paraíso está en nuestro ser principal, floreciendo con los plantíos de muchas opiniones, en el cual Dios estableció principalmente el árbol de la vida, es decir, la raíz de la piedad. Porque esa es la sustancia de nuestra vida, si rendimos a nuestro Señor y Dios el culto debido. También estableció el semillero del conocimiento del bien y del mal; porque el hombre es el único entre los demás seres animados terrenales que tiene conocimiento del bien y del mal. También allí hay diversos plantíos, cuyos frutos son las virtudes. Pero porque el afecto del hombre, capaz de conocimiento, fue conocido por Dios, que se inclinaría más rápidamente hacia la astucia que hacia la máxima prudencia; y no podía ocultarse al juez que estableció límites ciertos en nuestra alma, la calidad de su obra: quiso eliminar la astucia del paraíso, como un autor providente de nuestra salvación, e infundir el

estudio de la vida y la disciplina de la piedad. Por eso ordenó al hombre que de todo árbol que está en el paraíso se podía comer, pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no se debía comer. Pero porque toda criatura está sujeta a la pasión, por eso la delectación se infiltró en los afectos humanos como un deslizamiento serpentino.

37. Así que no sin razón Moisés santo figuró la delectación con la similitud de la serpiente; porque se inclina hacia el vientre como la serpiente, no caminando con pies, ni elevada por piernas: sino con un sinuoso giro de todo su cuerpo, como resbaladiza. La tierra es su alimento como para la serpiente, porque no conoce el alimento celestial; se alimenta de lo corporal, y se transforma en varias especies de deseos, y se angula en tortuosos recovecos. Tiene veneno en los dientes, con los cuales cada lujurioso se destripa a sí mismo, el glotón se mata, el devorador se aniquila. ¡Cuántos han sido rotos por el vino, disueltos por la embriaguez, distendidos por la indigestión! Ahora entiendo por qué el Señor Dios sopló en el rostro del hombre; porque allí están todos los sentidos, allí la sede y el atractivo de la delectación, en los ojos, oídos, narices, y en la boca; para que nuestros sentidos se hicieran más fuertes contra la delectación. Por lo tanto, esto nos infundió astucia como la serpiente; porque no es la delectación, sino el trabajo y la meditación prolongada con la gracia de Dios lo que da la prudencia perfecta. Sin embargo, porque la herencia del género humano está envuelta en los fraudes de la serpiente, sigamos la astucia de la serpiente en eso, para que no arrojemos nuestra cabeza a los peligros, sino que la conservemos íntegra sobre todo; pero nuestra cabeza es Cristo. Que esto permanezca intacto, para que los venenos de la serpiente no nos puedan dañar: porque buena es la sabiduría con la herencia, es decir, con la fe; porque es la herencia de los que creen en el Señor.

38. Pero si el primer hombre, que hablaba con Dios en el paraíso, pudo caer tan fácilmente, creado de la tierra virgen, que había sido formada y creada por la palabra de Dios en su reciente surgimiento, aún no manchada por la sangre parricida y de los demás, ni contaminada por crímenes y deshonor, aún no condenada nuestra carne por la maldición de la herencia: ¡cuánto más fácilmente después, el camino resbaladizo hacia el pecado, trajo un mayor precipicio al género humano, cuando lo peor sucedió a lo más tolerable por turnos de generación! Porque si la piedra imán tiene tal fuerza natural, que atrae el hierro hacia sí, y se transfiere a su especie; de modo que para muchos que quieren experimentar, cuando acercan varios anillos de hierro a esa piedra, todos los sostiene de igual manera: luego, si a ese anillo al que se ha adherido la piedra, le acercas otro anillo, y nuevamente por orden los sustituyes; aunque en todos penetre por orden la fuerza de la naturaleza de esa piedra, sin embargo, los primeros los sujeta con un vínculo más fuerte, los posteriores con uno más débil: ¡cuánto más la condición y naturaleza del género humano, ha caído de un estado más puro a uno peor, cuanto más ha tocado lo más vil! Porque si por esas especies se disminuye la naturaleza, que no son capaces de culpa: ¡cuánto más por los ánimos y miembros manchados por la mancha de los crímenes, se debilita su virtud! De donde, porque venciendo la malicia, la inocencia había sido abolida, no había quien hiciera bondad, no había hasta uno. Vino, pues, el Señor, que reformara la gracia de la naturaleza, más aún, la aumentara; para que donde abundó el pecado, sobreabundara la gracia.

39. Por lo tanto, está claro que el autor del hombre es Dios, y que es un solo Dios, no muchos dioses, sino uno que hizo el mundo, y uno, no muchos mundos, como dicen los filósofos. Primero, pues, creó el mundo, luego al habitante del mundo, para quien todo el mundo sería patria: porque si hoy dondequiera que vaya el sabio, en todas partes es ciudadano, en todas partes entiende lo suyo, en ninguna parte se juzga extranjero, en ninguna parte huésped: ¡cuánto más aquel primer hombre, era habitante de todo el mundo, y como se dice en griego, cosmopolita, reciente conversador de Dios, ciudadano asiduo de los santos! plantado con

virtudes, puesto sobre todos los seres animados terrenales, marinos, volátiles, consideraba todo el mundo su posesión, que el Señor protegía como su obra, ni como buen padre y autor lo abandonaba. Finalmente, hasta el punto de que lo creado lo cuidó, que al repudiado lo redimió, al eliminado lo recibió, al muerto lo resucitó con la pasión de su hijo unigénito. Es, pues, Dios el autor del hombre, y ama su obra el buen operador, ni abandona el buen padre, a quien también como rico padre de familia redimió con el censo de su propia herencia.

40. Cuidémonos, pues, de que este hombre, es decir, el nous, esa mujer, es decir, la pasión de nuestros sentidos, no lo afemine con delectación y ella misma engañada y burlada, y lo arrastre circunscrito a sus leyes y sentencia. Evitemos la delectación como a la serpiente, tiene muchas artes y especialmente en el hombre. Porque otros seres animados son capturados por la avidez de comida; el hombre cuando tiene más sentidos de ojos y oídos, tanto mayores peligros. Por lo tanto, cuida que el vigor de tu mente, inclinado por una especie de unión de voluptuosidad corporal, no se ablande, y se disuelva en todos sus abrazos, y abra su fuente, que debe estar cerrada y cercada por el estudio de la intención y la consideración de la razón: Porque el jardín es cerrado, la fuente sellada. Porque con el sentido de la mente resuelto, se derraman las delectaciones corporales perniciosas en exceso, y fluyendo en un apetito lleno de grave peligro; que si hubiera permanecido la custodia considerada de la mente viva, las habría refrenado.

41. (Vers. 3, 4.) Tus emisiones, dice, son un paraíso de granadas con fruto de manzanas, cipreses con nardo, nardo y azafrán, caña y canela con todos los árboles del Líbano, mirra y áloe con todos los primeros unguentos. Se alaban los dones del alma que fueron enviados por el Esposo, con los cuales venía dotada (para Dios, los buenos olores del alma piadosa son), mirra, áloe, azafrán y otros, con los cuales respira la gracia de los jardines, y se abole el hedor de los pecados. Por lo tanto, tan segura de la alabanza, pide que el aquilón, viento pesado, repose, para que no disperse las flores: que sople el austro, es decir, que pase el invierno, y florezca la suavidad de un soplo más suave. Invita al Esposo a su jardín, desciende el esposo, y deleitado por la diversidad de sus frutos, se alegra de haber encontrado un alimento más fuerte, también más dulce. Porque es como un cierto pan del Verbo y miel, otro discurso más vehemente, otro más persuasivo. Hay también una fe más ferviente, como el vino; otra más luminosa, como es el jugo de la leche. Este alimento Cristo lo disfruta en nosotros, esta bebida bebe, y con su embriaguez nos provoca, para que de lo inferior hagamos un exceso hacia lo mejor y óptimo.

42. Al escuchar esto, el alma bebió la embriaguez de los misterios celestiales, y como adormecida por el vino, y como puesta en un exceso o estupor, dice: Yo duermo, y mi corazón vela (Cant. V, 2). Entonces, golpeada por la luz del Verbo presente, es despertada por el Verbo. Este es el cuarto proceso del alma. Primero, impaciente de caridad, y no soportando las demoras del Verbo, rogaba para merecer los besos, y mereció ver lo deseado. Segundo, introducida en la cámara del rey, mientras mezclaba mutuas palabras, descansó a su sombra, y de repente el Verbo se fue en medio del discurso; sin embargo, no estuvo ausente mucho tiempo para quien lo buscaba, sino que saltando sobre los montes y brincando sobre las colinas llegó. Y no mucho después, como un corzo o un cervatillo, mientras hablaba con su amada, saltó y la dejó. Tercero, cuando en el lecho y en las noches, en la ciudad y en el foro, en las plazas buscado no lo encontró, y en algún momento con sus oraciones la gracia lo llamó de vuelta, incluso hasta el punto de ser llamada más cerca por el esposo. Cuarto, ya dormida, es despertada por él, aunque su corazón velaba; para que inmediatamente escuchara la voz del que llama: pero sufrió demora, mientras se levantaba (porque no pudo comprender la velocidad del Verbo), mientras abría la puerta, el Verbo pasó, y ella salió en su Verbo: y por las heridas lo buscó, pero heridas de caridad, apenas finalmente lo encontró, y lo sostuvo,

para no perderlo después. En resumen, he tocado esto con un discurso breve, ahora discutamos cada uno.

43. (Vers. 15.) Fuente de jardines, pozo de aguas vivas, que fluyen con ímpetu desde el Líbano. Tienes esto en Salomón, porque sus Proverbios son morales, Eclesiastés es natural, en el cual desprecia como vanidades este mundo: sus Cánticos de los Cánticos son místicos. Tienes también en el profeta: Sembrad para vosotros justicia, cosechad para el fruto de la vida, iluminad para vosotros la luz del conocimiento (Ose. X, 12); porque esta es la luz del conocimiento, tener la perfección de la caridad. Por eso se dijo: No temas (Juan XII, 15); porque la caridad excluye el temor afuera.

44. Para que sepamos, además, que Salomón interpretó así estos tres pozos que cavó Jacob; para referirlos a la doctrina moral y natural y mística, en cada uno de sus libros, que escribió sobre morales y naturales o místicos, puso estos pozos. Porque también en los Proverbios, cuando decía que se debía evitar la apariencia de la seducción secular, dijo: Bebe agua de tus vasijas, y de los manantiales de tus pozos, y que te sobreabunden las aguas de tu fuente (Prov. V, 15). Y más adelante: Que tu fuente de agua sea para ti propia, y alégrate con la esposa de tu juventud (Ibid., 18); porque contra las tentaciones del mundo, el verdadero remedio para nosotros es la sabiduría. La doctrina moral también, que diluye la imagen de la voluptuosidad mundana teñida con ciertos maquillajes de meretrices con su riego, y limpia con el flujo de su fuente.

45. De los naturales también tienes en Eclesiastés: Me hice estanques de agua para regar de ellos el bosque germinante (Ecles. II, 6). No te perturbe que en lugar de pozo haya puesto estanques, porque también Moisés llamó pozo a la amplitud; porque de toda preocupación y angustia se libera, quien con una mente piadosa trasciende este mundo. No sin razón, pues, Eclesiastés tiene estanques, quien vio que no hay abundancia bajo el sol: pero si alguien quiere abundar, que abunde en Cristo.

46. De los místicos, también nos queda el pozo, que también encontramos en los Cánticos de los Cánticos, diciendo la Escritura: Fuente de jardines, pozo de agua viva, y con ímpetu descendente del Líbano. Porque si persigues la profundidad de los misterios, el pozo te parece como si la sabiduría mística estuviera situada en lo profundo: si deseas extraer la abundancia de la caridad, que es mayor y más abundante que la fe y la esperanza, entonces es para ti una fuente. Porque la caridad es exuberante, para que puedas extraerla de cerca, y regar con su abundancia tu jardín, rebosante de frutos espirituales. Y porque el mismo pozo es de amplitud, quien tiene caridad; por eso dijo, porque donde hay caridad, allí descende un gran ímpetu del Líbano.

47. Para que nada te perturbe, que lo haya llamado tanto pozo como fuente; también el Evangelio te instruya, en el cual está escrito: Porque Jesús vino a una ciudad de Samaria, llamada Sicar, junto al terreno que Jacob dio a su hijo José (Juan IV, 5 y 6). Y allí estaba la fuente de Jacob: Y cansado, dice, se sentaba así sobre el pozo. De donde también allí conocemos que este pozo se refiere a la doctrina mística, porque allí la samaritana, es decir, la guardiana (guardiana de los preceptos celestiales) extrajo de ese pozo los misterios divinos, reconociendo que Dios es espíritu, y no se adora en un lugar, sino en espíritu: y que el Mesías ha venido, que es Cristo. Habiendo escuchado esto, aquella mujer que representa la figura de la Iglesia, conoció los sacramentos de la Ley y creyó.

48. Fuente de jardines, pozo de aguas vivas, y con ímpetu descendente del Líbano. La Iglesia ha conducido estos ímpetus desde el Líbano, con este ímpetu se lavan los pecados, con este

ímpetu la fuente pura del Espíritu Santo asistió desde el Líbano a la Esposa, y desde el principio de la fe atravesó el siglo, y pasó al reino. Para algunos es fuente, para otros pozo según nuestra capacidad de gracia espiritual: para algunos jardín cerrado, fuente sellada, para otros fuente de jardines, que se cuenta en la dote de la Iglesia: para otros ímpetu descendente del Líbano, y gran ímpetu que nunca falla. Porque no fallan de la roca los pechos, ni la nieve del Líbano, ni el agua que se lleva por el viento fuerte a la virgen Jerusalén.

49. El ímpetu descendió del Líbano, cuando reunidos en uno los apóstoles y muchos creyentes, se hizo de repente un sonido del cielo, como si un gran espíritu se llevara, y todos fueron llenos del Espíritu Santo, otorgando la diversidad de lenguas (Hechos II, 1, 3). Buen ímpetu que no sabe herir, sabe llenar. Si alguien, pues, quiere merecer este ímpetu de gracia que desciende del cielo, descienda también él con los ojos en los cursos de las aguas. Quien haya derramado este primer ímpetu, lo merecerá. Descendió con sus ojos en estos conductos de agua, que con lágrimas en el Evangelio regó los pies del Señor (Lucas VII, 38), y por eso con el precio de su fe compró la salud para su alma y cuerpo, ya no con flujo de sangre, sino de gracia espiritual.

50. Descendió, pues, el profeta David, por eso de pecado obtuvo gracia. Descendió en los conductos de agua, es decir, los llenó, y con las lágrimas de las aguas que fluyen acumuló sus corrientes, o llenó con sus lágrimas los conductos vacíos y vacuos. O lo que mostró ciertos sentidos de elocución moral, descendió en los conductos de agua, los atravesó. Y podríamos decir, los trascendió, y los superó: pero se disminuye la fuerza de la elocución, por lo que se expresa una mayor fuerza de la abundancia descendente que ascendente. Mira, te ruego, qué tienen las palabras de uso, que el discurso profético no pierda su ímpetu, aunque el mismo uso de los escritos suele servir al sentido, con mayor decoro.

51. Pozo de aguas vivas; porque el pozo si no extraes nada, fácilmente se corrompe por el ocio inerte y la situación degenerada: ejercitado, sin embargo, brilla en apariencia, se endulza para beber. Así también el montón de riquezas, con un cúmulo arenoso, es hermoso en uso, pero en el ocio se considera inútil. Por lo tanto, deriva algo de este pozo: Porque el fuego ardiente lo apaga el agua, y la limosna resiste a los pecados (Eclesiástico III, 33). Pero el agua estancada rápidamente hace gusanos: no dejes que tu tesoro esté quieto, para que tu fuego no esté quieto. Permanecerá en ti, a menos que lo apartes con las obras de tu misericordia.

52. (Vers. 16.) Levántate, aquilón, y ven, austro, sopla mi jardín, y fluyan mis aromas. Has escuchado, esposa de Cristo, que le agrada la belleza de tus virtudes; has escuchado que los aromas de tus vestiduras, es decir, el buen olor de la integridad, ha preferido a todos los olores. Has escuchado, que eres un jardín cerrado, lleno de frutos de árboles frutales. Pide, pues, que el Espíritu Santo sople sobre ti, sople sobre tu lecho, y acumule el aroma de la mente piadosa, y de la gracia espiritual. Despierta al Espíritu Santo diciendo: Levántate, aquilón, y ven, austro; sopla mi jardín, y fluyan mis aromas. Que mi hermano descienda a su jardín, y coma el fruto de sus árboles frutales. El jardín del Verbo es el afecto del alma floreciente, y en los árboles frutales está el fruto de la virtud. Viene, pues, y ya sea que comas, ya sea que bebas, si invocas a Cristo, está presente diciendo: Venid, comed mis panes, y bebed mi vino (Prov. IX, 5).

53. Levántate, dice, aquilón, y ven, austro; sopla mi jardín, y fluyan mis aromas. Porque de todas partes del mundo ha crecido el olor de la sagrada religión, con el cual los miembros de la virgen amada han perfumado. Por lo tanto, la Iglesia, manteniendo la altura de los misterios celestiales, rechaza de sí las tormentas más pesadas del viento, e invita la suavidad de la gracia floreciente; y sabiendo que su origen no puede desagradar a Cristo, llama a su

Esposo: Levántate, dice, aquilón, y ven, austro. Muchos interpretan esto de tal manera, como si se expulsara al aquilón, y se invitara al austro. Que si lo interpretan así, se expulsa de la Iglesia la aspereza glacial de la perfidia, para que nuestra huida no sea en invierno o en sábado, y se invita la suavidad primaveral del austro.

54. O ciertamente: Levántate, viento del norte, es decir, levántate, tú que duermes, y resucita de entre los muertos (Efesios V, 14). Pueblo de las naciones que dormiste durante mucho tiempo, despierta de una vez, y Cristo te iluminará. Finalmente, todos son invitados a la Iglesia, tanto el pueblo de la Sinagoga como los gentiles: pero primero la Sinagoga, porque los apóstoles, que eran judíos, creyeron primero y a través de ellos después se congregaron los pueblos de las naciones. Observa, pues, a nuestro sol que viene hacia el sur, y luego gira hacia el norte. Jerusalén, Jerusalén: ciertamente vino a ella, a la que también se dignó llamar: pero esta Jerusalén es terrenal, la que mata a los profetas, es decir, la Sinagoga de los judíos: Cuántas veces, dice, quise reunir a tus hijos, como la gallina a sus polluelos, y no quisiste. He aquí, vuestra casa será dejada desierta (Mateo XXIII, 37 y 38). Por lo tanto, giró hacia los gentiles: y al girar, el Espíritu de Dios giró, y se volvió en sus giros, para que Dios fuera todo en todos.

CAPÍTULO QUINTO.

1. (Vers. 1.) Que venga mi amado a mi jardín, y coma el fruto de sus manzanas. De aquí Platón compuso aquel jardín para sí mismo, al que en otro lugar llama el jardín de Júpiter, y en otro lugar el jardín de la mente; pues llamó a Júpiter tanto Dios como mente. En este jardín entró el alma, a la que llama Venus, para llenarse de la abundancia y riquezas del jardín, en el que, lleno de bebida, yacía, bebida que derramaba néctar. Esto, pues, lo compuso del libro de los Cantares; porque el alma adherida a Dios entró en el jardín de la mente, en el que había abundancia de diversas virtudes, y flores de discursos. ¿Quién no sabe que de aquel paraíso que leemos en Génesis tiene el árbol de la vida y el árbol del conocimiento del bien y del mal (Génesis II, 8), y los demás árboles, pensó que la abundancia de virtudes debía ser transferida y plantada en el jardín de la mente?

2. El jardín que en el Cantar de los Cantares significa el jardín del alma, o el alma misma; pues así está escrito: Jardín cerrado, esposa mía, hermana mía, jardín cerrado, fuente sellada. Y más adelante dice el alma: Levántate, viento del norte, y ven, viento del sur; sopla en mi jardín, y fluyan tus ungüentos, descienda mi hermano a su jardín (Cantar IV, 12 y 13). Cuánto más hermoso es esto, que el alma adornada con las flores de las virtudes sea un jardín; o tenga en sí un paraíso germinante, al que invita al Verbo de Dios a descender; para que el alma, regada por la lluvia celestial del Verbo y sus abundancias, fructifique. El Verbo de Dios se alimenta de las virtudes del alma, siempre que encuentre un alma obediente y fértil: y recoge sus frutos, y se deleita con ellos. Pero cuando el Verbo de Dios descende en ella, fluyen de ella ungüentos saludables de palabras, y diversas fragancias de gracias que se esparcen lejos y ampliamente. Por eso dice el Esposo (el Esposo del alma es el Verbo de Dios, al que el alma se une en un cierto legítimo vínculo de matrimonio):

3. (Vers. 2.) He entrado en mi jardín, hermana mía, esposa; he cosechado mi mirra con mis ungüentos, he comido mi pan con mi miel, he bebido mi vino con mi leche. Comed, amigos míos, y bebed y embriagaos, hermanos míos. Conozcamos qué frutos o alimentos disfruta Dios, o de qué se deleita. Se deleita si alguien mortifica su pecado, borra su culpa, entierra y destruye sus iniquidades; pues la mirra es la sepultura de los muertos, y los pecados muertos son aquellos que no pueden tener la dulzura de la vida. Son perfumados con los ungüentos

del divino discurso, y con el alimento más fuerte del verbo como pan, y ciertas heridas de los delitos son curadas con un discurso más dulce como la miel. Salomón enseña en otro lugar que los discursos son alimentos, diciendo: Los discursos buenos son panales de miel (Proverbios XVI, 24). En ese jardín, pues, hay buenos discursos, uno que reprime la culpa, otro que corrige la iniquidad, otro que hace morir la insolencia, y como que la entierra, cuando alguien corregido renuncia a sus errores.

4. También hay un discurso más fuerte, que fortalece el corazón del hombre con los más poderosos alimentos de la Escritura celestial. Comí el panal con mi miel, bebí mi vino con mi leche. Pues hay un discurso persuasivo dulce como la miel, y sin embargo, que en su misma dulzura punza la conciencia del pecador. También hay un discurso de espíritu más ferviente, que embriaga como el vino, y alegra el corazón del hombre. Finalmente, hay un discurso lechoso, puro y blanco. Estos alimentos de discursos dulces y útiles el Esposo dice que deben ser disfrutados por sus amigos: Comed, amigos míos, y bebed, y embriagaos, hermanos míos. Los amigos son aquellos que lo siguen, y participan en sus bodas. Con este alimento y bebida (pues cada uno bebe agua de sus propios vasos, y de las fuentes de sus pozos) el alma llena y embriagada, dormía al mundo, vigilaba a Dios. Y por eso, como enseñan las cosas posteriores, el Verbo de Dios pedía que se le abriera la puerta, para llenarla con su entrada.

5. De aquí, pues, aquellos comensales platónicos, de aquí aquel néctar de vino y miel profético, de aquí aquel sueño fue trasladado, de aquí aquella vida perpetua que dijo que sus dioses disfrutaban, porque Cristo es vida. Por lo tanto, con las semillas de tales discursos, el vientre de su alma está lleno, y ella misma salió en el Verbo: pero cuando el alma sale de este servicio, y se eleva del cuerpo, sigue al Verbo. De otra manera, para repetir un poco lo anterior: Jardín cerrado, hermana mía, esposa, jardín cerrado, fuente sellada. Con lo que significa que el misterio debe permanecer sellado en ti, para que no sea violado por las obras de una mala vida, y el adulterio de la castidad: para que no se divulgue a quienes no conviene, para que no se disperse con una locuacidad charlatana entre los infieles.

6. Por lo tanto, debe haber una buena custodia de tu fe, para que la integridad intachable de la vida y el silencio perseveren. Por eso, la Iglesia, manteniendo la altura de los misterios celestiales, rechaza de sí las más graves tormentas de viento, e invita a la suavidad de la gracia floreciente. Y sabiendo que su jardín no puede desagradar a Cristo, llama al mismo esposo diciendo: Levántate, viento del norte, y ven, viento del sur: sopla en mi jardín, y fluyan mis unguentos: descienda mi hermano a su jardín, y coma el fruto de sus manzanas; pues tiene buenos árboles y fructíferos, y sus raíces que se habían teñido en el riego de la fuente sagrada, y en buenos frutos de la nueva fecundidad han brotado; para que ya no sean cortados con el hacha profética, sino que sean fecundados con la abundancia evangélica. Finalmente, el Señor, deleitado con su fertilidad, responde:

7. He entrado en mi jardín, hermana mía, esposa: he cosechado mi mirra con mis unguentos, he comido mi pan con mi miel: he bebido mi bebida con mi leche. Por qué dije pan y vino, los fieles lo entienden. Sin embargo, no hay duda de que él mismo nos come y bebe, como has leído en nosotros, porque dijo que estaba en la cárcel (Mateo XXV, 36). Por eso, la Iglesia, viendo tanta gracia, exhorta a sus hijos, exhorta a sus amigos, a que concurran a los sacramentos, diciendo: Comed, amigos míos, y bebed, y embriagaos, hermanos míos. Qué comamos, qué bebamos, en otro lugar el Espíritu Santo te lo expresó a través del profeta, diciendo: Gustad, y ved que el Señor es bueno; bienaventurado el hombre que confía en él (Salmo XXXIII, 9). En ese sacramento está Cristo, porque es el cuerpo de Cristo: por lo tanto, no es comida corporal, sino espiritual. Por eso, el Apóstol dice de su tipo: Porque nuestros padres comieron alimento espiritual, y bebieron bebida espiritual (I Cor. X, 3).

Porque el cuerpo de Dios es un cuerpo espiritual, el cuerpo de Cristo es un cuerpo de espíritu divino; porque Cristo es espíritu, como leemos: Espíritu ante nuestro rostro es Cristo el Señor (Lamentaciones IV, 20). Y en la epístola de Pedro tenemos: Cristo murió por nosotros (I Pedro II, 21). Finalmente, este alimento confirma nuestro corazón, y esta bebida alegra el corazón del hombre, como recordó el profeta (Salmo CIII, 25).

8. Jardín cerrado, hermana mía, esposa, jardín cerrado, fuente sellada; para que no abra fácilmente su boca, ni revele con un discurso vulgar; pues no conviene que respondas de las cosas divinas, a menos que seas interpelada por la palabra de Dios. ¿Qué tienes que ver con los demás? Habla solo a Cristo, habla solo a Cristo. Pues si está escrito que las mujeres deben guardar silencio en la Iglesia (I Cor. XIV, 34): cuánto más no conviene que la puerta de la virgen esté abierta, no conviene que la puerta de la viuda esté abierta. Rápidamente el insidioso del pudor se infiltra, rápidamente capta la palabra, que desearías retractar. Si la puerta de Eva hubiera estado cerrada, ni Adán habría sido engañado, ni habría respondido al ser interrogado por la serpiente. La muerte entró por la ventana, es decir, por la puerta de Eva. La muerte entra por tu puerta, si hablas falsamente, si hablas indecentemente, si hablas con atrevimiento, finalmente si hablas donde no debes. Por lo tanto, que las puertas de tus labios estén cerradas, y que el vestíbulo de tu voz permanezca cerrado, tal vez para abrirse cuando escuches la voz de Dios, cuando escuches la palabra de Dios. Entonces la mirra sudará para ti, entonces la gracia del bautismo soplará para ti, para que mueras con Cristo a los elementos del mundo, y resucites con Cristo. ¿Por qué aún, dice, como si vivieras, decretas sobre este mundo? No toques, no pruebes, no gustes, lo que es para corrupción por el mismo uso (Colosenses II, 20 y ss.).

9. Que descienda mi hermano a su jardín, para que coma el fruto de sus manzanas. ¿Cuáles son estas manzanas? Te convertiste en un árbol seco en Adán, pero ahora por la gracia de Cristo has brotado como un árbol frutal. El Señor Jesús lo aceptó con gusto, y con dignación celestial respondió a su Iglesia: He descendido, dice, a mi jardín, he cosechado mi mirra con mis ungüentos, he comido mi pan con mi miel, y he bebido mi vino con mi leche.

10. Comed, dice, hermanos míos, y embriagaos: He cosechado mi mirra con mis ungüentos (Salmo LXXIX, 9). ¿Cuál es esta cosecha? Reconoced la viña, y reconoceréis la cosecha. La viña, dice, trasplantaste de Egipto, es decir, el pueblo de Dios. Vosotros sois la viña, vosotros sois la cosecha: plantados como viña, como cosecha habéis dado fruto. He cosechado mi mirra con mis ungüentos, es decir, en el aroma que habéis recibido.

11. He comido mi pan con mi miel. Ves que en este pan no hay amargura, sino que toda es dulzura. He bebido mi vino con mi leche, ves que esta alegría es tal que no se mancha con las suciedades de ningún pecado. Pues cada vez que bebes, recibes la remisión de los pecados, y te embriagas con el espíritu. Por eso, el Apóstol dice: No os embriaguéis con vino... sino llenos del Espíritu Santo (Efesios V, 18). Pues quien se embriaga con vino, vacila y titubea: quien se embriaga con el espíritu, está arraigado en Cristo, y por eso es una embriaguez gloriosa, que produce la sobriedad de la mente.

1592. 12. Comed, dice, amigos míos, y bebed, y embriagaos. Buena embriaguez que hace un cierto exceso de la mente hacia cosas mejores y más agradables, para que nuestro ánimo, olvidado de las preocupaciones, se alegre con el vino de la alegría. Buena embriaguez de la mesa espiritual; finalmente, ¡qué glorioso es el cáliz que embriaga! (Salmo XXII, 5). Y en otro lugar tienes: Embriaga sus ríos, multiplica sus generaciones (Salmo LXIV, 11); porque la embriaguez de la tierra, cuando ha sido infundida con la lluvia celestial, suele despertar las semillas, multiplicar los frutos. Por lo tanto, cuando el Verbo, que desciende como lluvia del

cielo, ha embriagado las venas de nuestra tierra, es decir, del alma y de la mente, con la predicación divina, se despiertan los estudios de diversas virtudes, y el fruto de la fe, y la devoción casta crece, y con razón se le dice: Visitaste la tierra, y la embriagaste (Salmo LXIV, 10). Pues con la recepción del cuerpo la visitó, para sanar a los enfermos: la embriagó con gracia espiritual, para calmar a los ansiosos con alegría.

13. Yo duermo, pero mi corazón vela. Hay un sueño de los santos que también es trabajador, según está escrito: Yo duermo, pero mi corazón vela. Y según el santo Jacob, durmiendo, veía misterios divinos que no había visto despierto; el aire previo a los santos desde el cielo a la tierra, mirando al Señor, y prometiendo la posesión de su tierra. Por lo tanto, durmiendo un breve sueño, obtuvo lo que después adquirió con gran trabajo, pues la herencia de los santos es el sueño, descansando de todos los placeres del cuerpo, de toda perturbación del alma, trayendo tranquilidad a la mente, placidez al alma; para que, como liberada del vínculo del cuerpo, se eleve y se adhiera a Cristo. Este es el sueño de la vida de los santos.

14. La voz de mi amado que llama, ábreme, hermana mía. Y si duermes, y si ahora Cristo conoce la devoción de tu alma, viene, y llama a la puerta de ella, y dice: Ábreme, hermana mía. Bien hermana, porque las bodas espirituales son del Verbo y del alma; pues las almas no conocen los pactos matrimoniales, ni el uso de la unión corporal, sino que son como los ángeles de Dios en el cielo. Ábreme, dice, pero cierra a los extraños. Cierra al mundo, cierra al siglo. Ni tú misma salgas hacia aquellas cosas materiales, ni dejando tu luz, busques la ajena; porque la luz material infunde una oscura niebla, para que no se vea la luz de la verdadera gloria. Ábreme, pues, no te estreches, sino dilátate, y te llenaré. Y porque, habiendo recorrido el mundo, encontré más molestias y ofensas, y no fácilmente tuve donde descansar; por eso tú abre, para que en ti el Hijo del Hombre recline su cabeza, quien no tiene descanso sino sobre el humilde y manso.

15. Ábreme, hermana mía, levántate, mi amiga, mi paloma, mi perfecta. Por la caridad amiga, por la simplicidad paloma, por la virtud perfecta. Porque mi cabeza está llena de rocío; pues así como el rocío del cielo remueve las sequedades nocturnas, así el rocío de nuestro Señor Jesucristo destiló la humedad de la vida eterna en las tinieblas nocturnas y seculares. Esta es la cabeza que no supo secarse con el calor del mundo, por eso dice: Porque si en el verde hacen esto, en el seco, ¿qué harán? (Lucas XXIII, 31). Esta cabeza, pues, rocía a otros, se abunda a sí misma. Y bien se abunda la cabeza de Cristo; porque tu cabeza es Cristo, quien siempre está lleno, ni se agota con sus liberalidades, ni se agota con su larga generosidad. En esta cabeza no sube el hierro, que es instrumento de guerra, insignia de discordia. Ahora mira, y ve qué rocío es ese, ciertamente no de humor vulgar.

16. Mis rizos están llenos de gotas de la noche. No tomes, mi amiga, los rizos de los cabellos corporales: no son esos adornos, sino crímenes: halagos de la forma, no preceptos de virtud. Otros rizos tiene el Nazareo, en los que no sube el hierro, que nadie corta: que no están compuestos por rizadoros ni dispuestos por arte, sino que resplandecen con la gracia de múltiples virtudes brillantes. Aprende en la historia qué rizos tiene el Nazareo, que mientras Sansón los tuvo intactos, nunca pudo ser vencido. Perdió los rizos, y perdió el mérito de la virtud (Jueces XVI, 17).

17. (Vers. 3.) Habiendo escuchado, pues, la voz del Verbo, que te habías despojado de la túnica en la noche, no busques cómo ponértela; pues se muestra, y frecuentemente se ofrece por la malicia espiritual cómo, digo, ponértela, te olvides y no sepas; como si ya el Señor estuviera presente, libre de los vínculos corporales, te levantas turbada, preparas la mente interna con oraciones, mientras te levantas; para que desde lo humilde te esfuerces por lo alto,

y te esfuerces por abrir las puertas de tu corazón. Mientras extiendes tus manos a Cristo, tus gestos fieles exhalarán un aroma.

18. Ábreme, hermana mía. ¿No es cierto que cuando deseas encontrarte con alguno de los principales hombres, primero te acercas a su casa: luego buscas ser informado e instruido, para conocer la mente del padre de familia: después imploras entrar en su casa, para que nadie te rechace y te excluya. Llama, pues, también tú a aquella regia celestial, llama no con la mano del cuerpo, sino con una cierta diestra de tu oración. No solo la mano del cuerpo llama, también llama la voz; pues está escrito: La voz de mi hermano llama a la puerta. También llamamos con el dedo. Finalmente, también Tomás mereció abrir la puerta de la resurrección con el dedo: y Jesús te dice: Mete aquí tu dedo, y ponlo en mis manos y mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel (Juan XX, 27). Llama, pues, con el dedo, si no puedes con toda la mano, llama a la puerta. Cristo es la puerta que dice: Por mí si alguno entra, será salvo (Juan X, 9).

19. Cuando hayas llamado a esta puerta, mira cómo entras; no sea que, incluso entrando, estés fuera de la vista del rey. Muchos entran en los palacios, y no ven inmediatamente a este rey de la tierra, sino que frecuentemente observan, para que alguna vez merezcan verlo. Ni presumen de la oportunidad de verlo, sino que son presentados por orden, y elevan su súplica; para que sean recibidos con benevolencia, cuidando los primeros pasos de su discurso; para que nada titubee, para que nada ofenda: cuánto más debe ser rogado Dios, para que nuestra oración entre en la puerta de su misericordia.

20. La voz de mi hermano llama a la puerta. Aprende también, oh esposa de Cristo, a cerrar tu puerta en los tiempos nocturnos; para que nadie la encuentre fácilmente abierta. El mismo Esposo quiere que esté cerrada, cuando llama. Nuestra puerta es nuestra boca, debe abrirse casi solo a Cristo, y no debe abrirse a menos que antes haya llamado el Verbo de Dios. La voz de mi hermano llama a la puerta. Escucha al que llama, escucha al que desea entrar.

21. (Vers. 2.) Ábreme, hermana mía, esposa, paloma mía, perfecta mía; porque mi cabeza está llena de rocío, y mis cabellos de gotas de la noche. Considera cuándo principalmente llama a tu puerta el Verbo de Dios, cuando su cabeza está llena de rocío nocturno. Pues se digna visitar a los que están en tribulación y tentaciones; para que nadie sucumba vencido por las aflicciones. Por lo tanto, su cabeza se llena de rocío o gotas, cuando su cuerpo sufre. Entonces, pues, hay que vigilar, para que cuando venga el Esposo, no se vaya excluido. Pues si duermes, y tu corazón no vela, se va antes de llamar: si tu corazón vela, llama, y pide que se le abra la puerta.

22. Por lo tanto, tenemos la puerta de nuestra alma, y también tenemos las puertas de las que se dice: Alzad, oh príncipes, vuestras puertas, y alzaos, puertas eternas, y entrará el Rey de la gloria (Salmo XXIII, 7). Así que hay un cielo en aquellos en los que están las puertas eternas. Si deseas levantar estas puertas de tu fe, el Rey de la gloria entrará en ti, llevando el triunfo de su propia pasión. La justicia también tiene puertas, pues leemos escrito sobre ellas, cuando el Señor Jesús dice a través de su profeta: Abridme las puertas de la justicia (Salmo CXVII, 19). Y más adelante dice el profeta David: Alaba, Jerusalén, al Señor, alaba a tu Dios, Sion; porque ha fortalecido los cerrojos de tus puertas (Salmo CXLVII, 12).

23. Por lo tanto, hay un alma que tiene una puerta, hay una que tiene puertas. A esta puerta viene Cristo y llama: llama también a las puertas. Ábrele, pues, quiere entrar, quiere encontrar a la Esposa vigilante. No hagas esperar al buen amante, se va rápidamente: y tú,

con el sueño de tu cuerpo, pareces haber excluido al que llama. Lo excluyes cuando eres perezoso, cuando eres indolente, cuando eres somnoliento. Con estos cerrojos se excluye a Cristo: si eres casto y sobrio, cuida de no ser negligente. Hace mayor injuria a Cristo quien lo rechaza cuando llega.

24. Ábreme, hermana mía, amiga mía: llama a la puerta incluso cuando duermes: si al menos despiertas al ser llamado y abres la puerta de tu corazón, entrará. Pero si evitas la lectura profética, si no lees en casa, si no quieres escuchar en la Iglesia, ¿no eres como aquel que cierra los ojos para no ver lo que puede ver, a quien se le ha dado el poder de ver? O como aquellos que, en su furia, se han arrancado los ojos; así también tú primero te apartas con una disimulada connivencia más que con una abierta oposición. Pues cuando vienes a la Iglesia y afirmas ser cristiano, pareces estar sano, abres los ojos con los que puedes ver: pero mientras finges no escuchar lo que se lee, cierras los ojos para no ver para ti, aunque parezcas ver para otros. También pones ciertas manos de perfidia e intemperancia sobre los ojos de tu alma, e infliges a tu corazón una ceguera voluntaria (lo cual es más grave); para que viendo no veas, oyendo no oigas.

25. ¿Piensas que estás solo cuando cometes fornicación, y no recuerdas que los ojos del Señor ven toda la tierra? ¿No escuchas al que dice: He aquí que viene la hora en que seréis dispersados cada uno a lo suyo, y me dejaréis solo; pero no estoy solo, porque el Padre está conmigo (Juan XVI, 32)? Por lo tanto, está presente el Padre, está presente el Hijo de Dios, están presentes los ministros, están presentes los Querubines y Serafines, que dicen: Santo, santo, santo, llena está la tierra de tu majestad (Isaías VI). Porque el mundo está lleno de virtudes, ya que está lleno de iniquidades: el orbe de la tierra está lleno de remedios, porque está lleno de trampas.

26. (Vers. 3.) Me he quitado mi túnica, ¿cómo me la pondré? En esta noche del mundo, primero debes despojarte del vestido de la vida corporal; pues el Señor se despojó de la carne para triunfar por ti sobre los dominios y potestades de este mundo. ¿Cómo me la pondré? Mira, alma devota a Dios, lo que dice. Se ha despojado tanto de los actos del cuerpo y de los hábitos terrenales, que no sabe cómo, incluso si quisiera, podría volver a ponérselos. ¿Cómo me la pondré? ¿Con qué vergüenza, con qué pudor, con qué memoria finalmente? La costumbre del bien ha perdido el uso de la antigua depravación.

27. Al escuchar el alma, Ábreme, teniendo la cabeza llena de rocío, es decir, de tentaciones mundanas, de repente turbada, y como si fuera a levantarse al ser ordenada a levantarse, dice mientras exhala áloe y mirra, símbolo de sepultura: Me he quitado mi túnica, ¿cómo me la pondré? He lavado mis pies, ¿cómo los ensuciaré? Teme que vuelva a caer en tentaciones, que vuelva a la culpa y al pecado, y que sus avances y progresos en las virtudes comiencen a mancharse con huellas terrenales.

28. Ciertamente, de esta manera también indica la perfección de su virtud, que ha merecido tanto amor de Cristo; que venga a ella, y llame a su puerta, y venga con el Padre, y cene con la misma alma, y ella con él, como dijo el apóstol Juan en el Apocalipsis (Apoc. III, 20). Pues cuando en lo anterior escuchó: Ven aquí desde el Líbano; y cuando se dio cuenta de que no podía estar presente en la carne con Cristo, sino que estaría presente si estuviera en el espíritu, conformándose a su voluntad, para ser también conforme a la imagen de Cristo; ya no siente las exuvias de la carne, ya como espíritu despojándose de la unión del cuerpo, ya como olvidada, y que si quisiera, no podría recordar esa unión, dice: Me he quitado mi túnica, ¿cómo me la pondré? Me he quitado esa túnica de piel que recibieron Adán y Eva después de la culpa, la túnica de corrupción, la túnica de pasiones; ¿Cómo me la pondré? No busca

ponérsela: sino que así indica que ha sido desechada, que ya no podría ser un vestido para ella.

29. (Vers. 3.) He lavado mis pies, ¿cómo los ensuciaré? Esto es, he lavado mis huellas al salir, y al elevarme del compañerismo del cuerpo, de esa conexión y familiaridad del abrazo carnal: ¿cómo los ensuciaré, para volver al encierro del cuerpo, y a esa oscura cárcel de sus pasiones? Así enterramos las pasiones, si no desatamos la cruz de este cuerpo; si no reescribimos el documento de pecado que ha sido borrado en la cruz de Cristo, si no nos ponemos el vestido del hombre viejo que nos hemos quitado. Pues está escrito en los Cánticos: Me he quitado mi túnica, ¿cómo me la pondré? He lavado mis pies, ¿cómo los ensuciaré? Por lo tanto, los miembros del cuerpo están muertos, ¿por qué brotan sus vicios? La ley no prevaleció porque no mortificó la carne: por eso pasó como una sombra, porque no descoloró: y por eso nos cubrió del sol de justicia, porque acumuló crímenes.

30. A veces estar desnudo es un indicio de virtud, porque está escrito: Me he quitado mi túnica, ¿cómo me la pondré? He lavado mis pies, ¿cómo los ensuciaré? ¿Qué túnica, entonces, se ha quitado, y no ha encontrado cómo ponérsela, si podemos revelarlo a partir de las Escrituras? Hay una cierta túnica corporal, hay ciertos velos tejidos de deseos; y por eso a veces es mejor estar desnudo en el cuerpo que cubierto en el corazón. Por eso también Pablo nos advierte que es mucho mejor despojarse que vestirse, diciendo en otro lugar: Despojaos del hombre viejo con sus actos, y vestíos del nuevo que se renueva en el conocimiento, según la imagen de aquel que lo creó. Por lo tanto, quien se ha despojado y tiene los pies lavados, no sabe cómo no puede ensuciarse; porque por la gracia olvida lo que había adquirido por naturaleza.

31. He lavado mis pies, ¿cómo los ensuciaré? Has aprendido en el Evangelio que lavar los pies es un misterio de fe, un signo de humildad, según lo que está escrito: Si yo, el Señor y Maestro, he lavado vuestros pies, cuánto más debéis vosotros lavaros los pies unos a otros (Juan XIII, 14). Pero esto pertenece a la humildad. En cuanto al misterio, debe lavar sus pies quien quiera tener parte con Cristo: Si no te lavo los pies, dice, no tendrás parte conmigo (Juan XIII, 8). Cuando esto se dice a Pedro, ¿qué se piensa de nosotros? Quien ha lavado sus pies, no necesita lavarlos de nuevo; y por eso debe tener cuidado de no ensuciarlos.

32. Y bien dice la santa Iglesia: He lavado mis pies; no dice, ¿cómo los lavaré de nuevo?, sino ¿cómo los ensuciaré de nuevo? Como olvidando la mancha antigua, olvidando el contagio, advierte cómo en el ministerio corporal debemos lavar la huella espiritual de nuestros actos. Por lo tanto, cuando hayas lavado tus pies una vez con el riego de la fuente eterna, y los hayas limpiado con el sacramento del misterio, cuida de no volver a la suciedad de la codicia corporal, para que los actos lodosos no se ensucien con las inmundicias terrenales. Estos son los pies que David lavó en espíritu, quien te enseña cómo no puedes ensuciarlos, diciendo: Nuestros pies estaban firmes en tus atrios, Jerusalén (Salmo CXXI, 2). Sin duda aquí no entiendas los pies del cuerpo, sino del alma; ¿cómo podría el hombre terrenal tener los pies del cuerpo en el cielo? Jerusalén, como Pablo te enseñó, está en el cielo: y él mismo te enseñó cómo puedes estar en el cielo, cuando dice: Nuestra ciudadanía está en los cielos (Filipenses III, 20). Ciudadanía de costumbres, ciudadanía de hechos, ciudadanía de fe.

33. He hecho juicio y justicia, no me entregues a los que me calumnian. Donde hay justicia, hay misericordia. La misericordia libera del pecado. ¿Cómo, entonces, soy entregado a los pecadores? Es similar a lo que se dice en los Cánticos: Me he quitado mi túnica, ¿cómo me la pondré? He lavado mis pies, ¿cómo los ensuciaré? Me he quitado la túnica del pecador, y el

velo terrenal; ¿por qué soy juzgado como pecador y terrenal? He lavado mis pies, para que ninguna suerte de pecado pueda adherirse a mi huella; ¿por qué das poder sobre mí a los que delinquen?

34. Jeremías en sus Lamentaciones dice: Ha cesado tu iniquidad, hija de Sion, no te expulsará más: ha visitado tus iniquidades, hija de Edom, ha revelado sobre tus pecados (Lamentaciones IV, 21). Observas que la iniquidad no pudo cesar sin la visita de Dios, ni hubo corrección plena, sino por la gracia del Señor Salvador. ¿Cómo, entonces, cesa la iniquidad? Escucha a la Iglesia diciendo: Me he quitado mi túnica, ¿cómo me la pondré? He lavado mis pies, ¿cómo los ensuciaré? Por lo tanto, el vestido del hombre viejo, tejido con los vicios del error, depositado en el lavacro de la regeneración, no sabe cómo podría ponérselo; porque por el esfuerzo de la corrección ha crecido el olvido de los pecados. Tan grande es la fuerza de la enmienda consumada, que regresa a una cierta edad espiritual de infancia, que ignora los caminos del error; el crimen, incluso si quisiera, no podría cometerlo; porque ha perdido el hábito de conocer el pecado.

35. (Vers. 4.) Mi hermano extendió su mano desde la ventana, y mi vientre se conmovió por él. Me levanté para abrir a mi hermano. Mis manos destilaron mirra, mis dedos estaban llenos de mirra. Primero, entonces, extiende su mano como desde la ventana, cuando Dios es estimado por sus obras, de donde dice: Si no me creéis a mí, creed a las obras (Juan X, 38). Luego, el amor aumenta, y concebido en las entrañas, crece. De ahí que, en el útero inteligible, donde está el receptáculo del Verbo, infundidos sus semillas, nuestra alma desea absorber su plenitud habitando corporalmente; pues el vientre de las mujeres no se conmueve, a menos que estén embarazadas. Por lo tanto, el alma se levanta para abrir al Verbo de Dios, pero mientras se expande y abre, para mortificar las obras de este mundo con la recepción del Verbo, como aquel que dice: Llevamos en nuestro cuerpo la mortificación del Señor Jesús (II Corintios IV, 19). Así que mientras abre, el Esposo pasa; pues siempre quiere ser buscado, más frecuentemente encontrado. Y si encuentra la puerta cerrada, llama; y si por la demora ha sido excluido, se va; pero pronto regresa, y llama de nuevo, para que al menos después encuentre a su Esposa preparada.

36. También puede entenderse así, Mi hermano pasó: como leemos que penetró en las entrañas de la amada, como se dijo a María: Y una espada atravesará tu propia alma, para que se revelen los pensamientos de muchos corazones (Lucas II, 35). Por lo tanto, añadió la Esposa, su alma salió en su palabra, lo cual sucede cuando el alma peregrina del cuerpo, y está presente ante Dios. Al escuchar esto, el Esposo envió su obra, el Verbo, como por una rendija, no aún cara a cara: envió como una mano, Y mi vientre, dice, se conmovió por él. Quien vive así, puede decir:

37. Mi hermano extendió su mano por la ventana, y mi vientre se conmovió por él: me levanté para abrir a mi hermano. Es bueno que las entrañas se conmuevan ante la llegada del Señor. Si María se turbó ante la llegada del ángel, ¡cuánto más nos turbamos ante la llegada de Cristo! Pues cuando las cosas divinas fluyen, el afecto corporal se aleja, y el uso de ese hombre exterior se desvanece. Y tú, turbado, apresúrate. A aquellos que se apresuran se les ordena comer el cordero. Levántate, abre, Cristo está en la puerta, golpea los umbrales de tu casa: si abres, entrará, y entrará con el Padre. Y no solo cuando haya entrado dejará una recompensa: sino que incluso antes de entrar, envía una recompensa. Aún el alma está turbada, aún palpa las paredes de su casa, aún busca la puerta donde está Cristo, aún desata el vínculo de la carne y el encierro del cuerpo, aún Cristo golpea desde fuera.

38. ¿Cuál es nuestra ventana, sino por la cual vemos las obras de Cristo, es decir, el ojo del alma y la mirada de la mente? Y por eso, virgen, que Cristo entre por tu ventana, que Cristo extienda su mano: que el Verbo venga a ti por la ventana, no el amor del cuerpo. Si, por lo tanto, el Verbo de Dios extiende su mano por tu ventana, mira cómo preparas tus ventanas, mira cómo debes limpiarlas de todo polvo de pecados. Que no tengan nada oscuro, nada adulterado las ventanas de la virgen. Lejos el antimonio y otras bagatelas de belleza afectada, lejos las seducciones del amor adulterado. Similar es el cierre de los oídos, a los que no se deben colgar cargas, no se deben fijar heridas, sino que hay un solo adorno, escuchar lo que es útil.

39. (Vers. 6.) Abrí, dice, a mi hermano; mi hermano pasó. ¿Cómo pasó, es decir, penetró en las entrañas de la mente, como se dijo a María: Y una espada atravesará tu propia alma? Pues la palabra viva de Dios, como una espada afilada, penetrando las barreras corporales de los pensamientos, examina las entrañas del corazón. Por lo tanto, en tu lecho y en el tiempo nocturno, medita siempre en Cristo, y espera su llegada en todo momento. Si te parece que tarda, levántate. Parece tardar cuando duermes mucho: parece tardar cuando te alejas de la oración: parece tardar cuando no elevas la voz con salmos. Dedicar las primicias de tus vigilias a Cristo, inmola las primicias de tus actos a Cristo.

40. (Vers. 5.) Me levanté para abrir a mi hermano; mis manos destilaron mirra, mis dedos estaban llenos de mirra sobre las cerraduras de la puerta. Consideremos qué significa esto. Primero, Dios parece por sus obras, como dije, el Verbo como por una rendija, no plena y perfectamente: luego el amor aumenta y el concepto crece, y de las semillas que el alma ha recibido en un útero inteligible, desea ver toda la plenitud de su divinidad habitando en él corporalmente, como leemos. Se levantó para ver más de cerca ese Verbo de Dios, y en esto mismo se indica su progreso, que se levantó por vigor y virtud; pues la presencia del Verbo absorbió la virtud del alma, como la presencia de María, cuando estaba embarazada, instruyó a Juan en el vientre: tanto que saltó en el vientre y exultó, reconociendo la presencia del Señor.

41. Se levantó para abrir, y sus obras y hechos fueron mortificados al mundo. Pues tal debe ser el alma que va a recibir el Verbo, que muera al mundo, y sea sepultada con Cristo; pues así se encuentra a Cristo, y tal hospedaje busca para sí. Luego, los mismos ministerios de las operaciones, es decir, las manos y los dedos, con los que se comprende a Cristo, son mortificados: esos dedos que podemos considerar como las obras eminentes de nuestros hechos. Por lo tanto, como si desde su abrazo ya extendiera sus manos inteligibles y dedos, para comprender el Verbo, dice el alma piadosa que ha pasado, pero no aún ha atravesado. Y este es el proceso que tiene, cuando el Verbo de Dios pasa y atraviesa el alma, porque está escrito: Y una espada atravesará tu propia alma, para que se revelen los pensamientos de muchos corazones (Lucas II, 35). Aquí aún se pasa, no se atraviesa; como en María en lo posterior tal vez se atraviesa, donde el Señor Jesús se pone como un sello en medio de ella.

42. Por lo tanto, inmediatamente otro progreso del Verbo que atraviesa, porque el alma salió en su Verbo; esto es, siguiendo su Verbo, salió del cuerpo, elevándose de su morada, y haciéndose peregrina de él, para estar presente ante Dios, y ser ciudadana de los santos. Pues no podemos ser al mismo tiempo del hogar de la carne y de Dios. Por lo tanto, en este lugar se significa salir, como dije, el alma, cuando se aparta de los placeres del cuerpo. Pues está escrito: Sal de Babilonia, huyendo de los caldeos (Isaías XLVIII, 20). No ciertamente para que el hebreo huya de las regiones de Babilonia, sino de sus costumbres, como se le advierte en el discurso profético: pues hay quienes están en Babilonia y enseñan que han salido de Babilonia en sus costumbres. Pues aquellos de quienes dice el profeta, que se sentaban junto

a los ríos de Babilonia (Salmo CXXXVI, 1), se sentaban en la región de Babilonia, pero no estaban en sus vicios y confusión. Pues ¿cómo estaban en esa confusión de vicios, quienes lloraban haciendo penitencia, porque habían caído del arca de devoción y fe, y de los méritos de la virtud paterna? Pero el alma que sale en el Verbo, busca el Verbo; por eso, mientras lo buscaba, se encontró con los guardianes que recorren la ciudad.

(Vers. 7.) Me encontraron los guardianes que recorren la ciudad, me golpearon, y me hirieron, y me quitaron mi manto los guardianes de los muros. Bien es cierto que venía como esposa con un manto, para cubrir su cabeza cuando el esposo se encontrara con ella; como Rebeca, que al saber que Isaac venía a su encuentro, descendió del camello y se cubrió con un manto: así también esta alma, adelantaba las insignias del vestido nupcial, para que no fuera rechazada como si no tuviera vestido nupcial; o para cubrir su cabeza por causa de los ángeles. Pero ellos la golpearon, para que fuera más probada; pues las almas son ejercitadas con tentaciones. Le quitaron el manto, buscando si traía el verdadero adorno de la virtud desnuda, o porque sin cobertura debe entrar en esa ciudad celestial, sin llevar consigo ningún disfraz de engaños. También hay quienes buscan que ninguna alma lleve consigo las exuvias de la atracción carnal y la concupiscencia corporal. Se desnuda del manto, cuando se manifiesta su conciencia. Pero hay quien se desnuda bien, a quien le es lícito imitar al que dice: Porque viene el príncipe de este mundo, y en mí no encuentra nada (Juan XIV, 30); porque ciertamente en aquel solo no encontró nada, quien no cometió pecado.

44. Bienaventurada es aquella en la que no se encuentran cosas graves o muchas, sino que se encuentra en ella el manto de la fe y la disciplina de la sabiduría. Así, sin perderse a sí misma (porque aunque alguien lo desee, no puede quitar la verdadera sabiduría), aunque el adversario se opongá; donde brilla la verdadera integridad de una conversación inocente, ha pasado por los guardianes, y mezclada con las hijas de esa ciudad celestial, busca el Verbo; y al buscarlo, despierta en sí misma el amor, y reconoce dónde buscar el Verbo. No solo es una injusticia no encontrar a quien buscas, sino que a menudo buscar donde no se debe también es una herida: buscar en las casas de hombres que falsamente se atribuyen el nombre de doctores, buscar con más atrevimiento que modestia. Por lo tanto, evitemos el ejemplo de aquella, para que no nos encuentren los guardianes que recorren la ciudad.

45. Me encontraron, dice, los guardianes que recorren la ciudad: me golpearon y me hirieron, y me quitaron mi manto los guardianes de los muros. No en sí misma, hijas, sino en nosotros es herida la Iglesia. Tengamos cuidado, pues, de que nuestra caída no se convierta en una herida para la Iglesia, para que nadie nos quite el manto, es decir, el manto de la prudencia, la insignia de la paciencia, con la que se despoja la ambición de una vestidura más suave: Porque los que se visten con vestiduras suaves están en las casas de los reyes (Mat. XI, 8). Pero Cristo nos dio un manto, con el que vistió a sus apóstoles y a su propio cuerpo, que finalmente te ordena dar, si alguien te pide la túnica, que le dejes también el manto (Mat. V, 40); es decir, que entregues la insignia de tu filosofía, y como un manto de tu prudencia, vistas a aquel que antes estaba desnudo.

46. Allí, pues, hijas, busquemos a Cristo, donde lo busca la Iglesia, en los montes de buen olor, que con la altura de sus obras excelsas, exhalan el suave aroma de la vida por las cimas de sus méritos. Aquella que busca a Cristo no debe ser vulgar, no debe estar en el foro, ni en las plazas, con voz quejumbrosa, paso resbaladizo, fácil acceso, aspecto vil. El Apóstol te niega la compañía terrenal, y casi más allá de los límites de la naturaleza, enseña a volar con alas espirituales hacia el cielo. Saboread las cosas de arriba, dice, no las de la tierra (Colos. III, 2). Pero como esto era imposible para los que están encerrados en este cuerpo como en

una prisión, y porque al morir los cuerpos, el alma tiende a volar hacia lo alto, atada mientras vivimos por una cierta ley de nuestra naturaleza, por eso añadió: Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios (Ibid., 3). Si está escondida con Cristo en Dios, no aparezca al mundo, porque Cristo murió al mundo, vive para Dios. Mira ahora cómo ama Cristo ser deseado, no ama las conversaciones. Aquella virgen abrió sus puertas al Verbo de Dios: pero pasó, dice, y mi alma salió en su palabra (Vers. 6). Salió del mundo, salió del siglo, permaneció en Cristo. Lo busqué, dice, y no lo encontré. Porque Cristo ama ser buscado por mucho tiempo.

47. La encontraron los guardianes de los muros. Quizás haya otros guardianes que debemos entender mejor. Hay una ciudad que no tiene las puertas de sus muros cerradas, de la cual se ha dicho: Y sus puertas no se cerrarán de día (Apoc. XXI, 25); porque no habrá más noche en ella, las naciones traerán gloria y honor a ella. Esa es, pues, la ciudad de Jerusalén que está en el cielo, dentro de la cual ya te guardas como perfecta e inmaculada; porque no entra en ella nada común. La castidad común no es, la pureza común no es, la que está escrita en el libro de la vida.

48. Si, pues, encontramos la ciudad, entremos en ella, veamos su luz, veamos sus muros, veamos los cimientos de sus muros, veamos también a los guardianes de los muros. Pero, ¿cómo entraremos en ella? En esta ciudad hay vida, y hay un solo camino que lleva a la vida. Por lo tanto, Cristo es el camino, sigamos a Cristo. Pero la ciudad misma está en el cielo; ¿cómo, pues, subiremos al cielo? El Evangelista enseña, quien dice: Y me llevó en el espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la ciudad santa de Jerusalén descendiendo del cielo (Apoc. 21, 10). Subamos, pues, en espíritu, porque la carne no puede ascender a ella. Subamos nosotros mientras tanto al cielo, para que después descienda a nosotros desde el cielo, en la cual hay luz semejante a una piedra preciosa, como una piedra de jaspé y cristal tiene un muro grande y alto.

49. Has aprendido la luz, has aprendido el muro; aprende las puertas, aprende los guardianes. Tiene, dice, doce puertas, y en las puertas doce ángeles, en los cuales están escritos los nombres de las doce tribus de los hijos de Israel (Ibid., 12). En las puertas están contenidos los nombres de los patriarcas, en el muro los de los apóstoles; porque los cimientos de la ciudad son los apóstoles, y la piedra angular es Cristo, en quien toda la estructura se levanta. Dios fuera, Dios dentro, Dios está en todas partes: Porque tiene, dice, la ciudad la majestad de Dios (Ibid., 11). Por lo tanto, también vosotros, santas vírgenes, y todos los que sois justos, y lleváis la castidad inmaculada del alma, sois ciudadanos de los santos y domésticos de Dios. Pero entonces poseeréis esta nobleza de la patria, si buscáis a Cristo dentro de los muros de esta ciudad, entrando por la fe y las obras preciosas, iluminados por la luz de los patriarcas, fundados sobre los apóstoles, moviéndooos entre los ángeles.

50. ¿Cómo, pues, estos guardianes son ángeles, que quitan el manto al alma casta? El manto de las vírgenes es uno, el de la joven callejera es otro. Aquella que busca a Cristo en el foro, incluso el manto que tenía, lo perdió. Porque la prudencia no se posee en el foro, ni en las plazas, sino en la Iglesia. Y tal vez para que también con ellos lleguemos a la gracia, y enseñemos que Dios es misericordioso con todos; porque incluso ellos encuentran a Cristo alguna vez, si lo buscan continuamente, este manto es el vestido del cuerpo. Por lo tanto, quien buscó a Cristo en el lecho, si lo buscó así, como aquel que dijo: Así me acordé de ti en mi lecho (Sal. LXII, 7); si lo buscó en las noches, según está escrito: En las noches levantad vuestras manos en el santuario (Sal. CXXXII, 2): si lo buscó en la ciudad, en el foro y en las plazas, en la ciudad de nuestro Dios: en el foro tal vez, en el que aquel juez de la ley divina se sienta, en las plazas de donde fueron recogidos los que acudieron a la cena del Señor; puede

encontrarse con los ángeles guardianes de la ciudad de Dios, mientras lo busca por mucho tiempo. Incluso de la naturaleza celestial de los guardianes, podemos entender una ciudad celestial, un foro celestial de justicia eterna, no plazas viles, sino tal vez en las que suele abundar aquella fuente, de la cual está escrito: Que tus aguas fluyan de tu fuente, y en tus plazas se derramen tus aguas (Prov. V, 16). Quien así busca a Cristo, llega a los ángeles.

51. Pero si por méritos buenos se llega a los ángeles: ¿por qué quien ha llegado, es herido? Hay también una buena espada, cuya herida es buena. La palabra de Dios hiera, pero no ulcera. Hay una herida de buen amor, hay heridas de caridad; por eso dijo: Estoy herida de amor (Cant. II, 5). La que es perfecta, está herida de caridad. Por lo tanto, son buenas las heridas del Verbo, son buenas las heridas del amante: Porque son más útiles las heridas del amigo, que los besos voluntarios del enemigo (Prov. XXVII, 6). Rebeca está herida de caridad, quien dejando a sus padres, emigró hacia su esposo. Raquel está herida de caridad, quien celó a su hermana, amó a su marido; porque a su hermana le envidiaba lo que le sobraba en hijos, ella aún estéril, porque llevaba el tipo de la Iglesia, a la cual se le dice: Alégrate, estéril que no das a luz, rompe y clama, tú que no tienes dolores de parto (Isaías 54, 1).

52. Por lo tanto, los guardianes la encontraron y la hirieron, y le quitaron el manto, es decir, le quitaron el envoltorio de la acción corporal, para que la simplicidad desnuda de la mente buscara a Cristo; porque nadie puede ver a Cristo vestido con el manto de la filosofía, en el hábito de la sabiduría secular. Y bien se le quita el manto de la filosofía, para que nadie la despoje por la filosofía. Bien se le quita el manto, que se acerca a Cristo, para que al ver a Dios, camine con un corazón puro: Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V, 8). Finalmente, cuando purificó su corazón, encontró el Verbo, vio a Dios. Búscalo, pues, virgen, más bien busquémoslo todos; porque el alma no tiene sexo. Pero tal vez por eso recibió un nombre femenino, porque la agita un ímpetu más violento del cuerpo: pero ella misma aplaca el ímpetu de la carne y de su amor con una cierta razón suave y blanda. Por lo tanto, debemos invitar a Dios con oraciones y súplicas, para que como buen viento del sur se digne soplar. Y nos inspire la brisa celestial del Verbo: que acostumbra agitar los árboles fructíferos no con un viento fuerte, sino con un suave soplo y una brisa ligera.

53. Me quitaron mi manto. Buen manto es la eternidad de la vida, este manto quisieron quitarle los guardianes de los muros a la Esposa, con el que el primer hombre había sido despojado; pero el alma devota a Dios, al tenerlo buscado por mucho tiempo y no dejar ir al amado, se vistió con el precioso envoltorio de la caridad divina. Bienaventurados, pues, los que se visten con tal manto, y han merecido el manto de la observancia de la ley; porque no han olvidado la ley, sino que han hecho lo que era de la ley.

54. (Vers. 8.) Os conjuro, hijas de Jerusalén, si encontráis a mi amado, que le anunciéis que estoy enferma de amor. ¿Cuál es, pues, esta languidez del alma? Nos hace recordar la historia moral del antiguo, que es sobre el santo Moisés que rogó a Dios que se le mostrara a él, y lo viera cara a cara. Sabía ciertamente el santo profeta del Señor, que no podía ver al Dios invisible cara a cara. Pero la devoción santa supera la medida, y pensó que también esto era posible para Dios, que hiciera que lo incorpóreo fuera comprendido por los ojos corporales. Este error no es reprehensible, sino también un deseo grato e insaciable, que deseaba tener a su Señor como si lo tuviera en la mano, y verlo con la mirada de sus ojos. Sabía que el hombre había sido hecho a imagen y semejanza de Dios; porque cuando fue elegido por el Señor Dios para liberar al pueblo, lleno del espíritu de sabiduría, había visto a aquel ángel, y su rostro en gloria, finalmente, asustado por su luz resplandeciente, y vio la zarza arder y no consumirse.

Comenzó a ver el resplandor, que admirado se acercó; impulsado por el deseo y la gracia, para considerar más detenidamente aquel resplandor en la zarza. Por lo tanto, si recibió tanto ardor, si asumió tanto deseo, cuando había visto al ángel en la llama de fuego de la zarza, que aunque aprehendido por el miedo no se atrevía a considerar, sin embargo, quería considerar: cuánto más deseaba ver corporalmente el rostro del Señor, diciendo para sí mismo: Aquel rostro lleno de luz, lleno de gracia, lleno de virtud, lleno de divinidad, ¿qué diré que es? No puedo decir ni sentir más sobre Dios; porque cuando el hombre ha terminado, entonces comienza; y cuando ha terminado, entonces se abrirá, como está escrito, porque la majestad eterna de Dios es incomprendible (Eclesiástico XVIII, 6).

55. El efecto de la petición era infructuoso, pero el afecto del siervo era plausible; porque avanzando más allá de su naturaleza por devoción, estimaba de los ángeles del Señor, cuánto más deseaba del rostro del Señor, con el que deseaba satisfacer su deseo. Sabía que en el mismo hombre habría otra gloria después de la muerte, otra claridad: Porque así como una estrella difiere de otra estrella en claridad, así también es la resurrección de los muertos; que aunque se siembra en corrupción, se levantará en incorrupción, se levantará en gloria, se levantará en virtud, se levantará un cuerpo espiritual (I Cor. XV, 41-44). Quien, pues, podía saber esto, con razón presumía desear ver el rostro del Señor, cuando después de la muerte del cuerpo lo vería. Ciertamente había tomado tal forma, el Señor ya lo probaba, que no difería de los ángeles, ministro celestial y ejecutor del oráculo. Y por eso, sabiendo que los ángeles de los pequeños ven cada día el rostro del Padre que está en los cielos (Mat. XVIII, 10), pensó que ya podía y debía verlo, como si hubiera olvidado el cuerpo, y dejado la carne; como aquel que aún puesto en el cuerpo, cuando fue arrebatado al paraíso, dijo no saber si en el cuerpo, o fuera del cuerpo fue arrebatado al tercer cielo (II Cor. XII, 3). Porque los santos, aunque llevan el cuerpo, no están en la carne, sino en el espíritu; porque los que están en la concupiscencia y conversación carnal, no pueden agradar a Dios. Pero los santos no están en la carne por conversación, sino en el cielo.

56. Por lo tanto, comprendamos el afecto de la Esposa languideciente. Deseaba ver el rostro de Dios como inocente, como deseando con un cierto rostro de conciencia, abrirle el rostro de la mente interna, y deseaba ser conocido más plenamente. El amor impaciente, tocando las puertas de la meretriz día y noche, si se difieren por mucho tiempo los deseos de poseer, ella misma desfallece en la espera, mientras espera: en lo cual ciertamente no es el fin del amor, sino su incremento. Y cualquier cosa que sea deseable, si no se alcanza por el que desea, desfallece en ello, y como si depositara su propia alma quien desea; si, sin embargo, surge una esperanza más cercana, la esperanza próxima da fuerzas; pero si hay ausencia del amado, por el mismo hecho de desear al ausente, lo que ha deseado, sufre deficiencia del alma. Por lo tanto, cuanto más lejos está aquello que se desea, tanto más desfallece quien desea. Así que ese desfallecer es, en cierto modo, migrar con todos los esfuerzos a aquello que ama; eso piensa, a eso se adhiere, eso resuena, lo que ha recibido para amar, en eso se transfiere con una cierta deficiencia del alma. Como si una madre esperara la presencia de su hijo, como esperaba la esposa de Tobías a su hijo peregrino; desfalleciendo de deseo, y puesta en angustias, y como si estuviera disuelta parecía (Tob. X, 3 y ss.). ¿Qué otra cosa sino un cierto desfallecimiento significan sus palabras? Pero cuanto más se cansa el afecto, tanto más crece el amor; y cuanto más tiempo está ausente quien desea, tanto más se encienden con una cierta fuerza del amor los deseos del que espera. La carne desfallece, pero la concupiscencia se alimenta y aumenta.

57. Por lo tanto, el alma santa no sabe desear otra cosa que al Esposo, que es Cristo Jesús: lo concupiscente, lo desea, en él pone todas sus fuerzas, lo acoge en el seno de la mente, se abre y se derrama en él, y solo teme esto, que pueda perderlo. Por lo tanto, cuanto más excitada

esté el alma por el deseo, deseando adherirse a Dios su salvador, tanto más desfallece. Así que esta deficiencia opera una disminución de la fragilidad, pero una asunción de la virtud. Concupiscía, deseaba, desfallecía, se disolvía con todo su afecto, para que todo fuera de aquel que deseaba, como también dice el mismo David: Derramo mi oración en su presencia, y mi tribulación pronuncio ante él, en desfallecer de mí mi espíritu (Sal. CXLI, 3 y 4). Porque su espíritu desfalleció; más bien, de él desfalleció el espíritu, quien se niega a sí mismo, para adherirse a Cristo. Por lo tanto, como impaciente de amor, corría alrededor, y buscaba en todas partes el Verbo de Dios, porque estaba herida, porque estaba desnuda; y buscaba el apoyo de alguien por quien Cristo fuera rogado para que viniera. Mira al que arde, mira al que desea: Os conjuro, dice, hijas de Jerusalén, etc.; luego, mezclada con las hijas de aquella ciudad celestial, busca el Verbo, y al buscarlo, y contemplar su apariencia, excita en sí misma su amor.

58. (Vers. 10.) Mi hermano, dice, es blanco y rubio, escogido entre mil. Porque conviene, virgen, que conozcas plenamente a quien amas, y reconozcas en él todo el misterio de la divinidad innata y de la incorporación asumida. Por lo tanto, es blanco con razón, porque es el esplendor del padre: rubio, porque es el parto de la virgen. El color en él brilla y resplandece de ambas naturalezas. Sin embargo, recuerda las insignias más antiguas de la divinidad en él, que los sacramentos del cuerpo; porque no comenzó de la Virgen, sino que quien era vino a la Virgen.

59. Mi hermano es blanco y rubio. Blanco por la claridad eterna, rubio por la apariencia del color humano, que asumió por el sacramento de la encarnación. Y con razón también lo que es rubio, huele bien; porque la carne de Cristo está sin pecado, que los impíos al tocarla, ensuciaron sus manos: los santos al venerarla, ardieron con el olor de la piedad.

60. Escogido entre mil. Diez mil, dice Jacob, de Efraín y mil de Manasés; es decir, que domine tanto a los judíos como a los gentiles, y adquiera para sí la plenitud de la Iglesia de ambos pueblos. Y por eso el santo Jacob puso su mano derecha sobre Efraín; porque de la ley, dice la Iglesia en el Cantar de los Cantares: Mi hermano es blanco y rubio, escogido entre diez mil. Finalmente, también David proclamaba al autor de la joven María, de cuya sucesión nació Cristo por el parto de la Virgen, entre diez mil: pero Saúl en mil, cuando debieron haber preferido más la gracia de la reverencia hacia el rey.

61. (Vers. 11.) Su cabeza es oro fino. Lo que significa la sabiduría estable y eminente. El cuerpo de Cristo es la Iglesia, su cabeza como oro, porque la sabiduría preciosa de los santos es, es decir, hombres justos y prudentes.

62. Sus cabellos son como abetos, negros como el cuervo. De esto dijo en otro lugar, Tu cabellera, como rebaño de ovejas esquiladas. Por eso cabellera, porque la virtud de todos los sentidos está en la cabeza: Porque los ojos del sabio están en su cabeza (Ecles. II, 14). Por lo tanto, la profunda prudencia de los doctores, que puede revelar lo que está oculto, y abrir lo alto de los sentidos. Y tales disputadores son los cabellos de la Iglesia, como los polluelos de los cuervos a los que el Señor da alimento: como dio al santo Jacob, y lo alimentó desde su juventud. A estos otros y profundos, el Señor los alimenta con la abundancia de la doctrina con los sacramentos celestiales.

63. (Vers. 12.) Sus ojos también son como palomas. Los ojos son, evidentemente, hombres adornados con sentidos espirituales, que están agudos para ver los misterios, y preparados para penetrar los secretos de la Escritura divina, brillando con leche racional, en los cuales no haya alguna confusión manchada de engaño, sino la inmaculada sinceridad de un afecto

simple. Por eso en la abundancia de aguas lavadas estas palomas en leche mencionó, diciendo:

64. Sus ojos son como palomas sobre la abundancia de las aguas, lavadas en leche, sentadas sobre la plenitud. El Señor bautiza en leche, es decir, en sinceridad. Y estos son los que verdaderamente son bautizados en leche, los que creen sin engaño y llevan una fe pura, para que se vistan de gracia inmaculada. Por eso la Esposa blanca asciende a Cristo, porque ha sido bautizada en leche; por eso las virtudes se maravillan de ella, diciendo: ¿Quién es esta que asciende blanqueada (Cant. VIII, 7)? Hace un momento decía, Soy negra (Cant. I,); ahora se la ve blanqueada, y asciende al cielo, y apoyada en la Palabra de Dios, ya penetra en lo alto.

65. No sin razón hay allí abundancia de aguas, donde está Cristo, de donde el alma humana desea llenarse. Estas aguas las anhela el ciervo, que cuando las bebe, no puede volver a tener sed. Estas aguas las anhelaba el Profeta cuando decía: Mi alma tiene sed de ti (Salmo XLI, 3). Por tanto, Cristo se sienta sobre la abundancia de las aguas y sobre la plenitud, y por eso quien bautiza en agua dice: Y todos nosotros hemos recibido de su plenitud (Juan I, 16). De ahí que el ojo de los suplicios no es ajeno a la Iglesia; porque aunque Juan bautizaba en Enón, bautizaba cerca de Salim, donde había abundancia de aguas, y doce fuentes, y setenta palmeras. Estas fuentes las tiene la Iglesia, es decir, en el Antiguo Testamento los doce patriarcas, en el nuevo los doce apóstoles; por eso se ha dicho: Bendecid al Señor Dios en las iglesias desde las fuentes de Israel (Salmo LXVII, 27). Con estas fuentes se baña antes, quienquiera que alcanza los sagrados misterios; pues estas fuentes, manando de la fuente eterna, han fluido por todo el mundo. Donde están estas fuentes, allí está la ascensión de las almas. Finalmente, interpretaron Salim como el que asciende; pues verdaderamente asciende quien deposita sus propios pecados. Así, pues, se expresa con esta palabra el uso de la purificadora santificación.

66. (Vers. 13.) Sus mejillas son como tazones de aromas, generando ungüentos. Ya entendemos que las mejillas y las demás son virtudes del alma, y las diversidades de los doctores: que o bien suministran alimento espiritual a la mente con diligente disposición, o atan al oyente con la predicación de la cruz del Señor como con una línea del Verbo, o son modestos y gratuitos en la flor de la juventud. Aunque se retraigan del tacto por pudor, sin embargo, en ellos debe exhalar el olor de Cristo: y así como en las mejillas descende el ungüento como del cabeza sacerdotal, así también en ellos debe brillar la belleza de la doctrina.

67. Sus labios destilan mirra plena. Pues por la mirra se declara el ungüento de la pasión y la gracia de la resurrección, que infunde el olor revivido de la vida en las entrañas de los muertos resucitados. Por tanto, que las puertas de tus labios estén cerradas, y permanezca cerrado el vestíbulo de la voz, para abrirse tal vez cuando escuches la Palabra de Dios. Entonces sudará para ti la mirra, entonces aspirará para ti la gracia del bautismo; para que mueras a los elementos del mundo, y resucites con Cristo.

68. Sus labios destilan mirra plena. Pero nosotros nos consideramos ociosos, si solo nos parece que estudiamos la palabra: y estimamos más a aquellos que trabajan, que a aquellos que ejercen el estudio del conocimiento de la verdad; pues muchos dicen: He aquí el hombre y sus obras: como si quien estudia la palabra, no trabajara; cuando esta obra es más que las demás. Pues si la obra es justicia, si la obra es templanza, si la obra es fortaleza: ciertamente la obra es también sabiduría; pues estas cuatro virtudes principales se consideran. Porque si

Cristo obra según la justicia, ciertamente obra según el Verbo. Y obraba cuando estaba en el principio con el Padre. Finalmente, por él todas las cosas fueron hechas, para que sepas que es el hacedor de todo, y que nuestra obra es Cristo Jesús. Pues según es el Verbo, el Verbo para los que lo buscan, es una gran obra. Por eso, cuando Marta se apresuraba en el servicio, y María escuchaba la Palabra del Señor, la que escuchaba mereció ser preferida a la que servía; pues a Marta que decía: Señor, ¿no te importa que mi hermana me haya dejado sola para servir? Dile, pues, que me ayude; respondiendo, dijo el Señor: Marta, Marta, María ha elegido la buena parte, que no le será quitada (Luc. VII, 40-42). Así, conocer el Verbo se define por la autoridad divina como una obra mayor que servir.

69. Pero tal vez alguien diga que fue dicho por el Apóstol: No está el reino de Dios en palabra, sino en poder (I Cor. IV, 20). No niego que está escrito, pero reconozco en qué palabra; ciertamente la que ha derramado el inflado, que no puede ser útil a los oyentes, que está sin manifestación de espíritu y poder. Pablo no se digna reconocer esta palabra; pues quiere más bien recomendar el poder de la palabra. Finalmente, el Apóstol quería que su palabra fuera tal, que venía en debilidad, para hacer a otros más fuertes: en temor y temblor, para que temiendo no temieran nada, sino al Señor Jesús; temblando, guardaran su paz y tranquilidad. Escucha, pues, qué clase de palabra tenía el Apóstol: Y mi palabra, dice, y mi predicación no fue con persuasión de palabras de sabiduría humana, sino con manifestación de espíritu y poder (II Cor. II, 4); porque la fe no se establece en la palabra forense de sabiduría, sino en la manifestación del espíritu, sino en el poder de Dios.

70. Por tanto, en la palabra de los santos está el poder, pero en esta palabra forense y filosófica está la vanidad del mundo. Que el poder esté en la palabra de los santos, también este profeta te enseña, que dice: El Señor dará palabra a los que evangelizan con gran poder (Salmo LXVII, 12); esto es, para que puedan predicar el Evangelio con gran poder. Por tanto, se ha demostrado que en la predicación del Evangelio está el poder, y la predicación del Evangelio es la palabra de los santos; así, no queda duda de que en la palabra santa está el poder. Y esta mirra destilando de los labios del Esposo, es decir, por la cual se mortifican los vicios.

71. (Vers. 14.) Sus manos torneadas, doradas, llenas de jacintos. Mira qué manos hicieron al hombre, y qué hombre hicieron. Aquel que según Cristo nos vestimos, despojándonos del hombre viejo con sus actos, y vistiéndonos del nuevo que se renueva en el conocimiento según la imagen de aquel que lo creó: donde no hay siervo ni libre, sino todo y en todos Cristo (Colosenses III, 9-11). Por tanto, nos vestimos de Cristo, como también se ha dicho en otro lugar: Os habéis vestido de Cristo (Gálatas III, 27). Hemos recibido el Espíritu Santo, que no solo perdona nuestros pecados; sino que también nos hace sus sacerdotes para perdonar los pecados de otros. Por eso dice el Profeta: Tú me formaste y pusiste tu mano sobre mí (Salmo CXXXVIII, 5): formó con barro, puso la mano por gracia espiritual; aunque muchos toman este salmo como dicho en persona del Salvador. Escucha que la mano del Señor también se llama espíritu, clama Job: El espíritu divino que me hizo (Job XXXIII, 4). Estas son, pues, las manos que prepararon al hombre, Cristo y el Espíritu.

72. Por tanto, el Señor Jesús es también el autor de nuestro cuerpo, que primero hizo al hombre a imagen; y después lo formó de barro, y quiso salvar lo que había hecho, salvar lo que había plasmado, para hacer al hombre entero salvo. Estas son las manos de Dios torneadas, es decir, perfectas: doradas por la sabiduría que es Cristo, llenas de jacintos por el Espíritu Santo, y la plenitud de sus carismas.

73. (Vers. 14.) Su vientre de marfil, adornado con zafiros. El Apóstol dice: Y si fue crucificado por debilidad; he aquí el vientre, es decir, la debilidad de la carne: Sin embargo, vive por el poder de Dios (II Cor. XIII, 4); he aquí la distinción del zafiro. Pues el zafiro, por llevar la apariencia del cielo sereno, significa las obras de la divinidad. El ónice, por su castidad y brillo y perpetuidad, significa aquella carne del Salvador, de la cual el mismo Apóstol dice: Porque aunque conocimos a Cristo según la carne, pero ahora ya no lo conocemos (II Cor. V, 16).

74. (Vers. 15.) Sus piernas son columnas de mármol, fundadas sobre bases de oro. Significan que los Apóstoles son columnas de la Iglesia, que están fundadas en el santo temor. Pues así como Pedro, Santiago, Juan y Bernabé parecían ser columnas de la Iglesia, así también cualquiera que venza este mundo, se convierte en columna de Dios, que confirma quien dice: Yo he confirmado sus columnas (Salmo LXXIV, 4). Así también la base de oro es el temor lleno de disciplina, porque es el principio de la sabiduría. Por tanto, en el temor de los sabios, la predicación apostólica se afirma como sobre una base de oro, columna de Cristo. Por tanto, el discurso y la palabra apostólica tienen como tribunal el temor del justo, y la base de oro llena de prudencia: pero la buena imagen como la efigie de la verdad, es la palabra de los santos.

75. Y mira que el temor de los santos es como una base de oro. Lee a Isaías: mira cuántas cosas ha sometido al temor, para hacer el temor irreprochable y bueno: El espíritu, dice, de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de conocimiento y piedad, espíritu de temor del Señor (Isaías XI, 2); cuántas cosas ha sometido al temor, para que tenga algo que seguir. Se informa por la sabiduría, se instruye por la inteligencia, se dirige por el consejo, se fortalece por la virtud, se gobierna por el conocimiento, se adorna por la piedad. Quita estas cosas al temor del Señor, y es un temor irracional e insensato, uno de aquellos: Fuera luchas, dentro temores (II Cor. VII, 5); con los que también Pablo estaría afligido, si no tuviera al Señor consolándolo.

76. (Vers. 15.) Su apariencia es como el Líbano, escogido como los cedros. Habita en lo alto, y mira lo humilde, porque su apariencia es como el cedro del Líbano, que inserta su copa en las nubes, su raíz en la tierra; pues su principio es del cielo, sus posteriores han dado frutos cercanos al cielo en la tierra. Este tipo de árbol nunca pierde su verdor, en invierno como en verano alimenta su copa, ni se cambia de color: solo este árbol el viento nunca lo despoja de su honor: solo nunca se despoja de su antiguo vestido, ni se viste de nuevo florecimiento. Así también la gracia apostólica no conoce el defecto, y florece con perpetua belleza. Por tanto, el alma no sabe corromperse, que florece con miembros vigorosos, siempre sostiene con magnánima paciencia las cumbres de la justicia y de las demás virtudes; y por eso no decae ni desfallece, porque no hay en ella nada ruinoso ni relajado, nada móvil, nada resbaladizo, nada que pueda ser derramado por el vicio del discurso.

77. (Vers. 16.) Su garganta es suavísima, y todo él es deseable. Los juicios del Señor son verdaderos, justificados en sí mismos, deseables más que el oro y que el mucho oro fino (Salmo XVIII, 10 y 11). Lo que es severo en otros, en Cristo es dulce, en Cristo es suave; porque él mismo es suave: De hecho, gustad y ved que el Señor es bueno (Salmo XXIII, 9). Dulces son los juicios para el que confiesa, porque él mismo dice: Yo soy, yo soy, quien borra tus iniquidades, y no me acordaré: pero tú acuérdate, y juzguemos. Di tus iniquidades, para que seas justificado (Isaías XLIII, 25 y 26). Dulces son los juicios para el que hace penitencia, porque él mismo dijo: Habrá gozo por un pecador que hace penitencia, más que por noventa y nueve justos, que no necesitan penitencia (Lucas XV, 7). Si, por tanto, los juicios del Señor son dulces, esforcémonos por percibir el fruto de la suavidad. ¿Quieres

saber cuán dulces son los juicios del Señor? El que cree en él, no es juzgado (Juan III, 18). Por tanto, dulces son los juicios para los creyentes: pero los que no creen, no son condenados por el juicio de Cristo, que vino no para juzgar al mundo, sino para salvar y redimir; sino que han caído bajo el juicio de su impiedad, que no quisieron creer en la remisión de los pecados. Pues no pueden pertenecer a su beneficio, quienes se negaron a conocerlo. Por tanto, los que no creyeron en él, parecen indignos de su juicio. Pues reconoce qué es su juicio, diciendo él mismo: Y este es el juicio, que la luz vino al mundo (Ibid. 19). Por tanto, dulce es lo que es luz, dulce es el juicio, que precede a la misericordia; pues así está escrito, Misericordia y juicio cantaré a ti, Señor (Salmo C, 1). También dulce es la garganta y suavísima, de donde precede esta misericordia y este juicio.

78. (Vers. 16.) Y todo él es deseable. Hermoso en forma más que los hijos de los hombres (Salmo XLIV, 3). Pues era hombre según la carne, pero más allá del hombre, según la operación divina. De hecho, cuando tocaba al leproso, parecía hombre: pero más allá del hombre, cuando lo limpiaba. Y cuando lloraba a Lázaro muerto, como hombre lloraba: pero era más allá del hombre, cuando ordenaba al muerto salir con los pies atados. Parecía hombre, cuando colgaba en la cruz: pero más allá del hombre cuando, con las tumbas abiertas, resucitaba a los muertos. No se adule a sí mismo el veneno de Apolinar, porque así se lee: Y en apariencia fue hallado como hombre (Filip. II, 7); pues no se negó que Jesús era hombre, cuando en otro lugar el mismo Pablo dice de él: Mediador de Dios y de los hombres, hombre Cristo Jesús (I Tim. II, 5); sino que fue confirmado. Pues es el uso y costumbre de la Escritura significar así, como también leemos en el Evangelio: Y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre (Juan I). Así como se dice como unigénito, y no se niega que es el unigénito Hijo de Dios; así también se dice hombre, y no se niega que hubo en él la perfección del hombre.

79. Por tanto, cuando estaba en forma de siervo, humillado hasta la muerte, estaba sin embargo en la gloria de Dios. ¿Qué le perjudicó, pues, la servidumbre? Sin embargo, se lee que fue hecho siervo, porque se lee que fue hecho de la Virgen, y creado en la carne; pues toda criatura sirve, dice el profeta: Porque todas las cosas te sirven. Esta es la gloria de Cristo, porque asumió la servidumbre en su cuerpo, para dar libertad a todos: llevó nuestros pecados, para quitar el pecado del mundo: fue hecho siervo, pecado, maldición, para que tú dejaras de ser siervo del pecado, te absolviera de la maldición de la sentencia divina. Él, por tanto, asumió tu maldición: Maldito es todo el que cuelga en un madero: él fue hecho maldición en la cruz, para que tú fueras bendito en el reino de Dios: él fue deshonrado y despreciado, y no fue estimado en nada: él decía, En vano he trabajado; por quien mereció Pablo decir, No he trabajado en vano (Filip. II, 16); para que el fruto de la buena obra, y la gloria de la predicación evangélica, la confiriera a sus siervos, por la cual todos fueran absueltos de la carga del trabajo.

80. (Vers. 17.) Tal es mi amado, y mi amigo, hijas de Jerusalén. Así la Iglesia o el alma santa, mezclada con las hijas de aquella ciudad celestial, busca el Verbo, y al buscarlo excita en sí misma su amor: pero a aquellas que buscan y dicen: ¿A dónde ha ido tu amado, oh la más hermosa de las mujeres? ¿A dónde se ha inclinado tu amado, para que lo busquemos contigo?

CAPÍTULO SEIS.

1. (Vers. 1.) Mi amado, dice, ha descendido a su jardín, al lecho de las especias, para pastar en los jardines, y recoger lirios. Reconoce dónde busca el Verbo: que mora entre las oraciones de los santos, y que se adhiere a ellos, y que alimenta a su Iglesia o a las almas de sus justos entre los lirios, lo entiende. Este misterio te lo mostró en el Evangelio, cuando en

sábado conducía a los discípulos por los sembrados. Moisés condujo al pueblo de los judíos por el desierto, Cristo conduce por los sembrados, Cristo conduce por los lirios; porque por su pasión el desierto florece como un lirio. Sigámoslo, pues, para que en el día de su gran sábado, en el que hay gran descanso, recojamos frutos. Y no temas que los fariseos acusen a los que recogen los sembrados: aunque ellos acusen, Cristo excusa, y hace semejantes a las almas que quiere que lo sigan a aquel David, que comía el pan de la proposición sobre la Ley, concibiendo ya entonces con mente profética los sacramentos de la nueva gracia.

2. (Vers. 2.) Yo soy de mi amado, y mi amado es mío, que se alimenta entre los lirios. Parece una voz fácil y común, pero es de pocos. Pues es bastante raro quien puede decir: Yo soy de mi amado, y mi amado es mío. ¿Qué significa decir: Soy tuyo? pues lo dice quien se adhiere a Dios con todos sus sentidos, quien no sabe pensar en otra cosa, él usa esta voz, quien puede decir al Señor: Muéstranos al Padre, y nos basta (Juan XIV, 8). ¿Acaso usa esta voz el ávido de dinero, de honor, de poder? Para muchos no es suficiente conocer a Dios, y ciertamente para muchos. Tantos pueblos, tantas naciones, tantos ricos consideran pobreza servir al Señor; y quien está por encima de todos, para ellos es exiguo y estrecho: para ellos no es suficiente el Hijo de Dios, en quien están todas las cosas. De hecho, aquel rico en el Evangelio a quien se le dijo: Si quieres ser perfecto, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres (Mateo XIX, 21); juzgó que Dios no le era suficiente. De hecho, también se entristeció, como si se le ordenara dejar lo que era más, elegir lo que era menos. Por tanto, dice: Soy tuyo, quien puede decir: He aquí que hemos dejado todo, y te hemos seguido (Ibid., 27).

3. Esta es la voz de los apóstoles, aunque no de todos; pues Judas también fue apóstol y se sentó en el banquete de Cristo entre los apóstoles. Él también decía: Soy tuyo; pero lo decía con la voz, no con el corazón. Satanás vino y entró en él, y comenzó a decir: No es tuyo, Jesús, sino mío. Finalmente, piensa en lo que es mío, lo que en su pecho medita: contigo cena, y conmigo se alimenta: de ti recibe el pan, de mí el dinero: contigo bebe, y a mí vende tu sangre: es tu apóstol, y mi mercenario. No puede decir el mundano: Soy tuyo; pues tiene muchos amos. Viene la lujuria y dice: Eres mío; porque deseas lo que es del cuerpo: en el amor de aquella joven te vendiste a mí: en el lecho de aquella prostituta pagué el precio por ti. Viene la avaricia y dice: El dinero y el oro que tienes son el precio de tu servidumbre: la posesión que tienes es la compra de tu derecho, la venta de tu libertad. Viene la lujuria y dice: Eres mío; el banquete de un día es el precio de tu vida: ese gasto de las comidas es la subasta de tu cabeza, es el contrato de tu suma. Y lo que es peor, fuiste comprado con un precio, eres más vil que tu comida: tu mesa de un día es más preciosa que la vida de todo el tiempo: te redimí entre copas, te adquirí entre banquetes. Viene la ambición y te dice: Claramente eres mío. ¿No sabes que te hice gobernar a otros para que me sirvieras a mí? ¿No sabes que te di poder para someterte a mi autoridad? ¿O ignoras que al mismo Señor Salvador le dijo el príncipe de este mundo, cuando le mostró todos los reinos del mundo: Todo esto te daré, si postrándote me adoras (Mat. IV, 9)? Por tanto, primero se somete quien quiere tener a otros sometidos. Vienen todos los vicios, y cada uno dice: Eres mío. ¡Qué vil esclavo es aquel por el que tantos compiten! ¿Cómo, pues, tú que eres así, puedes decirle a Cristo: Soy tuyo? Él te responderá: No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos (Mat. VII, 21): no todo el que me dice: Soy tuyo, es mío.

4. Eres mío, ciertamente, si la conciencia no refuta tu voz, si tu mente o tus obras no rechazan tus palabras. Yo no niego que es mío quien no se niega a sí mismo, o al menos si se niega a sí mismo por mí. No quiero tener un siervo que sirva a muchos amos. Pues, ¿cómo es mío si me dice con palabras: Soy tuyo; y con obras lo niega, y con hechos se adjudica y se obliga al

diablo? No es mío quien es encendido por la lujuria, porque la castidad es mía: no es mío quien es agitado por el afán de despojar a los menores, porque la generosidad es mía: no es mío quien es inquietado por el viento de la inestabilidad, porque la tranquilidad es mía. No es mío el borracho de vino, impuro por la suciedad de la ambición, ávido de gloria mundana, ebrio en peligro, que no puede seguir el rastro de la moderación sobria. Yo soy la paz, no sé litigar: ¿por qué querría a alguien de quien venga el diablo y diga: Es mío; pues ha inclinado su cuello ante mí, encuentro en él muchas cosas mías: reclama para sí tu nombre, y mi don. No es, por tanto, de Cristo, sino quien está libre de crimen: no es de Cristo, sino quien puede siempre demostrarse siervo de Cristo.

5. Yo soy de mi amado, y mi amado es mío, que se alimenta entre los lirios. Parece decir entre los amados del amado: Mi secreto es mío, mi secreto es mío. Pues en el éxtasis de su amor había comprendido ciertos misterios ocultos de la fe, que no consideraba que debían ser revelados ni siquiera a las hijas de Jerusalén. Es bueno ocultar el misterio del rey; pues peca contra Dios quien cree que los misterios confiados a él deben ser divulgados a los indignos. Por tanto, es peligroso no solo decir falsedades, sino también verdades, si alguien las insinúa a quienes no debe. Este vicio es cuádruple, ya sea de adulación, avaricia, jactancia o locuacidad imprudente; porque mientras alguien quiere adular a quien le habla, derrama el misterio: algunos también, por el afán de lucro, siguen la recompensa de la traición, vendiendo al hablar lo que debería ser guardado en silencio: otros, para parecer que saben más, y jactarse de su conocimiento, revelan lo que deberían ocultar: muchos, al hablar sin juicio, emiten una palabra que no pueden retractar. Por eso, el hombre es alabado por ser serio, y no ocioso. Era un hombre que ocultaba sus palabras, como el apóstol Pablo, que sabía qué decir a cada uno, y cuándo debía hablar.

6. (Vers. 3.) Eres agradable, hermana mía, hermosa como Jerusalén, admirable como ordenada. La verdad del amor se prueba por su perpetuidad. Por tanto, la Esposa es alabada por el Esposo, porque lo ha buscado tan bien y con constancia. Y así ya no solo se le llama hermana, sino también agradable, como si le complaciera; porque complació al Padre: y, hermosa como Jerusalén, admirable como ordenada; porque tiene todos los misterios de la ciudad eterna: y es admirable para todos los que la ven; porque es plena como la equidad, y perfecta: y al haber tomado el resplandor de la luz del Verbo, mientras siempre lo contempla, es también terrible, elevada a la cima de las virtudes con cierto orden.

7. Eres hermosa, dice, amiga mía, dulce y decorosa, etc. Y verdaderamente hermosa, quien se enfoca en aquel de quien se dice: Hermoso en forma más que los hijos de los hombres (Sal. XLIV, 3). Por lo tanto, también nosotros enfoquemos nuestra mente en él tanto como podamos, y estemos en él. Tengamos en mente aquello que es hermoso, decoroso, bueno; para que por su iluminación y resplandor nuestra alma sea hermosa, y nuestra mente clara. Pues si nuestros ojos, cuando están cubiertos por alguna niebla, se alimentan de la verdor de los campos, y de la apariencia del bosque o de la colina sombría, repelen toda desigualdad de la vista enferma, y las mismas pupilas y órbitas parecen colorearse con una especie de saludable apariencia: cuánto más aquí el ojo de la mente, cuando contempla aquel bien supremo, y en él se ocupa, y de él se alimenta, resplandece y brilla. Hermosa como Jerusalén. No es, por tanto, esta una belleza del cuerpo perecedera, que se perderá por enfermedad o vejez, sino que no está sujeta a ningún caso, nunca morirá en la opinión de los buenos méritos; porque ya no es digna de ser comparada con lo humano, sino con lo celestial, cuya vida vive en la tierra. Por eso, el Esposo dice a la Esposa ya casi perfecta:

8. (Vers. 4.) Aparta tus ojos de mí, porque me han hecho volar. No te enfoques en mí con devoción excesiva y fe. Has superado la posibilidad de la naturaleza y de tu propia condición,

porque es grave contemplar de frente la luz inaccesible. Aparta, dice, tus ojos de mí: porque no puede soportar la plenitud de su divinidad, y el resplandor de la verdadera luz.

9. Sin embargo, también podemos entenderlo así: Aparta tus ojos de mí; aunque tú eres perfecta, aún hay otras almas que debo redimir, otras que debo sostener. Pues al mirarme, me elevas: pero yo he descendido para elevar a todos. Aunque he resucitado, y tengo el asiento del Padre, no os dejaré huérfanos, como desamparados de la protección paterna, sino que os confirmaré con mi presencia. Tienes esto escrito en el Evangelio: He aquí, yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo (Mat. XXVIII, 20). Aparta, pues, tus ojos de mí, porque me elevas. Pues cuanto más alguien se enfoca en el Señor, tanto más eleva al Señor, y él mismo es elevado. Por eso también él dice: Te exaltaré, Señor, porque me has acogido (Sal. XXIX, 1). El santo exalta al Señor, el pecador lo humilla. Por tanto, quiere que ella aparte sus ojos, para que al considerarla, no se eleve y deje a las demás almas, al poder ya seguir a las superiores. Por eso, en el Evangelio no mostró su gloria a todos los discípulos, sino a los más perfectos (Mat. XVII, 1). Imagina ahora a un maestro que quiere explicar algo oscuro a los oyentes, que aunque sea poderoso en palabra y conocimiento; sin embargo, se adapta a la ignorancia de aquellos que no entienden, y usa un lenguaje más simple y claro, para que pueda ser comprendido. Si, por tanto, entre los oyentes hay alguien más vivaz de mente, que pueda seguir fácilmente, lo eleva y lo sacude. Viendo esto, el maestro lo llama de nuevo, para que permita al maestro permanecer más tiempo con los más humildes y sencillos; para que también los demás puedan seguir.

10. (Vers. 5-7.) También se alaba a la Esposa por ser fiel, por ser poderosa en palabra, por ser fecunda en diversos frutos, por ser una paloma, teniendo la unidad del espíritu, en la que hay paz, que hace de ambos uno: y que no está compuesta de diversos elementos de naturaleza discreta y conflictiva. Pues, ¿qué es tan diverso como el fuego y el agua, el aire y la tierra, de los cuales consiste la criatura de nuestro cuerpo? Pero el alma bendita es toda simple, que imita al que dice: Para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, para que ellos también sean uno en nosotros (Juan XVII, 21); pues esta es la consumación y perfección, de donde también añadió: Para que sean uno, como nosotros somos uno: y yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en uno (Ibid., 23). Esta es, por tanto, una paloma única y perfecta, que es simple y espiritual, y no se turba por las pasiones de este cuerpo, en el que hay luchas externas, temores internos. Finalmente, la Escritura nos enseña que con esta palabra de unidad se significa la concordia y la paz, diciendo: La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma, y no había separación alguna entre ellos (Hechos IV, 32).

11. No se alaba en vano la fecundidad del alma, no solo porque sea fecunda en virtudes, sino también porque no tiene nada malo en sí; pues aquello que es decoroso y hermoso, no tiene nada malo. Lo decoroso es lo bueno; lo que es indecoroso, eso es malo. La fecundidad hermosa es de buenas obras, por tanto, la esterilidad es contraria a la hermosura; porque quien carece de belleza o decoro, en él está todo el mal: lo que es malo, eso es estéril e infecundo. ¿Qué evidencia más clara de esto que la tierra? Pues la tierra que es buena, es fértil y fecunda: la que es mala, es estéril y árida; la que es fértil, es también hermosa. ¿Qué hay más hermoso que un campo lleno, cuando la cosecha ondea, cuando las frutas brillan, o cuando los racimos de uvas cuelgan, o el olivo se curva cargado de bayas, o las cimas de las montañas se visten de verde hierba, los valles bajos?

12. Pues Dios es el autor de todos los bienes: y lo que es suyo, ciertamente todo es bueno, y no hay mal allí; y si nuestra mente permanece en él, no conoce el mal. Por tanto, el alma que no permanece en Dios, es ella misma la autora de sus males, y así peca: Pero el alma que peca, esa morirá; pues liberada de las cadenas doradas de las virtudes, se precipita hacia

abajo, y cae a lo inferior. Pero el alma bendita es aquella que no es conquistada por las batallas adversas del cuerpo. Esta alma, como un gorrión con la trampa rota, vuela. Pues las delicias corporales son el cebo de los males: quien se enfoca en ellas, ata su alma con una trampa. Pero quien se abstiene de sus cebos, y sale de sus tinieblas, su alma brilla como el amanecer, de la cual se dice:

13. (Vers. 9.) ¿Quién es esta que se asoma como el amanecer, hermosa como la luna? Pues se asoma como desde una casa libre, y no dice: Las tinieblas me cubren, y las paredes me rodean, y ¿quién sabe si el Altísimo ve? (Ecli. XXIII, 26)? Sino que más bien busca la luz como en las alturas de su casa, es decir, de su cuerpo: y puesta sobre el mundo, contempla lo divino y se eleva hacia lo eterno, para estar con Dios; ya el resplandor de sus obras como la luna llevando su órbita por todo el mundo.

14. (Vers. 10.) Descendí al jardín de las nueces, para ver en el nacimiento del torrente, y observar si la viña había florecido, y si los granados habían germinado. Pues el Verbo de Dios es invitado al jardín de las nueces, en el que está el fruto de la lectura profética, y la gracia sacerdotal, que es amarga en las tentaciones, dura en los trabajos, fructífera en las virtudes interiores. Por eso también la vara de Aarón floreció con nueces, no ya por su naturaleza, sino por una virtud secreta. Descienda, pues, al jardín, para que vendimie la fe, tome los olores, encuentre el alimento celestial, se deleite con la dulzura de nuestra miel.

15. Pues mientras es alabada por el Esposo, huyendo con modestia de ser alabada en público; luego, llamada de nuevo por el amor del esposo, dice: Descendí al jardín de las nueces para ver en el nacimiento del torrente. Pues, ¿dónde está la Iglesia, sino donde florece la vara y la gracia sacerdotal? Allí está frecuentemente, para ser probada en amarguras y tentaciones. Por las nueces entendemos las amarguras, por el torrente las tentaciones, pero tolerables, porque está escrito: Nuestra alma ha pasado por el torrente (Sal. CXXIII, 5). Por tanto, descendió al lugar de la amargura, donde florece la vid y el fruto diverso y múltiple de los granados, que se protege con una sola cubierta de fe y caridad.

16. En esa amargura, por tanto, el alma no se conoció a sí misma, pues el cuerpo corruptible pesa sobre el alma, y la morada terrenal se inclina rápidamente (Sab. IX). Pero siempre debe conocerse a sí misma. Pero Pedro fue tentado, y tampoco se conoció a sí mismo; pues si se hubiera conocido, no habría negado a su autor. Pero Cristo lo conoció. Finalmente, lo conoció, porque también lo miró; pues el Señor conoce a los que son suyos: y como un buen conductor, lo revocó de la caída con las riendas de su misericordia: por tanto, nuestro conductor es Cristo. De donde también sigue:

17. (Vers. 11.) Me puso en los carros de Aminadab: porque el alma se une al cuerpo, y como un carro de caballos relinchantes, busca un conductor para sí. Pues Aminadab fue el padre de Naasón, como leemos en Números (Num. I, 7), quien era príncipe del pueblo de Judá, cuya figura se refiere a Cristo, quien como verdadero príncipe del pueblo, subiendo al alma del justo como a un carro, la gobierna con las riendas del Verbo, para que no sea arrastrada por la furia de los caballos violentos hacia precipicios y abismos. Pues son como sus cuatro caballos las cuatro afecciones, ira, deseo, placer, temor: cuando comienzan a ser conducidos por ellos, ya no se conocen a sí mismos. Pues el cuerpo corruptible pesa sobre el alma, y como un carro de animales irracionales, la arrastra contra su voluntad, rodando con preocupaciones como con un cierto ímpetu, hasta que las pasiones del cuerpo mencionadas se calmen con la virtud del Verbo.

18. Esta es la providencia del Verbo como buen conductor, para que el cuerpo mortal unido a esa alma que en sí misma no está sujeta a la muerte, no haga difícil su conducción. Primero, por tanto, dome estos rápidos movimientos del cuerpo, y los frene con el lazo de la razón: luego, cuide de que no se enreden como caballos de diferente paso; para que el bueno no sea descolorido por el malo, ni el lento lo impida, ni el turbulento lo inquiete. Pues el caballo de la malicia relincha, y al jactarse, daña el carro, carga al compañero. Este buen conductor lo calma, y lo envía al campo de la verdad, evita los desvíos del engaño. El curso es seguro hacia lo alto, peligroso el descenso hacia lo bajo. De ahí que, como bien merecidos, los que han llevado el yugo del Verbo, son llevados hasta el pesebre del Señor, en el que no hay heno como alimento, sino el pan que descendió del cielo. Las ruedas de este carro son, de las que dijo el Profeta: Y el espíritu de vida estaba en las ruedas (Ezequiel I, 20); porque el carro del alma, redondo y liso, se mueve sin tropiezo.

19. Me puso en los carros de Aminadab. Por tanto, el alma es un carro, que sostiene un buen conductor. Si el alma es un carro, tiene caballos, ya sean buenos o malos. Los buenos caballos son las virtudes del alma: los malos caballos son las pasiones del cuerpo. Por tanto, el buen conductor restringe y revoca a los malos caballos, incita a los buenos. Los buenos caballos son cuatro, prudencia, templanza, fortaleza, justicia: los malos caballos son ira, concupiscencia, temor, iniquidad. A veces, los mismos caballos están en desacuerdo entre sí, y ya sea la ira que se extiende, o el temor: y se impiden mutuamente, y retrasan el curso. Pero los buenos caballos vuelan, y se elevan desde la tierra hacia lo alto, y elevan el alma; especialmente si tienen un yugo suave y una carga ligera del que dice: Tomad mi yugo sobre vosotros; porque mi yugo es suave, y mi carga ligera (Mat. XI, 29).

20. Él mismo es el conductor, que sabe gobernar sus propios caballos, para que el curso de todos sea igual: la prudencia frena a los más veloces, la justicia advierte con su propio látigo a los más lentos; la templanza hace más mansos, la fortaleza hace más duros. Sabe unir a los discordantes, para que no disgreguen su carro. Por tanto, es posible ver en un espectáculo inteligible a cada alma ser llevada con gran esfuerzo hacia el cielo, los caballos apresurándose para ser los primeros en llegar al premio de Cristo, a quienes primero se les imponga la palma en el cuello. Estos son los caballos sujetos al yugo de la fe, atados con el vínculo de la caridad, con las riendas de la justicia, con las correas de la sobriedad.

21. Por tanto, dice bellamente: Me puso en los carros de Aminadab, es decir, el padre del pueblo: pero el mismo que es padre del pueblo, es también padre de Naasón, es decir, de las serpientes. Ahora recuerda quién como una serpiente colgó en la cruz por la salvación de todos, y entiende que esa alma es pacífica, a la que Dios Padre es protector, Cristo conductor; porque también está escrito este nombre en nuestros: Padre, padre, conductor de Israel (IV Reyes XI, 12). Por tanto, este conductor dice:

22. (Vers. 12.) Conviértete, Sunamita, conviértete. Bien y casi como un conductor dice, y casi como a un carro dice: Conviértete, Sunamita, es decir, pacífica; pues el alma que es pacífica, rápidamente se convierte y corrige, aunque antes haya pecado: y más bien Cristo la asciende, y se digna gobernarla, a quien se le dice: Sube a tus caballos, y tu caballería es salud. Y en otro lugar: Enviaste tus caballos a Tarsis (Habac. III, 8). Estos son los caballos de Cristo. Cristo asciende entonces a sus caballos: asciende el Verbo de Dios a las almas piadosas. Cuando nuestra alma sea pacífica, para que se le diga: Conviértete; conviértete Sunamita, que significa pacífica: entonces recibirá en sí como un sello a Cristo, es decir, la imagen de Dios, para que sea a su imagen; porque Como es el celestial, así son los celestiales, y debemos llevar la imagen del celestial (I Cor. XV, 48), es decir, la paz. Y para que sepamos que es

verdad, tienes en los mismos Cánticos, en el último ya de un alma perfecta, que el Señor Jesús me diga: Ponme como un sello en tu corazón, como un sello en tu brazo (Cant. VIII, 6); para que la paz brille en mi corazón, y en mis obras Cristo, se forme en mí sabiduría, y justicia, y redención.

CAPÍTULO SÉPTIMO.

1. (Vers. 1.) ¡Cuán hermosos se han hecho tus pasos en las sandalias, hija de Aminadab! Los contornos de tus muslos son como joyas, obra de un artífice. No hay duda de que aquí también se significa el progreso de la Iglesia o del alma. ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian el bien (Isaías LII, 7)! Sin duda, se dice hermosos los progresos de la predicación y discusión evangélica, como se dice en otro lugar: Cruza los ríos (Isaías XLVII, 2), es decir, pasa con paso firme las corrientes y resbaladizas de este mundo. Lo que se dice del paso del alma, David lo muestra claramente, afirmando que su alma cruzaba el torrente de iniquidades (Salmo CCXIII, 5).

2. Pero, ¿qué significa que dice que los pasos de la Iglesia son hermosos en las sandalias? Leemos que se le dijo a Moisés: Quitate las sandalias de tus pies (Éxodo III, 5): con lo cual parece advertido de no estar atado por vínculos corporales. Por lo tanto, en los Cánticos se significa la belleza del alma que usa la carne como sandalia, y en esa sandalia no sufre impedimento, sino que su paso sobresale en belleza. Que el alma se calce, pues, con la gracia eclesiástica, para que pase con decoro el curso de esta vida y su tránsito. Esto sucede si su sandalia no se ensucia con el lodo corporal, no se hunde en el abismo de los vicios: si castiga su carne, para que no se detenga en el curso, y no se ve agobiada por el peso de la grasa. La buena sandalia del alma es la castidad, el buen paso es en la huella de la castidad. La sabiduría es el vestido del alma, de donde está escrito: Honra a ella, y ella te abrazará (Prov. IV, 8). Usemos, pues, el cuerpo como sandalia para las obras inferiores de virtud: para el servicio, no el mandato: para la obediencia, no la disensión; y coloquemos nuestra huella en el camino de la sabiduría, para que ninguna fuerza del torrente cierre nuestros pasos.

3. Por eso se le dijo a Moisés: Quitate las sandalias (Éxodo III, 5). Se le dijo también a Josué (Josué V, 16). Pero de Cristo no se dijo, sino que más bien está escrito, diciendo el Bautista: Después de mí viene un hombre, de quien no soy digno de llevar las sandalias (Mateo III, 11); porque aquellos son bien advertidos de quitarse sus sandalias, quienes no podían estar sin pecado. Este, sin embargo, no solo no se quitó las sandalias, sino que también desató las sandalias de otros; porque no solo mantuvo su cuerpo inmune de pecados, sino que también dio indulgencia de los pecados de todos.

4. Por lo tanto, la Iglesia es hermosa a imitación de Cristo, y en las sandalias está lavada de todo delito. Y tal vez cuando habla sabiduría entre los perfectos, es hermosa en los miembros superiores: pero cuando también los hombres de grado o doctrina inferior siguen la Palabra, no olvidan la serie de la fe, guardan los preceptos del sacerdote, es hermosa en las sandalias. Muchas veces el clero ha errado, el sacerdote ha cambiado de opinión, los ricos han sentido con el rey terrenal de este mundo, el pueblo ha conservado su propia fe.

5. Por lo cual también podemos decir bien del Señor Jesús, que incluso en las cosas corporales, el Verbo tiene pasos hermosos, cuando se discute sobre moral. Y tal vez por eso los apóstoles son enviados con los pies descalzos, para que su discusión no se oscurezca, sino que brille. Así que la Iglesia es hija de Aminadab, es decir, de voluntario o de beneplácito; porque un voluntario o beneplácito la congregó, y es hermosa en las sandalias. Y con razón se añadió:

1610 6. Los contornos de tus muslos son como joyas, obra de manos de un artífice; para que se cantaran los ornamentos de la posteridad de la Iglesia. Pues por el muslo reconocemos el signo de la generación, según aquello: Ciñe tu espada sobre tu muslo, poderoso (Salmo XLIV, 4): lo que significa que el Hijo de Dios, habiéndose despojado a sí mismo, ceñido con la divinidad del Verbo, y calzado con la generación humana, saldría de la Virgen para dar salvación a todos. Los contornos se llaman ornamentos preciosos, que suelen colgarse del cuello de las matronas. Por lo tanto, se significa un proceso tan grande de la Iglesia, que se compara con los ornamentos más preciosos, y con las joyas de los triunfadores; pues estos son los ornamentos de los guerreros. Por eso también Símaco los llamó Epitraquélia, es decir, los que están alrededor del cuello. Así que ya sea la generación de Cristo de la Virgen, o la propagación de la Iglesia, en apariencia como si fueran adornados con joyas por la mano de un artífice, pero en verdad la virtud de la verdadera virtud adornó los cuellos espirituales de los fieles. En definitiva, toda esta descripción de los miembros de la Iglesia está llena de decoro y alabanza. Pues también:

7. (Vers. 2.) Su ombligo es alabado como un cáliz torneado, no falta de mezcla; porque en toda doctrina está torneado, y no falta de bebida espiritual en plenitud de conocimiento. Y su vientre no solo se engorda con el trigo, es decir, con los alimentos más fuertes del misterio celestial, sino que también se llena con la suavidad de los lirios morales. Por lo cual ella misma, como bien merecida, es coronada con la sangre de Cristo, como está escrito: Y el adorno de su cabeza es como púrpura. La sangre de Cristo es púrpura, que tiñe las almas de los santos, no solo resplandeciendo en color, sino también en poder; porque hace reyes, y mejores reyes a quienes da el reino eterno.

8. Tu ombligo es como un cáliz torneado, nunca falta de copas. El ombligo del alma y el vientre es sutil de aquel que asciende a Cristo; por eso es alabado con la voz del Esposo diciendo: Tu ombligo es como un cáliz torneado, no falta de mezcla; tu vientre es un montón de trigo cercado entre lirios. Porque en toda doctrina está torneado, y la bebida espiritual no falta en plenitud, y en el conocimiento de los secretos celestiales. El vientre del alma es místico, como el ombligo, con el cual no solo toma alimento fuerte que fortalece los corazones, sino también suave y florido que deleita.

9. (Vers. 4.) Tus ojos son estanques en Hesebón, en las puertas de la hija de muchos, Tus narices son como la torre del Líbano. ¿Qué son los estanques en Hesebón, sino la abundancia en pensamientos racionales, que está en las puertas de la Iglesia, a la cual con razón se le atribuye la multitud de doctrina? Pues la hija de muchos es la posteridad y el efecto de muchas doctrinas, cuyo olor es el sacrificio, superando a todas las flores.

10. Tu nariz es como la torre del Líbano: muy alta, y por eso mira hacia la cara de Damasco, oliendo al pueblo gentil, y su fe por la cual la gracia de sus pecados limpiaría el hedor. Por lo tanto, la cara de Damasco es la fe de las naciones, no cubierta por ningún manto, no cubierta por ningún vestido, desnuda y libre, más atenta al cielo que a la tierra. Esta es observada y contemplada por las narices de la Iglesia, recogiendo lo que es agradable en ella y la aspiración de los olores y la gracia.

11. Y bien, Sus narices son como la torre del Líbano; porque en los sacrificios el olor es agradable a la Iglesia, en los cuales la ofrenda de buen olor es la remisión de los pecados. Toma, pues, estas narices, oh hombre, para que separes lo florido de lo maloliente, y entonces el Señor te vivificará. Pues cuando advierta lo que pides de él, para que aparte los ojos de tu mente de la vanidad, coopera con tu alma, para que si es capturada por alguna apariencia, o

no se doblega por dureza o debilidad, la doblegue con el yugo del Verbo, y la guíe con sus riendas, para que por la voluntad de Dios se aleje de los vicios, y tome el olor de la vida eterna.

12. (Vers. 8.) Subiré a la palma, y tomaré su altura. Por lo cual reconoce que también a esta subió, y la condujo al lugar de la palma, cuando también le dice: ¡Cuán hermosa y dulce te has hecho, caridad, en tus delicias! Tu estatura se ha hecho semejante a la palma (Cant. VII, 6). Y ella misma dice: Dije, subiré a la palma. Pero también la caridad misma es la palma, pues ella es la plenitud de la victoria; porque la plenitud de la Ley es la caridad. Corramos, pues, para que comprendamos, corramos para que vencamos: quien ha vencido, sube a la palma, y come sus frutos: quien ha vencido, ya no corre, sino que se sienta, como está escrito: Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono (Apoc. III, 21). De aquí los filósofos expresaron en sus libros aquellas carreras de las almas, pero no pudieron llegar a la palma; porque sus almas no conocieron la dulzura del Verbo y su altura. Subiré, dice, a la palma venciendo al mundo; para que tome la altura del Verbo, que conoció esta alma, en la cual estaba la conversión del Verbo; pues así dice:

13. (Vers. 10.) Yo soy de mi hermano, y sobre mí está su conversión. Este sentido lo repitió tres veces de manera diversa en los Cánticos de los Cánticos. Al principio dice: Mi hermano es mío, y yo soy suya: que se apacienta entre los lirios hasta que sople el día, y se inclinen las sombras (Cant. II, 16). Luego dice: Yo soy de mi hermano, y mi hermano es mío, que se apacienta entre los lirios (Cant. VI, 2). Al final dice: Yo soy de mi hermano, y sobre mí está su conversión. ¿El primero para la instrucción del alma; por eso también precedió: Mi hermano es mío; pues al mostrarse él mismo, también tomó el afecto de adherirse a Dios. Lo que sigue es según el progreso: el tercero según la perfección? En el primero, como en la instrucción, el alma aún ve sombras, no movidas todavía por la revelación del Verbo que se acerca; y por eso aún no le brillaba el día del Evangelio: en el segundo, sin la confusión de las sombras, recoge los olores piadosos: en el tercero, ya perfecta, ofrece descanso al Verbo en sí misma; para que se convierta sobre ella, y recline su cabeza y descanse; e invita a su campo diciendo:

14. (Vers. 11.) Ven, hermano mío, salgamos al campo, descansemos en las aldeas. Antes invitaba al jardín; aquí al campo que tiene no solo la gracia de las flores, sino también el trigo y la cebada, es decir, el sólido fundamento de las virtudes, para que vea sus frutos. Descansemos, dice, en las aldeas, a las cuales Adán, cuando fue expulsado del paraíso, había sido relegado: en ellas descansaba, pero trabajaba la tierra.

15. Pero, ¿por qué razón quiere que salga al campo? El entendimiento es manifiesto; para que como buen pastor apaciente su rebaño, levante a los cansados, devuelva a los errantes. Pues aunque esta alma haya guardado lo nuevo y lo viejo, todavía hay como corderos, que deben ser alimentados con la leche. Por lo tanto, como perfecta, no intercede por sí misma, sino por otros; para que salga del seno del Padre, para que salga afuera como un esposo de su tálamo; saliendo corra el camino, para ganar a los débiles; no permanezca en aquel secreto trono del Padre, y en aquella luz donde los caballos débiles no pueden subir; sino para que sea asumido e introducido en la casa de la Esposa y su secreto. Que esté afuera para sí mismo, para que esté dentro para nosotros: que esté en medio de nosotros, aunque no sea visto por nosotros. Por eso dice: ¿Quién te dará, hermano, lactando los pechos de mi madre? Encontrándote afuera, te besaré (Cant. VIII, 1). Buena alma, que está afuera, para que el Verbo esté dentro: ella fuera del cuerpo, para que el Verbo habite en nosotros.

16. Te tomaré, dice, y te introduciré (Ibid., 2). Correctamente se toma y se introduce el Verbo de Dios; porque golpea el alma, para que se le abra la puerta: y si no encuentra la puerta abierta, no entra. Pero si alguien abre la puerta, entra y cena. Así la Esposa toma el Verbo, para que al tomarlo sea enseñada. Por lo cual no sin razón asciende a esta, a las mansiones superiores, y siempre recibe el progreso de la virtud.

17. Ven, hermano mío, salgamos al campo, descansemos en las aldeas, madruguemos en las viñas, veamos si ha florecido la vid. Muchos campos tienen frutos; pero aquel es mejor, que abunda en frutos y flores. Por lo tanto, el campo de la Iglesia es fecundo en diversas cosechas. Aquí verás los brotes de la virginidad floreciendo en primavera; allí, como en los campos del bosque, la viudez resplandeciendo en gravedad; en otro lugar, como una abundante cosecha de la Iglesia, el grano del matrimonio llenando los graneros del mundo, y como si fueran viñas casadas, los lagares del Señor Jesús rebosando, en los cuales el fruto del matrimonio fiel abunda.

18. La Esposa, habiendo obtenido la abundancia de su deseo, habla al Esposo: Ven, hermano mío, salgamos al campo, descansemos en las aldeas, madruguemos a las viñas. Observas cómo la Esposa invita al Verbo de Dios, para que venga a la tierra y quite los pecados del mundo. Este campo era antes desierto, cubierto de los cardos de nuestros delitos, horrendo de espinas. Era una aldea en la que Adán, al ser expulsado del paraíso, había sido confinado en el exilio perpetuo de sus herederos. Allí, pues, la Iglesia lleva a Cristo, para liberar a Adán. Luego, una vez liberados los exiliados, el campo de este mundo comenzó a tener cultivadores idóneos: y el que antes era estéril, se hizo fecundo con la plantación de la vid eterna. Sin embargo, no se extiende con sarmientos espirituales, sino que llama a Cristo a estas viñas, donde hay salmodiantes y orantes, donde el fruto inocente persevera día y noche.

19. (Vers. 12.) Allí, dice, daré mis pechos, allí las mandrágoras dieron su olor. Muchos distinguen un cierto sexo entre las mandrágoras; para que piensen que hay machos y hembras, pero las hembras de olor fuerte. Significa, pues, que las naciones, que antes apestaban, cuando eran más débiles por una cierta debilidad afeminada de incredulidad, comenzaron a dar frutos de buen olor, después de que creyeron en la venida del Señor. También leemos que Raquel la santa recibió mandrágoras de su hermana Lía, para que le concediera dormir esa noche con el santo Jacob. Las mandrágoras las había traído Rubén, el primogénito, a su madre Lía, que con ojos llorosos, recibió la figura de la Sinagoga; porque no pudo ver la gracia de Cristo, con la vista débil de la mente nublada. Lo cual declara que los frutos que antes la Sinagoga había recibido del primogénito Hijo de Dios, los concedió a la Iglesia. Pero porque al pedir el concubinato de esa noche, Lía concibió y dio a luz al heredero de su posteridad, cumplió el misterio; porque al creer los apóstoles, las reliquias de los judíos fueron salvas por la elección de la gracia, de donde dice la Iglesia:

20. (Vers. 13.) Nuevas y viejas, hermano mío, las he guardado para ti. ¿Quién te dará, hermano, lactando los pechos de mi madre? Encontrándote afuera, te besaré, y ciertamente no me despreciarán. Te tomaré y te introduciré en la casa de mi madre, y en el secreto de la que me concibió, allí me enseñarás. Teniendo, pues, la información de las Escrituras nuevas y viejas, y no sintiéndose despreciable, no solo retiene el Verbo en las oraciones en el secreto del corazón, sino que también con las voces del coro salmodiante, como con ciertos besos de gracia, lo besa.

21. Nuevas y viejas, hermano mío, las he guardado para ti; es decir, tengo todos los mandamientos del nuevo y del viejo Testamento. Solo la Iglesia puede decir esto: no lo dice otra congregación, no lo dice la Sinagoga, ni teniendo lo nuevo según la letra; ni lo viejo

según el espíritu. No lo dice la herejía maniquea, He guardado lo viejo para ti, que no acepta a los profetas. Con razón se dice blanqueada, que brilla con la gracia de ambos Testamentos.

22. Os conjuro, hijas de Jerusalén, que despertéis y despertéis el amor hasta que quiera. Aún busca quien despierte, y pide ser despertada por las hijas de Jerusalén, por cuya gracia, es decir, las almas fieles desean que el Esposo sea provocado a un amor más abundante hacia ella. Dicen, pues, aquellas virtudes, que guardan las puertas del cielo.

CAPÍTULO OCTAVO.

1. (Vers. 5.) ¿Quién es esta que sube blanca, apoyada en su hermano? ¿Cómo aquella que puso su cabeza sobre la izquierda de la sabiduría, para abrir la mano al pobre para socorrer al necesitado; usando las riquezas que se le dieron o se le dejaron, no las que invadió y saqueó, que deseosa de gloria adquirió también con buenas obras, no ambicionó con vana jactancia secular dignidad, esto es, poner su cabeza, y como un cierto principal de los sentidos sobre la mano de la sabiduría. Esa, digo, alma asciende con méritos blanqueados, desde este desierto de la vida, como muchos lo tienen, a aquel lugar siempre floreciente de eterna alegría.

2. Estas son las virtudes, que también en el libro de Isaías dicen: ¿Quién es este que viene de Edom, con ropas rojas de Bosra, tan hermoso en su vestidura (Isaías LXIII, 1)? Estas, digo, son las que se maravillan de que desde este desierto rocoso y escarpado alguna alma pueda ascender, sin la mancha de grandes vicios; y por eso se alegran de encontrar a una, que no ha manchado las vestiduras de la inocencia natural con la tinta de la insensatez secular, sino que más bien las ha limpiado con el candor de la sabiduría espiritual y la gracia. Se admiran las hijas de Jerusalén, las santas almas de los patriarcas y profetas, y de los antiguos justos, o las potencias celestiales diciendo: ¿Quién es esta que sube blanqueada apoyada en su hermano? Esto es, con tales solemnidades brilla la Iglesia, y la que antes era oscura durante el día, ya resplandece en las noches, y reluce. También el mismo Señor, deleitado con tan gran don de los salmodiantes, dice:

3. (Vers. 6.) Póneme como un sello sobre tu corazón, como un sello sobre tu brazo; porque fuerte es el amor como la muerte, duro como el infierno, tu celo. Sus alas, alas de fuego y llamas. Muchas aguas no podrán apagar el amor, ni los ríos lo ahogarán. Porque la Iglesia ha visto tanta devoción, considera que los pueblos ya son dignos de llevar su sello en nuestro corazón y en nuestro brazo. Pues el Padre ha sellado a Dios, y quien ha recibido su testimonio ha sellado que Dios es veraz; y por eso, los que trabajan por el alimento que permanece para la vida eterna, están sellados a imagen y semejanza de Cristo, que es la imagen del Dios invisible. Así como Dios es veraz, también tú sella en tu sentido y obra la verdad; para que tu boca no hable mentira, tus manos no realicen las obras de los hombres, que son de este mundo engañoso: sino las que son de Dios, para que se den a los pobres, se levante a los débiles, se honre a los muertos con sepultura. Con estas obras se busca el amor, para que nadie pueda ser separado de Cristo ni por el peligro de la muerte; de ahí que él diga: ¿Quién nos separará de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la persecución? (Rom. VIII, 35). Y más adelante: Confío en que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles (Ibid.).

4. De igual manera, el celo es duro en apariencia, y sus alas son alas de fuego. Tiene alas como la paloma, pues las plumas de la paloma son plateadas, con las que vuela quien ama, diciendo: He aquí que me alejé huyendo, y permanecí en soledad (Sal. LIV, 8). Pero las alas del amor son alas de fuego, con las que inflama el ardor del amor. Con este vapor el Señor hizo a sus ángeles espíritus fervientes, y a sus ministros fuego ardiente, pero no abrasador.

Leemos también sobre el ala del templo, sobre la cual el diablo, tentando, hizo ascender al Salvador, que estaba en la cima del templo (Mat. IV, 3). Son, por tanto, las cumbres de la piedad, las cimas del amor, que acostumbran a encender el vapor de la gracia en los pechos humanos; para que mucha agua no pueda extinguir ni apagar el amor, y ningún río de las tempestades mundanas lo encierre. Dijimos que el amor excluye el temor, no dijimos que excluye toda perturbación; pues quien ama a Dios, tiene una profunda tranquilidad de mente confirmada.

5. (Vers. 7.) Aguas, dice, muchas no podrán apagar el amor, ni los ríos lo inundarán. Mucha agua es de diversas pasiones, y los ríos de las codicias mundanas incitadas por movimientos corporales, que sin embargo no pueden derribar el muro del amor. Por eso, fundado en el amor, dice: Nuestra alma ha pasado por el torrente (Sal. CXXIII, 5). ¿Acaso el agua del mar pudo apagar el amor de Moisés? Y para que la serie de los salmos te apoye según la letra, ciertamente amando a Dios, creyó que su camino era seguro por los mares: pero los que no amaron a Dios, estos fueron sumergidos por las olas, sufriendo el digno fin de su sacrilegio.

6. (Vers. 5.) ¿Quién es esta que sube, apoyada en su hermano? Anteriormente dijeron, ¿Quién es esta que mira como el alba, hermosa como la luna, escogida como el sol? Aquí se encontró algo más que añadir, ya que se había apoyado en la Palabra de Dios; pues los más perfectos se recuestan sobre Cristo, como Juan se recostaba en el pecho de Cristo. Así, pues, esta también o se apoyaba en Cristo, o se reclinaba sobre él: o ciertamente, puesto que hablamos de bodas, ya como entregada en la mano derecha de Cristo, era llevada al tálamo por el Esposo. Y porque ya es la unión del amor, el esposo le halaga, y dice:

7. Bajo el manzano te levanté, allí te dio a luz tu madre, allí te dio a luz la que te parió. Buena es el alma que descansa bajo el árbol fructífero, y sobre todo de buen olor. Pues si Natanael, hombre bueno, en quien no había engaño, fue visto bajo el árbol de higuera; ciertamente buena es el alma, que bajo el árbol del mal fue levantada por su Esposo. Pues es más ser levantada, que ser vista: más aún ser levantada por el esposo. Pues aunque Natanael fue visto bajo el árbol, sin embargo su alma no era esposa; porque venía ocultamente a Cristo, porque temía a los judíos. No era hermosa como la luna, escogida como el sol, la que estaba en la sombra; porque la esposa que se casa de día, confiesa públicamente. Por eso esta bajo el árbol del mal, aquella bajo la higuera; porque esta difundía el olor de su confesión más lejos, aquella tenía la suavidad de la pureza de la inocencia, no tenía la fragancia del espíritu.

8. Allí, dice, te dio a luz tu madre, allí te dio a luz la que te parió; pues allí nacemos, allí renacemos. Son dados a luz aquellos en quienes se forma la imagen de Cristo, de donde también Pablo dice: Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros (Gál. IV, 19). Pues da a luz quien en el vientre recibe el espíritu de salvación, y lo infunde a otros. Por eso, ya que Cristo estaba formado en esta, dice:

9. (Vers. 6.) Póneme como un sello en tu corazón, como un sello en tu brazo. El sello de Cristo está en la frente, el sello en el corazón: en la frente, para que siempre confesemos: en el corazón, para que siempre amemos: el sello en el brazo, para que siempre trabajemos. Brille, pues, su imagen en nuestra confesión, brille en la lectura, brille en las obras y hechos; para que si es posible, toda su figura se exprese en nosotros. Él sea nuestra cabeza, porque la cabeza del hombre es Cristo: él sea nuestro ojo, para que a través de él veamos al Padre: él sea nuestra voz, por la cual hablemos al Padre: él sea nuestra mano derecha, por la cual ofrezcamos nuestro sacrificio a Dios Padre. Él también es nuestro sello, que es el emblema del amor y la perfección; porque el Padre amante selló al Hijo, como leemos: A quien el

Padre ha sellado, Dios (Juan VI, 27). Por tanto, nuestro amor es Cristo. Buen amor, cuando se ofreció a la muerte por los amados: buen amor que perdonó el pecado.

10. Y por eso nuestra alma se vista de amor, y de un amor tal que sea fuerte como la muerte; porque así como la muerte es el fin de los pecados, así también el amor; pues quien ama al Señor, deja de pecar: El amor no piensa mal, ni se alegra de la iniquidad, sino que todo lo soporta (I Cor. XIII, 5). Pues quien no busca lo suyo, ¿cómo buscará lo ajeno? También es fuerte esa muerte por el lavacro, por el cual todo pecado es sepultado, y la culpa es perdonada. Tal era el amor que llevaba aquella mujer evangélica, de la cual el Señor dijo: Se le han perdonado muchos pecados, porque amó mucho (Luc. VII, 47). También es fuerte esa muerte de los santos mártires, que borra la culpa anterior; y por eso es fuerte, cuya caridad no es inferior, que se iguala a la pasión de los mártires, para quitar el mérito de los delitos.

11. También el celo es como el infierno, porque quien tiene celo de Dios, por Cristo no perdona ni a los suyos. Por tanto, el amor tiene muerte, y el amor tiene celo, y el amor tiene alas de fuego. Finalmente, Cristo amando a Moisés, se le apareció en el fuego. Y Jeremías, teniendo en sí el don del amor divino, decía: Y era un fuego ardiente en mis huesos, y me disolví por todas partes, y no puedo soportarlo (Jer. XX, 9). Por tanto, buen amor que tiene alas de fuego ardiente, que vuela por los pechos y corazones de los santos, y quema todo lo que es material y terrenal: lo que es sincero, lo prueba; y lo que toca, lo mejora con su fuego.

12. Este fuego envió el Señor Jesús a la tierra, y resplandeció la fe, se encendió la devoción, se iluminó el amor, resplandeció la justicia. Con este fuego inflamó los corazones de sus apóstoles, como lo testifica Cleofás diciendo: ¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos abría las Escrituras? (Luc. XXIV, 32). Por tanto, las alas de fuego en la llama, son las Escrituras divinas. Finalmente, abría las Escrituras, y salía fuego, y penetraba los corazones de los oyentes. Y verdaderas alas de fuego, porque: Las palabras del Señor son palabras puras, plata refinada en el fuego (Sal. XI, 7). Cuando Pablo también fue tomado por Cristo, vio que una luz resplandecía sobre él, y sobre los que estaban con él, cayó de miedo, y resucitó más probado. Finalmente, se hizo apóstol, quien había venido como perseguidor. También el Espíritu Santo descendió, y llenó toda la casa en la que estaban muchos sentados, y se vieron lenguas repartidas como de fuego. Buenas alas, alas de amor, verdaderamente alas que volaban por las bocas de los apóstoles: y alas de fuego, porque hablaban un discurso purificado.

13. Con estas alas voló Enoc, arrebatado al cielo; con estas alas voló Elías, trasladado a lo alto en un carro de fuego y caballos de fuego. Con estas alas el Señor Dios guiaba al pueblo de los padres por una columna de fuego. Estas alas tenía el Serafín, cuando tomó carbones de fuego del altar, y tocó la boca del profeta, y quitó sus iniquidades, y purgó sus pecados. Con el fuego de estas alas fueron purificados los hijos de Leví, y se bautizaban los pueblos de las naciones, como testifica Juan, diciendo del Señor Jesús: Él os bautizará en espíritu y fuego (Mat. III, 11). Con razón David deseaba que sus riñones y su corazón fueran quemados, porque sabía que las alas de fuego del amor no eran de temer. Con razón los jóvenes hebreos en el horno ardiente no sentían los incendios del fuego, porque la llama del amor los refrescaba. Y para que conozcamos más plenamente que el amor perfecto tiene alas, escuchaste hace poco decir: Cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas (Mat. XXIII, 27).

14. Tomemos, pues, estas alas, que como llamas nos dirigen hacia lo alto. Que cada uno despoje su alma de envolturas más sucias, y como el oro probado en el fuego, se limpie del lodo. Pues así se purifica el alma, como el oro más fino. Pero la belleza del alma es la virtud

sincera y el decoro, el conocimiento más verdadero de las cosas celestiales; para que vea aquel bien del que dependen todas las cosas, y él mismo de nada. Por tanto, vive por él, y recibe entendimiento. Pues la fuente de la vida es aquel bien supremo, cuyo deseo se enciende en nosotros, al cual acercarse y mezclarse es placer: lo que para quien no lo ve, es deseo: y para quien lo ve, es vida; y por eso desprecia todas las demás cosas, se deleita y se complace en esto solo. Esto es lo que suministra toda la sustancia: pero permaneciendo en sí mismo, da a los demás; pero no recibe nada en sí de los demás, de lo que el Profeta dice: Dije al Señor: Tú eres mi Dios; porque de mis bienes no tienes necesidad (Sal. XV, 2).

15. Sus alas, alas de fuego. Todos deben ser probados por el fuego, quienes desean regresar al paraíso; pues no está escrito en vano que, expulsados Adán y Eva de la sede del paraíso, Dios puso en la salida del paraíso una espada de fuego que se volvía. Todos deben pasar por las llamas, ya sea aquel Juan evangelista, a quien el Señor amó tanto, que de él dijo a Pedro: Si quiero que él permanezca, ¿qué te importa? Tú sígueme (Juan XXI, 22). Algunos han dudado de su muerte, no podemos dudar de su paso por el fuego; porque está en el paraíso, y no se separa de Cristo. Ya sea aquel Pedro, que recibió las llaves del reino de los cielos, que caminó sobre el mar, debe decir: Pasamos por el fuego y el agua, y nos sacaste a refrigerio (Sal. LXV, 12). Pero a Juan pronto se le volverá la espada de fuego; porque no se encuentra en él iniquidad, a quien amó la equidad. Si hubo en él algún defecto humano, el amor divino lo coció: Pues sus alas son como alas de fuego. Quien aquí tenga el fuego del amor, allí no podrá temer el fuego de la espada. A ese Pedro que tantas veces ofreció su muerte por Cristo, se le dice: Pasa, recuéstate. Pero él dice: Nos probó con fuego, como él probó la plata.

16. Sus alas, alas de fuego. Por tanto, porque se nos ha dado la capacidad de volar, que cada uno despierte en sí la gracia de Dios, y olvidando lo pasado, deseando lo futuro, se esfuerce por lo destinado. Lejos de los honores de la milicia, lejos de los ardores del mundo; no sea que, como dicen las fábulas, derretida la cera por el calor del sol, los vuelos de Ícaro se vean privados de plumas al caer. Pues aunque la gravedad de las palabras sea un obstáculo, quisieron declarar con sal poético que los vuelos seguros por el cielo son para la madurez de los prudentes; pero la ligereza juvenil, sujeta a las pasiones del mundo, con las plumas replegadas, y por el olvido de la verdad, con la estructura de los méritos disuelta, cae de nuevo a la tierra con mayor ruina.

17. No es fácil el vuelo para todos, difícil incluso para los animales discordantes en la tierra es el curso de la vida humana. Pero si el orden de nuestros actos te conviene, el profeta verá también en nosotros aquella rueda única sobre la tierra, unida a los cuatro animales. Verá, pues, nuevamente Ezequiel, pues aún ve y vigila y vigilará (Ezequiel I, 15 y 16): verá, digo, la rueda en medio de la rueda, deslizándose sobre la tierra sin tropiezo. Pues la rueda sobre la tierra, es la vida del cuerpo adaptada a la virtud del alma, y formada con el precepto evangélico en un curso coherente. Pero la rueda en medio de la rueda, como vida dentro de la vida, para que la vida de los santos no disuene; sino que como fue la vida de la edad anterior, así sea la de la siguiente: o que en esta vida del cuerpo se desarrolle el uso de la vida eterna. Cuando estas cosas concuerden, entonces resuene la voz divina, entonces sobre la semejanza del trono aparecerá la semejanza como la figura de un hombre. Este hombre es el Verbo, porque el Verbo se hizo carne (Juan I, 14): este hombre es el conductor de nuestros animales, es el rector de nuestras costumbres, que según la razón de nuestros méritos, a veces asciende al carro, a veces al monte, a veces a la nave.

18. Póneme como un sello en tu corazón, como un sello en tu brazo, que has guardado para mí lo nuevo y lo viejo. Eres mi sello, a mi imagen y semejanza eres. Brilla en ti la imagen de la justicia, la imagen de la sabiduría, la imagen de la virtud. Y porque la imagen de Dios está

en tu corazón, que esté también en tus obras: que esté la figura del Evangelio en tus hechos, para que en tus costumbres guardes mis preceptos. La figura del Evangelio estará en ti, si al que te golpea en la mejilla, le ofreces la otra, si amas a tu enemigo, si tomas tu cruz, y me sigues. Por eso yo llevé la cruz por ti; para que tú no dudes en llevarla por mí. Las hijas de Jerusalén oyeron esto, que ya el Señor Dios unía a la Iglesia consigo: y porque considerando la magnitud de la Palabra, se juzgaban a sí mismas desiguales a tales bodas; no sea que no pudieran soportar el peso de tan gran unión, se excusan diciendo:

19. (Vers. 8.) Nuestra hermana es pequeña, y no tiene pechos. Pues así quienes desean diferir las bodas, acostumbran excusarse, para alegar la debilidad de una edad inmadura, y afirmar que no tienen pechos, que significan el tiempo de la edad nubil. Este suele ser el símbolo común para todas las vírgenes que van a casarse; para que cuando los pechos comiencen a sobresalir, entonces se juzguen aptas para la unión. Por tanto, turbadas, porque el Esposo urge con el deseo del amor las bodas, dicen:

20. ¿Qué haremos por nuestra hermana, el día en que se hable en ella, o como dice Símaco, el día en que se le hable? Esto es, en la celebración de los esponsales suele haber conversación, y confirmación de las bodas. ¿Qué haremos, pues, dicen turbadas, porque urge la unión espiritual? No pueden excusarse de tan grandes bodas; pues nadie hay que no considere bienaventurada la unión del alma y el espíritu, o de Cristo y la Iglesia. Pero porque la plenitud de la Palabra o del Espíritu Santo vibra y resplandece, y nada hay que pueda igualarse a ellos; por eso desean diferir, para que con esa dilación el alma o la Iglesia pueda ser más perfecta. Dicen, pues:

21. (Vers. 9.) Si es un muro, edifiquemos sobre él cámaras de plata: y si es una puerta, esculpamos sobre ella tablas de cedro. El muro es el alma del santo. También la Iglesia tiene sus muros, que ya más perfecta dice: Yo soy ciudad fortificada (Isaías XXVII, 3). Este es el muro, que tiene doce puertas apostólicas, por las cuales se abre el ingreso al pueblo de las naciones en la Iglesia. Pero aunque el muro incluya el ámbito de toda la ciudad, sin embargo es más fuerte cuando tiene preparadas cámaras, en las que los defensores de la ciudad puedan tener un refugio seguro para observar y defender. Pero porque esta ciudad es racional, y toda su esperanza está en la Palabra de Dios, no se requieren para ella defensas de hierro, sino de plata, acostumbradas a repeler los ataques hostiles con palabras celestiales más que con placeres corporales.

22. Sostenida por esta protección, resplandeciendo con este esplendor, se juzga más apta para la unión con Cristo. Y porque Cristo es la puerta, quien dice: Por mí si alguno entra, será salvo (Juan X, 9); y la iglesia es llamada puerta, porque por ella se abre a los pueblos el acceso a la salvación. Pero para que no sea corrompida por las polillas o gusanos de los herejes, dicen las hijas de Jerusalén, o los ángeles, o las almas de los justos: Edifiquemos sobre ella tablas de cedro, esto es, el buen olor de la fe sublime. Pues es suave el olor de esta materia, que no corrompe ni polilla ni gusano. Por eso se elige el uso de esta materia para elevar los techos de las casas y formar los elementos de las letras, con los que la edad infantil se imbuje en el estudio de la erudición liberal. Por tanto, esta materia es sublime para la gracia, ligera para la carga, suave para el olor, útil para el instrumento de la ciencia, apta para el ministerio del conocimiento eterno. Pero así como Cristo, amando a su Esposa, la urgía a la solemnidad de la unión espiritual; así también la Iglesia, ya cautivada por la belleza de la Palabra, se apresuraba a las bodas. Y por eso, impaciente de demoras y dilaciones, que las hijas de Jerusalén deseaban tejer, dice:

23. (Vers. 10.) Yo soy un muro, y mis pechos son como torres. Esto es, no dudéis si soy un muro; pues ellas habían dicho: Si es un muro; yo, dice, soy un muro, y no tengo pechos pequeños, sino que mis pechos son como torres. ¿Cómo decís que no tengo pechos? Tengo sentidos como torres de sabiduría, en las cuales hay abundancia, como está escrito: Y abundancia en tus torres (Salmo CXXI, 7). Con estos pechos, es decir, con estos sentidos, se consideraba apta para tan grandes bodas. Pero las hijas de Jerusalén aún no podían estimarlo, porque no veían la abundancia de sus sentidos. Y añadió:

24. (Vers. 11.) Yo era a sus ojos como quien encuentra la paz; esto es, deliberando sobre mis sentidos, cuando encontré la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, y guarda los corazones y los sentidos en Cristo Jesús. Tal, dice, era yo a los ojos del esposo, como quien tiene paz; pues está escrito: Los que buscan rectamente la paz, se alegrarán.

1617 25. (Vers 12.) Yo, dice, ciudad fortificada, yo ciudad sitiada (Isaías XXVII, 3). Con estos muros se fortifica, con estos sitiada se defiende. Y verdaderamente es un muro el alma, que se extiende en los campamentos. Por eso ella misma dice en los Cantares: Yo soy un muro, y mis pechos como torres (Vers. 10). Buen muro el que pintó el Señor, como él mismo dice: En mis manos pinté tus muros, y siempre estás ante mí (Isaías XLIX, 16). Buen alma la que tiene a Dios como vigilante, y está en sus manos; como el alma profética, que se encomienda a las manos de Dios como espíritu (Salmo XXX, 6), y que está ante Dios: Porque los ojos del Señor están sobre los justos; como él mismo dice: Yo era a sus ojos como quien encuentra la paz. Buenas torres tiene, quien tiene tanto la palabra de lo inteligible, como la disciplina de lo moral. Apresurándose, pues, el amado y la amada, se celebró la unión espiritual, mutuamente deseada por consenso. Y por eso, como cantando un cántico nupcial, exultó el Espíritu en el profeta diciendo:

26. (Vers. 11.) Una viña fue hecha para Salomón en Beelamon, dio su viña a los que la guardan. Clama, pues, el Espíritu, fue plantada la congregación de los pueblos, pero fundada en la raíz de la vid eterna, y sometió los corazones espirituales bajo el yugo del Verbo con un corazón manso. Fue plantada, sin embargo, en la multitud de las naciones. Esto es lo que debe entenderse por Beelamon, como Symmachus, Aquila y otras traducciones en lengua griega han enseñado. Fue repudiada la antigua unión que no podía dar fruto, se dio la viña a nuevos y fieles cultivadores, que no solo podían dar fruto, sino también guardarlo. Una oveja, pues, se extravió, pero al ser devuelta llenó los espacios de todo el orbe. Una oveja fue llevada por el error, pero la gracia del Señor congregó a la multitud de los pueblos. Erró el hombre, pero en la Iglesia ya es un muro y un muro fuerte. Erró Adán, David es un muro, quien no olvidó los mandamientos de Dios. Guardada, pues, y rodeada esta viña con una defensa espiritual, da mil frutos a Cristo, y doscientos frutos a los guardianes; por eso dice la Iglesia:

27. (Vers. 12.) Mi viña está ante mí, mil para Salomón, y doscientos para los que guardan el fruto. La perfección y plenitud de Cristo es la porción de los pequeños. Tienes este misterio en el Génesis, donde José dio cinco partes a su hermano menor Benjamín, y una a los demás hermanos (Gén. XLIII, 34). Al Señor, pues, se le ofrece la porción y prerrogativa de los cinco sentidos, que ciertamente le otorga aquel a quien ama, como amó también a Pablo, a quien dio el principado de la sabiduría para llamar a las naciones. Que aquí se aleje el miedo de las vírgenes sagradas, a quienes la Iglesia primero les otorga tantas protecciones, que preocupada por el éxito de la tierna prole, ella misma crece como un muro con pechos abundantes en forma de torres: hasta que, disuelto el asedio del ataque hostil, adquiera paz para la juventud fuerte con la protección de la virtud materna. Por eso también el Profeta dice: Haya paz en tu fortaleza, y abundancia en tus torres (Salmo CXXI, 7).

28. (Vers. 13.) Tú que habitas en los jardines, los amigos atentos a tu voz, insinúa tu voz a mí. Por eso este alma, teniendo la gracia de sus pechos, entra en los jardines, y encontrando allí al Esposo sentado y discutiendo con los amigos, dice: Tú que habitas en los jardines, insinúa tu voz a mí: a mí, dice, no a los amigos.

29. Tú que habitas en los jardines, los amigos atentos a tu voz, insinúa tu voz a mí. Se deleitaba porque Cristo estaba sentado en los jardines, y los amigos situados en los jardines estaban atentos a su voz: pero porque aquellos amigos eran de los celestiales, Arcángeles o Dominaciones y Tronos (pues los hombres habían sido expulsados del paraíso por la desobediencia a los mandamientos celestiales, y por eso aún la Iglesia no podía escuchar su voz, que deseaba escuchar), por eso dice: Insinúa tu voz a mí. Por eso también nosotros, si queremos que él habite en nosotros, seamos jardines cerrados y fortificados, llevemos flores de virtudes, la suavidad de la gracia, para que podamos escuchar al Señor Jesús discutiendo con los ángeles. Pero porque estaba por suceder que cuando la Iglesia llegara a la plenitud, sería tentada por diversas persecuciones; por eso, mientras se deleitaba con la gracia del Verbo, de repente percibe las insidias de los perseguidores: y como temía más por el Esposo que por sí misma, o porque Cristo es más buscado por los perseguidores en nosotros, por eso dice:

30. (Vers. 14.) Huye, hermano mío, y sé semejante a la gacela o al cervatillo de los ciervos, sobre los montes de los aromas. Por los débiles huye, quienes no podrían soportar tentaciones más graves. Por eso está escrito, que de las ciudades huyamos a las ciudades: y si nos persiguen en esta ciudad, huyamos a otra. Por los débiles, pues, como dijimos, huya de los perseguidores: o huya de los inferiores, y pase a los montes de los aromas, que por el martirio pueda traer el aroma de la bienaventurada resurrección. Los montes de los aromas son los santos. A ellos se refugia Cristo; porque Sus fundamentos están en los montes santos (Salmo LXXXVI, 1). A ellos, pues, se refugia, que son sus fundamentos estables. En nosotros huye, en ellos permanece en estación segura. El monte de los aromas es Pablo, quien puede decir: Somos buen olor de Cristo para Dios (II Cor. II, 15). El monte de los aromas es David, cuya oración subía como olor ante el Señor, y por eso decía: Diríjase mi oración como incienso ante ti (Salmo CXL, 2).

31. Sin embargo, Symmachus y Aquila interpretaron, que Cristo dice a la Iglesia: Tú que habitas en los jardines, esto es, ya habitas en los jardines, eres digna del paraíso celestial; y por eso Insinúa tu voz a mí, a quien los amigos atienden: yo también deseo escucharla. La Iglesia comenzó a estar en los jardines, después de que Cristo fue capturado en los jardines.

32. Huye, hermano mío, y hazte semejante al ciervo o al cervatillo del ciervo, en los montes de los aromas. Pues, invisible a las serpientes colubrinas, y huyendo de los perros, y hostil a las serpientes que reptan por el suelo, no sabe habitar sino en la sublimidad de las virtudes, no sabe morar sino con tales hijas de la Iglesia, que pueden decir: Porque somos buen olor de Cristo para Dios (II Cor. II, 15). Pero para algunos olor de muerte para muerte, en aquellos que perecen: para algunos olor de vida para vida, en aquellos ciertamente que esperan con fe viva el olor de la resurrección del Señor. Estos son los montes de los aromas, que recibieron el cuerpo del Señor Jesús, y lo envolvieron en lienzos con aromas. Pues todos los que creyeron, que Jesús murió, y fue sepultado, y resucitó, estos elevaron la cima excelsa de la verdadera fe con las cumbres de las virtudes. ¿Dónde, pues, se busca a Cristo, en el pecho del sacerdote prudente?

33. Huye, hermano mío. Exhorta a que huya el Esposo, porque ya podrá seguirle ella misma huyendo de lo terrenal. Dice que sea semejante a la gacela que escapa de las redes; pues ella misma también quiere huir, y volar por encima del mundo. Huyamos, pues, a la patria verdaderísima. Allí está nuestra patria, y el padre de quien fuimos creados, donde está Jerusalén, la ciudad que es madre de todos. Pero, ¿cuál es la huida? No ciertamente de los pies, que son del cuerpo; pues estos, a dondequiera que corran, corren en la tierra, y pasan de un suelo a otro. Ni huyamos en naves o carros, o caballos que se atan y caen; sino huyamos con el ánimo y los ojos, o con los pies interiores acostumbremos nuestros ojos a ver lo que es claro y brillante, a contemplar el rostro de la continencia y la templanza, y todas las virtudes; en las cuales no haya nada áspero, nada oscuro y tortuoso; y que cada uno se contemple a sí mismo y su conciencia, limpie ese ojo; para que no tenga nada sucio. Pues lo que se ve, no debe disonar de quien ve; porque Dios quiso que fuéramos conformes a la imagen de su Hijo.

34. Por tanto, nos es conocido aquel bien, y no está lejos de cada uno de nosotros: Porque en él vivimos, nos movemos y existimos; pues somos de su linaje (Hechos XVII, 28), como el Apóstol quiso advertir a los gentiles. Pues él es el bien que buscamos, y el único bien; nadie es bueno, sino solo Dios. Este es el ojo, que contempla aquella gran y verdadera belleza. El sol no lo mira sino el ojo sano y fuerte, ni puede ver el bien sino el alma buena: sea, pues, bueno, quien quiera ver al Señor, y lo que es bueno. Seamos semejantes a este bien, y actuemos según lo que es bueno. Este es el bien que está por encima de toda operación, por encima de toda mente e intelecto, es lo que siempre permanece, dando vivir y ser a todos; porque Cristo es la fuente de toda vida, de quien el profeta dice: En su sombra viviremos. Pues ahora nuestra vida está escondida en Cristo: cuando aparezca Cristo, nuestra vida, también nosotros apareceremos con él en gloria.

35. Por tanto, no temamos la muerte; porque es descanso del cuerpo, y para el alma es libertad o absolución. Ni temamos a quien puede matar el cuerpo, pero no puede matar el alma; porque no tememos a quien puede quitar el vestido, no tememos a quien puede robar lo nuestro, pero no puede robarnos a nosotros. Seamos, pues, del alma, si queremos ser hebreos de aquellos que son compañeros de Jacob, es decir, imitadores de él. Seamos del alma, pero nuestros miembros son vestiduras: deben cuidarse las vestiduras para que no se rasguen, no se envejezcan: pero más debe cuidarse y guardarse aquel que las usa.